Antonio Hernández Lozano

HISTORIAS TORREÑAS II

otras diez historias torreñas que no pueden quedar en el olvido ...

HISTORIAS TORREÑAS II

Antonio Hernández Lozano

HISTORIAS TORREÑAS II

Título: Historias Torreñas II

Autor: Antonio Hernández Lozano

Colección: “Ecos de la radio”, coordinada por José Antonio Sánchez Hernández y Salvador Martínez Navarro

Portadas: Salvador Martínez Navarro

Edita: Asociación P.S.C. “Strategy”

Primera edición: mayo de 2015

Depósito Legal: MU 414 - 2015

Imprime: El fantasma de los sueños
Editorial independiente

Impreso en España – Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación vigente y bajo las sanciones en ella previstas, queda totalmente prohibida la preproducción total o parcial de este libro por procedimientos mecánicos o electrónicos, incluyendo fotocopia, grabación magnética, óptica o cualesquiera otros procedimientos que la técnica permita o pueda permitir en el futuro, sin la expresa autorización por escrito de los propietarios de copyright.

Nuestro agradecimiento a los protagonistas de las historias de este libro, familiares y personas, que han hecho posible su publicación.

Índice

Prólogo…… 11

Casa Jiménez…….. 15

Electrodomésticos Alfonso…… 35

El Bar “el Techo Bajo”…….. 51

La barbería y el taxi de Alfonso “El Chicharras”……. 71

La Pensión Chacón…… 91

La sastrería de Santiago y Paco “El Sastre”…….. 113

Droguería y ferretería Alegría…….. 133

El polifacético Joaquín Cantero……... 153

El poeta D. Salvador Sandoval López……. 191

El barrio de la Cruz y sus fiestas……. 231

Prólogo

No hay nada ni nadie que escape al paso del tiempo, ese juez inexpugnable que acaba sentenciando y transformando todo lo que cae en su regazo. Y para realizar sus fechorías, el paso del tiempo suele aliarse con el olvido, si es que antes el anonimato no ha desplegado su oscuro manto.

Y esta puede ser la dinámica que desarrollan algunos acontecimientos y experiencias que forman parte de la vida y de la historia de los individuos y de la sociedad en la que viven. Unas experiencias vitales que aparecen secuenciadas en retazos de historias que, en la mayoría de casos, se generaron para no ser conocidas, para formar parte de ese gran universo de vivencias al que nada ni nadie ha tenido acceso. En algunos casos, por la aparente irrelevancia de sus protagonistas, considerados como meros actores de relleno dentro de una dinámica social en la que el foco de la fama y el reconocimiento se centra en una selecta élite de personajes que han sido tocados por la varita de la fama. En otros muchos supuestos, el anonimato viene impuesto porque no ha existido un juglar, un trovador, un rapsoda, un escritor, un periodista, un contador de historias en definitiva, que haya podido rescatarlas del anonimato.

Y nos encontramos en este segundo supuesto. Las historias y sus protagonistas tienen la relevancia necesaria para ser del interés general dentro del ámbito social en el que se gestaron. Sin embargo, no había aparecido nadie que decidiera acudir en su rescate para que pasaran a ocupar su merecido lugar dentro del conocimiento público.

Es frecuente que en la historia de una sociedad, de un pueblo, sean las personas que han desempeñado una actividad de marcado carácter público, las que suelen aparecer en las secuencias vitales que escapan al olvido. El resto, aquellas que

han sido protagonizadas por ciudadanos de a pie y que han conformado el palpitar diario de una sociedad, suelen quedar atrapadas por las redes del olvido. Como si no hubieran existido, como si no fueran importantes para conocer las costumbres de sus gentes, sus tradiciones, su contribución a la sociedad.

Esta segunda parte de "Historias Torreñas" nace con un claro propósito: continuar rescatando del anonimato las vivencias de aquellas personas y actividades que pueden reflejar el pálpito y la dinámica de una época pasada de Las Torres de Cotillas. Entre ellas, se encuentra Casa Jiménez, con una merecida fama por los exquisitos embutidos que elaboran; la tienda de Electrodomésticos Alfonso que introdujo miles de televisores, lavadoras, frigoríficos en los hogares torreños; el Bar El Techo Bajo, emblemática taberna donde se mitigaron muchas penas mientras se compartía un chato de vino o una copa de coñac; Alfonso "El Chicharras", con su emblemática peluquería y su eficaz servicio de taxi; la Pensión Chacón, lugar de descanso para aquellos que venían a realizar cualquier trabajo al municipio; la Sastrería de Santiago y Paco, que impregnaban un estilo impecable a todas las prendas que confeccionaban; y la Ferretería y Droguería Alegría, donde era imposible no encontrar todo lo necesario para realizar cualquier reparación en el hogar. Junto a ellas, se narran las historias de dos entrañables maestros torreños: Joaquín Cantero y Salvador Sandoval. La publicación incluye, como colofón, una completa reseña descriptiva de las fiestas del emblemático Barrio de la Cruz.

El lenguaje que utiliza su autor, Antonio Hernández Lozano, es claro, sencillo, directo y despojado de innecesarios adornos o recursos literarios. Estilo que se justifica en el propósito de que la obra sea leída por un público diverso, que no encuentre ningún tipo de dificultad a la hora de interpretar cada una de las historias narradas. Una amplia gama de lectores, en muchos casos coetáneos de los hechos reseñados,

que dotarán de un significado adicional a las situaciones descritas, al aportar sus propias vivencias a las experiencias vitales de los protagonistas.

En definitiva, una publicación con vocación de perdurabilidad, de trascender al paso del tiempo y con una importante carga emotiva, ya que traslada al ámbito del conocimiento público situaciones que, durante mucho tiempo, habían formado parte del espacio íntimo y personal de cada uno de los protagonistas.

Mi reconocimiento al autor, a los protagonistas de la obra y a todos aquellos que han hecho posible que esta ilusión se haya convertido en realidad. Nos quedan muchas historias por protagonizar y por contar. Ojalá que todas tengan un final feliz como esta.

José Antonio Sánchez Hernández
Doctor en Periodismo y Graduado
Social por la Universidad de Murcia.

CASA JIMENEZ

Aún existen en nuestro pueblo ciertas tiendas y comercios bastante emblemáticos que superviven a través del tiempo, y que siguen siendo toda una garantía por la solera y calidad de sus productos. De ahí que, generación tras generación, los torreños los siguen reconociendo y buscando para su propio disfrute a la hora de poner la mesa y regalarse el paladar.

Uno de ellos es sin duda, Casa Jiménez, que atiende a sus clientes desde 1909. Ahora nos vamos a sumergir en el tiempo, en ese generoso mar de los recuerdos, y no empecemos la casa por el tejado, pues este comercio tiene unas buenas raíces y entre ellas hemos indagado para dar con los hilos conductores de esta historia: Dolores Martínez Sánchez (87 años) y sus hijos.

Andrés Jiménez

Nos centramos en el matrimonio formado por Francisco Fernández Jiménez y Antonia Vicente Cantero, que vivían en el nº 16 de la calle Mula, donde ya tenían una pequeña tienda. Estos montaron después un ventorrillo junto a la casa de Antonio

Alejo, en la calle Mayor, donde atendían a trabajadores, huertanos y otros clientes que se reunían allí al salir de misa, con chatos de buen vino, acompañados de unos ricos michirones que Antonia preparaba.

Dejaron el ventorrillo y se fueron a vivir a la calle Calvillo, a una humilde casa junto a la de Juan de la "Gorda", el que fuera encargado de la fábrica de conservas de Fernando Beltrán. Poco tiempo después, en 1909, compraron la casa de enfrente donde estuvieron instaladas las antiguas escuelas del pueblo. En una de sus paredes que, por cierto, eran verdaderos muros de piedra (60 cm.), se conservaba una pintura que figuraba un pueblo en perspectiva lineal. Ésta hacía esquina a las calles Juan Pedro (en la actualidad del Príncipe) y Calvillo y en su fachada tenía dos grandes portones de madera maciza que se abrían con una llave de hierro, cada uno daba a una de las calles y entre las dos, también había dos grandes ventanales. Allí montaron la tienda.

Algo que me sorprendió bastante al indagar sobre el pasado de la familia fue el nombre de la tienda, al comprobar que ningún miembro de ella portaba el apellido "Jiménez". Dolores, me explicó que había muchos "Vicente" y "Fernández" en las Torres y, para que se distinguiera de los demás, acordaron llamarla "Casa Jiménez", tomando el segundo apellido del padre de Andrés Fernández Vicente, (27-12-1914), único hijo del matrimonio.

La tienda era muy sencilla. Tenía un mostrador de madera y tras él, unas estanterías- también de madera- con cajones, donde guardaban las legumbres y alguna otra cosa más, ya que entonces estas no venían envasadas en bolsas, sino en sacos a granel. En una esquina del mostrador tenían instalada una máquina para servir el aceite y un molinillo de moler café; también unas grandes cajoneras donde ponían maíz, cebada, harinilla, etc., en fin, toda la comida destinada a los animales. Para hacernos una idea, era lo que entonces se llamaba una tienda de ultramarinos y, en ella vendían de todo

un poco. En aquellos años bastante difíciles la gente no tenía dinero y la mayoría de las familias dependían de las cosechas de la huerta, por lo que las compras que hacían las solían pagar por meses o a final de año, por eso cundía mucho el "dar fiado".

El matrimonio tenían un método un tanto peculiar y rudimentario para apuntar las cuentas, -ya que no todos tuvieron la suerte de ir a la escuela y aprender a leer y escribir-, cogían una caña, la partían por la mitad y hacían unas muescas: una raya, una cruz, etc., cada una de esas muescas tenían un valor: un céntimo, dos, cinco, etc., y cuando llegaba el momento de arreglar cuentas el cliente traía la suya y las confrontaban, sacando el total de la deuda a pagar. Al parecer, las cañas con las cuentas pendientes de los clientes se iban acumulando y las guardaban en una pequeña arca de madera.

Dolores con sus padres y hermano

Francisco murió a la edad de 43 años a consecuencia de un resfriado mal curado que acabó en una fatigosa neumonía por la carencia de penicilina. Su hijo Andrés contaba entonces con14 años de edad. Con más suerte que sus padres, éste fue a la escuela donde aprendió muy bien a leer y escribir. Su madre lo sacó adelante con todo su esfuerzo y valentía en unos años bastante duros, donde se carecía de muchísimas cosas.

Desde bien pequeño mostró que era demasiado escrupuloso, en eso había salido a su madre, quien le daba un

bocadillo y se sentaba en el portal de la tienda para comérselo. Una vecina, Enriqueta, le decía: ¿Nene, Jiménez, que llevas en el pan? Él, en vez de contestarle, tiraba el bocadillo, quizá pensaba que esta lo cogería para ver qué tenía dentro del pan y no lo podía soportar que lo tocase. Claro, que entonces la vecina lo cogía y se lo comía. Como suele ocurrir, al ser hijo único, estaba muy mimado.

Aunque también hubo situaciones bastante comprometidas que a punto estuvieron de costarle la vida. Desgraciadamente, como solía pasar cuando las ideas políticas no eran compartidas, hubo quien quiso tomar represalias: hijo solo, con bastantes tierras y además la tienda, era la persona idónea para quitarle de en medio y quedarse con todo. Ya lo sacaban de su casa de mala manera y, gracias a una persona que los frenó en su intento, ahí quedó todo. Tiempo después, Andrés tuvo ocasión de devolverle el favor a su "salvador" ante una situación parecida.

Nuestro protagonista era bastante altruista, haciéndose cargo de la situación tan precaria que se vivía en el pueblo, algunos de los guardias que vigilaban la tierra le advertían que había gente que le robaba fruta, (granadas, higos, etc.) y él les pedía que hicieran "la vista gorda". Nunca acusó a nadie.

Andrés Fernández Vicente fue nombrado Alcalde de Las Torres de Cotillas en 1945 tras la salida de Antonio de Pura, siendo Secretario del Ayuntamiento D. León Machés Gómez. Un año después nombran a este señor representante de las Torres de Cotillas de la Mancomunidad de los Canales del Taibilla y de representante suplente a Andrés, como Alcalde del pueblo.

Un día le invitaron a comer junto a otros funcionarios en la finca del Taray, en casa del matrimonio formado por Francisco Martínez Segarra y Encarnación Sánchez Ortuño, padres de Dolores Martínez Sánchez, (30-9-1.923), la mujer que tres años después sería su esposa y madre de sus hijos.

El matrimonio preparaba una paella para agasajar a los invitados, y su hija Dolores que limpiaba el arroz sobre una mesa, cuando alguien se acercó al alcalde y le dijo: "Andresico, ayuda a la Lola a limpiar el arroz". Éste se sentó junto a ella, ésta le miraba tímida y sonrojada, y él sonreía un tanto nervioso. Desde ese primer encuentro los dos se gustaron. Dolores bajada al pueblo a casa de su tía Genoveva, y Andrés no perdía ocasión de acercarse a ella para hablarle.

A Dolores la pretendía un primo suyo que vivía en Madrid, y su madre le advertía que no le gustaban los primos, que no creyera que por muy primo suyo que fuese, se iba a tomar ciertas libertades. "Ni mucho menos" le aseguraba, pero Dolores lo tuvo claro desde el primer momento, a ella le gustaba Andrés.

Siguieron viéndose casi a escondidas y, en la fiesta del pueblo, Dolores, bajó del Taray por la mañana a casa de su tía, advertida por su madre de que volviera a la hora de la comida. Sus primas la convencieron de que se quedara, diciéndole que para qué se iba a marchar si por la tarde iba a volver otra vez. Sobre las cuatro de la tarde llegó su hermano Juan, diciéndole que su madre estaba hecha un basilisco y que no sabía la que le esperaba al llegar a casa. La pobre Dolores se pasó toda la tarde llorando, entonces fue cuando Andrés la tranquilizó

diciéndole que era la última vez que le pasaría tal cosa. Efectivamente, éste habló con sus padres y oficialmente la hizo su novia.

Andrés iba al Taray en burra para verla, alguna vez en bicicleta, y la mayoría de las veces andando. Varias fueron las anécdotas que surcaron el periodo de noviazgo de nuestros protagonistas hasta que se casaron.

Los novios se sentaban en la cocina a "pelar la pava" y, Encarnación tenía un método infalible para anunciarle a su futuro yerno que ya era hora de marchar, cogía las tenazas y empezaba a dar golpes contra el suelo y, como a buen entendedor con pocos golpes bastan, Andrés se levantaba y dando las buenas noches ponía rumbo al pueblo.

A veces, al oscurecer, Encarnación solía echar un poco de cebada a las gallinas, pero no por eso los perdía de vista, ya que tenían que salirse al patio donde ella los viera. Si faltaba cebada, le pedía a su hija que le trajese más, advirtiendo a Andrés que él se quedaba allí esperando a que ella volviera.

Un día de su santo, Andrés le daba la mano a Dolores para felicitarla y ésta, -era tanto el miedo que tenía a su madre- estiraba la mano y cuando él iba a estrecharla ella la encogía, así dos o tres veces y, al final, acabó por no dársela. Dolores recuerda riendo que Andrés era de "arriscao" todo lo que tenía de pequeño. En una ocasión se encontraron solos y la madre les sorprendió en una postura poco ortodoxa. Cuando éste se marchó, le recriminó a su hija: "¿Se puede saber qué estabas haciendo?

Te estaba rodeando con las piernas… ¡Coño con el tío!… Tienes que estar más desparcía de él"… "Pero si yo le digo que se esté quieto, pero no para. Dígaselo usted", -respondía la pobre Dolores asustada-. "¡Que se lo diga yo!, ¡toma, toma,… para que aprendas!", le decía, mientras le daba unos cuantos pescozones.

Otra noche que Andrés subió con Pepe "el Blajil" que pretendía a Rosario, -la prima de Dolores-, hubo una tormenta

y llovía a cántaros; Encarnación les dijo que no se podían marchar con lo que estaba cayendo. Andrés se puso muy contento, haciéndose ilusiones de estar parte de la noche con su novia, pero le salió el tiro por la culata, pues en la casa de al lado que era de su tío Miguel, había una habitación libre con una cama y allí podrían dormir los dos. No pegaron un ojo en toda la noche, al día siguiente Andrés refunfuñaba diciendo: "Si llego a saber esto me voy, aunque me hubiese embarrado".

En una ocasión, Perico Carrillo le prestó una yegua para que fuese al Taray; el animal, un poco nervioso, emprendió un trote algo rápido al que Andrés no estaba acostumbrado con su poco peso, iba dando saltos encima, volviendo con las posaderas bastante lastimadas, jurándose que jamás repetiría la experiencia.

Cuando subía al campo, éste llevaba con él una pistola, pues los tiempos eran bastante malos y uno no sabía con quién se podría encontrar. En una ocasión le salieron al paso dos o tres personas, al parecer con la intención de darle un escarmiento, o para que dejara de visitar a su novia; éstos hicieron dos o tres disparos al aire, a los que él respondió, y los agresores, al ver que no se amilanaba, salieron corriendo y nunca más le cortaron el paso.

Los mozos de los pueblos de alrededor, parece que solucionaban sus diferencias a palos y pedradas, bien fuese por pretender a una misma mujer, o por otro tipo de ideas, pues así quedó patente; cuando los de las Torres cruzaban el puente de Alguazas, o al revés, montaban unas buenas trifulcas a base de puñetazos y patadas. De igual modo, los de la Ribera de Molina, pues en más de una ocasión, cuando los mozos bajaban a bañarse al río, les tiraban piedras con onda y tirachinas. Los más atrevidos lo cruzaban con el ánimo de darles una buena paliza, corriendo tras ellos por las márgenes y huertas colindantes.

El 11 de Mayo de 1946 decidieron casarse, celebrando una boda por todo lo alto. Los Padres de Dolores tenían ganado y no escatimaron en nada. Se mataron siete corderos, y quien los mató era un chico de Barqueros que también pretendió a Dolores y, aunque no la pudo conseguir, siguió manteniendo la amistad con sus padres, diciéndoles que le hacía mucha ilusión ver a su hija vestida de novia, y que él se encargaría de matar los animales sin cobrarles nada. Se hicieron migas y varias paellas de arroz con conejo. Su madre, junto a unas tías suyas que le ayudaron en la tarea, estuvo dos días haciendo buñuelos y mantecados hasta llenar dos grandes artesas de madera que la familia tenía. Se dice que Paco Baño hizo más de un viaje con el camión para llevar a la gente del pueblo, incluso algunos vecinos que salían al campo a buscar espárragos, también acabaron en la boda. Todo lo tenían calculado, pero ante semejante avalancha de gente, resultó imposible poderlo controlar.

Andrés y Paco

Las paellas aún no estaban del todo guisadas y las llevaban bajo los pinos para comer, otros echaban puñados de arroz y migas en las capazas; incluso cuando estaban friendo la carne, ya la cogían y se la guardaban en los bolsillos. Los novios lo pasaron mal, ya que los invitados que tenían con más interés, apenas pudieron comer. Hasta el encargado de la finca, Daniel Ayala, se marchó diciéndoles que aquello era insufrible y que no lo resistía más. Todo cuanto pasó solo tenía un nombre "HAMBRE". ¡Qué tiempos tan duros y difíciles! ¡Cuántas calamidades y desgracias se podían contar en la mayoría de las casas del pueblo!

El viaje de novios les llevó hasta un hotel de Alicante con vistas al mar. Encarna había preparado a su hija una bolsa con un pan grande y unos embutidos de companaje. Ellos salían a pasear, pero volvían a la habitación a comer, hasta que la bolsa quedó vacía. Decidieron bajar al comedor del hotel y le sirvieron unas rodajas de merluza, con tan mala fortuna que encontraron entre ella alguna que otra mosca muerta, incluso el pan era malísimo, no se sabía de qué estaba hecho. Los escrúpulos de Andrés afloraron rápidamente y dijo que se volvían al pueblo. "Mi suegra, -recuerda Dolores- nos hizo unas sopas de ajo, para calentarnos el estómago y apaciguar el hambre que traíamos".

Durante aquellos años la tienda había cambiado muy poco, todo seguía en su sitio habitual. En la entrada a la casa por la calle del Príncipe, habían instalado una estantería con productos de droguería; desde ahí se accedía a las habitaciones privadas de la casa, y a través de un arco, a la otra parte de la tienda, pues la puerta principal se abría a la calle Calvillo. En la pared, entre las dos ventanas que daban a la calle, había una argolla de hierro donde muchos clientes que venían de la huerta, amarraban la burra mientras entraban a comprar a la tienda.

Antoñita y su padre

El matrimonio se instaló en la parte alta de la casa, que aunque vieja, la arreglaron como pudieron para montar su hogar. Andrés tenía un operario fijo, Alfonso "El Chanchirre", que se encargaba de cuidar sus tierras y de otros menesteres; como entonces no había agua corriente en las casas, éste iba varias veces al río con la burra que tenía la familia, cargada de cántaros y la traía, de esa manera llenaba las dos tinajas

grandes con las que se surtía la casa. Hasta que Dolores le pidió a su marido que hicieran un aljibe ya que ella había estado acostumbrada siempre al agua de lluvia.

Cada vez que se vaciaba, lo mismo Andrés que su operario, se metía dentro con zapatillas nuevas y una bayeta para limpiarla, así como el filtro que ponían para que no cayese nada al agua. Sin embargo, Antonia prefería el agua reposada de las tinajas para beber, por eso no permitía que nadie se acercase a los cántaros hasta que el agua no se depositaba en el recipiente. Luego llenaba un puchero de barro para su uso personal, que tapaba, primero con un papel y después con su tapadera.

La familia Jiménez al completo

Dolores no solo se involucró de lleno en la tienda, sino que llevaba la casa. Amasaban el pan en la artesa, y su suegra se encargaba de llevar la tabla al horno de su hermano Antonio a cocer. Al parecer, Antonia tenía alguna dificultad de llevarla a la cabeza, como era la costumbre y, con dos rosquetes de tela, la apalancaba a la cintura y así la transportaba. Una vez más hacía gala de sus escrúpulos, pues siempre mandaba lavar las manos al que la atendía antes de que tocasen su pan.

Andrés, siempre vestía de traje y corbata, destacando su preferencia por las camisas blancas. Por lo que su mujer, siempre procuraba tenerle la ropa a punto, y más por el cargo que tenía.

En aquellos años las reuniones en el Ayuntamiento las celebraban los lunes o los viernes por la tarde, a eso de las seis;

en el verano, por el calor, se hacían sobre las nueve de la noche. En ellas se trataba sobre la correspondencia oficial recibida durante la semana, las peticiones que se le hacían a la Diputación Provincial, la aprobación de presupuestos y sobre la forma de cubrir los gastos del Ayuntamiento, cuya economía no era muy boyante. También iba a menudo a Murcia para hablar con el Gobernador Civil y gestionar el papeleo de la Alcaldía. Como tan solo había un coche de viajeros se marchaba por la mañana y hasta la tarde no regresaba.

En una ocasión, el Gobernador mandó ir durante unos días a Andrés y al Secretario del Ayuntamiento a los Jerónimos, para hacer unos ejercicios espirituales, pues convenía estar a bien con la Iglesia, ya que Andrés, no se entendía con el representante de la misma en el pueblo, D. Rafael Fernández Herrera, pues en alguna ocasión había presentado su dimisión al Gobernador por varias trifulcas sostenidas con el sacerdote, que al parecer, se metía en las decisiones que se tomaban en el Ayuntamiento, intentando dejar en entredicho a su Alcalde.

También iba con Paco Baño a Cartagena, a recoger en su camión el género que se entregaba con las cartillas de racionamiento. Traían sacos de legumbres, azúcar, aceite, etc. Después, la gente pasaba por la tienda a retirar el lote correspondiente a cambio de los puntos de la cartilla. Paco también les servía el vino que vendían, éste venía envasado en garrafas de cristal, de ahí, pasaba a las medidas: de cuarto, medio litro o un litro y, a través de un embudo, a las botellas que traían los clientes. Acabaron por poner un gran tonel junto al que ya había para el aceite, donde se vertía el vino que Paco traía, así les duraba más tiempo de un pedido a otro.

Ya se empezaba a matar en la tienda un cerdo por semana. Solían hacerlo el sábado de madrugada y generalmente, casi todo estaba ya vendido. La gente iba para hacer sus encargos que Andrés anotaba y preparaba envueltos en papel, en el que ponía el nombre de cada cliente, así, el

domingo, cuando la gente salía de misa primera, pasaban a recogerlos. En el techo de la tienda había unas barras de madera donde se colgaban, además de las morcillas, la longaniza y la salchicha, que ni se llegaba a orear, ya que en unas horas desaparecía. Para que la gente supiera el día que mataban, solían colgar de la pared, a la entrada de la tienda, las orejas del cerdo como reclamo.

Dolores quedó enseguida embarazada y tuvo a su primer hijo, Francisco, el 16 de Marzo de 1947; fue todo un acontecimiento familiar. Tan solo unos meses después de dar a luz, volvió a quedar embarazada de su segundo hijo, Andrés, que nació el 13 de Septiembre de 1948. Apenas dos meses después, el 30 de Octubre, murió Antonia, quedando el matrimonió solo con sus dos hijos pequeños.

Tras los cuatro años pertinentes en la alcaldía, Andrés la dejó definitivamente tras la elección de su sucesor, Agustín Dólera Pérez. Entonces alternaba el trabajo en la tienda con las tierras que tenía en la huerta, aunque al parecer, éste bajaba a ella solo para observar cómo iba el trabajo de los operarios, pues aparte de eso le encantaba leer novelas, caminar y

escaparse de vez en cuando al casino a jugar una partida con sus amigos. También era un padre bastante cariñoso que le gustaba jugar con sus hijos y contarles historias que él mismo se inventaba. Tan escrupuloso como siempre, cuando Dolores le servía la comida, si tardaba en venir, tenía que taparla con un plato para prevenir que nada cayera en él.

Dolores, como le quería mucho, también le seguía mimando, pues los días que había matanza, ella estaba a las dos de la madrugada junto al matachín, -Domingo y su hijo Pepe- para ayudarles, pues daba vuelta a la sangre que se utilizaba para hacer las morcillas, para que ésta no se coagulara. Cuando todo estaba prácticamente hecho, Andrés se levantaba para vender en la tienda. Ella ya lo tenía todo preparado.

Los huesos de cerdo (espinazo, costillas, manos, cabeza, etc.) los ponía sobre una especie de hule de plástico blanco en una zona del mostrador, para que la gente pudiese verlos y elegir a la hora de comprar. Para protegerlos de las moscas y cualquier otro intruso, le ponían una redecilla metálica por encima, evitando así que la gente los tocase, antes de decidirse a comprarlos o no.

Pilar (esposa de Paco)

Dolores también aprovechaba el pringue, manteca y aceites requemados para hacer jabón, lo echaba en una caldera y le añadía sosa caustica. Cuando estaba hecho, lo sacaba y lo ponía en un barreño para tirarle el agua, lo depositaba de nuevo en la caldera con agua limpia, a la que

añadía más sosa y así quedaba el jabón muy blanco y "hermoso" como a ella le gustaba. Entonces, Andrés lo marcaba y cortaba con un sencillo instrumento que él mismo había ingeniado, éste consistía en dos palos unidos por un alambre y con él, la gran plancha de jabón quedaba hecha barras, las cuales tras marcarlas de nuevo, salían las pastillas del tamaño deseado. La fama del jabón que preparaban en Casa Jiménez llegó hasta Alcantarilla, desde donde se desplazaban varias personas y algunos familiares para comprarlo.

Cuando llegaba la cosecha le traían aceitunas del campo que luego arreglaba en casa, tal y como su madre le había enseñado. Las partía y las echaba en agua con sal, hinojo y acedrea (acedera), incluso en ocasiones, le añadía unas hojas de laurel. Después las ponía en varias orzas, y pasado el tiempo pertinente, las iba sacando en unos tarros grandes de cristal para venderlas en la tienda.

Dolores volvió a quedar embarazada de la única hija del matrimonio, Antoñita, que nació el 21 de Diciembre de 1951, lo que causó una gran alegría en la familia, tras los dos primeros hijos que eran varones. Los tiempos seguían difíciles y la mayoría de las familias que pedían fiado se marchaban a Francia para hacer la vendimia y, a su regreso, no solo saldaban la cuenta pendiente de la tienda, sino que traían algún presente para Dolores, o para la casa, pues estimaban bastante al matrimonio. En más de una ocasión ayudaron a algún que otro vecino, con lo que en la tienda se llamaban "recortes", trozos de salchichón, de jamón, queso, etc., incluso Andrés los mandaba a trabajar a su tierra para que pudieran ganar el jornal y ayudar en casa. Aunque no todos a los que ayudaron les agradecieron el favor.

Andrés era un gran andarín y lo hacía muy deprisa, cuando iba con sus hijos a la huerta, ellos iban en bicicleta y él, caminando, llegando todos a la misma vez y, en ocasiones, les aventajaba el camino, pues cuando éstos llegaban él ya estaba allí. Estos también se involucraron en la huerta, sobre todo en

los veranos tras los estudios, durante el periodo de las vacaciones.

En Octubre, durante las fiestas del pueblo, siempre solían incrementarse las ventas y mataban dos veces a la semana: martes y sábados, ya se repartían por las casas, a los músicos de la banda que venía de Ceutí, para que se les diera de comer y cenar. Los vecinos se abastecían de embutidos para que no faltasen en su mesa esos días tan señalados. Uno de los músicos que recibieron en su casa durante varios años –recuerda Dolores- era el hijo de un tal "Pepe el Troli" de Ceutí -un viejo conocido de su familia- que se fue huyendo de la guerra, se escondía junto a otros por los montes, en los casones abandonados del campo; de noche, iban a casa de sus padres al Taray a cenar. Cuando marchaban, su madre siempre les preparaba unos "atillos" con comida para el día siguiente.

Remodelación de la tienda

Andrés era un cafetero empedernido, dicen que quizá nadie, -no solo en el pueblo, sino en toda España-, haya tomado más café que él. Desde bien temprano, Dolores le preparaba una olla grande, para que durante el día pudiera beberlo. En ocasiones, aunque la tienda estuviese abarrotada de gente, salía disparado y Dolores le decía: "Muchacho, ¿qué pasa, a dónde vas?" Iba derecho al bar de su primo el Flecha, donde pedía

una caña con aperitivo y, le servían un café con una copita de coñac. La gente que estaba en la barra le reclamaba al del bar que se había equivocado en servirle y, él le aclaraba que ellos tenían un código especial y se entendían muy bien, por lo tanto el servicio era correcto.

Cuando sus hijos mayores empezaron a estudiar en Murcia, les encargaba el café por kilos (de la marca Columbia que era su favorita) para que no le faltara nunca. Hasta tal punto le gustaba el café que una vez que estuvo ingresado en el hospital, se encontraba muy nervioso, la enfermera que le atendía le dijo si le traía una tila para que se calmara, a lo que contestó: "mejor tráigame un café que enseguida se me pasa". Efectivamente, después de tomarlo se durmió como un bendito.

Paco en la faena

El dos de Octubre de 1956 vino al mundo su cuarto hijo, Antonio. Por entonces, el pueblo, debido a las varias fábricas de conservas que funcionaban a pleno rendimiento, fue mejorando la economía de las familias y la gente podía permitirse abundar en las compras, por lo que la demanda de embutidos y cerdo fresco aumentaba, llegando a matar tres o cuatro cerdos a la semana.

En una ocasión, quien se los servía llevaba aparte de los suyos, una marrana parida que tenía que entregar en otra casa, pero por circunstancias ajenas, el dueño no se encontraba en ella y este volvió con el camión a casa de Andrés, pidiéndole

por favor que se quedase con ella que después vendría el dueño a recogerla. Este aceptó y descargaron al animal. Al parecer, había testigos del hecho y Andrés, que miraba mucho por la fama y calidad que en el pueblo gozaban sus embutidos, dijo que, hasta que no vieran salir al animal igual que lo habían visto entrar en su casa, no volvería a matar, pues no podía permitir que la gente pensara que la carne que vendía era de menor calidad o de cerdos viejos.

En la parte donde está instalado en la actualidad el locutorio era el lugar que ocupaban las marraneras, por ahí, sacaban el cerdo que iba derecho a la mesa, pues la matanza se hacía entonces en plena calle Calvillo. Además del matachín y Dolores, que siempre estuvo presente, ya se incorporaron sus dos hijos mayores, Paco y Andrés, que desde los diez años ya ayudaban a las tareas de la huerta y en la tienda –Andrés recuerda que para darle a la máquina de triturar la carne, tenía que hacerlo con las dos manos, incluso apalancado a la pared para hacer más fuerza porque no podía con ella. Tras sacarle la sangre al cerdo, se chuscarraba con manojos de esparto y después, con piedras pómez y agua, se lavaba hasta quedar completamente limpio. Lo pasaban a la casa para trocearlo, separando la carne para cada uno de los embutidos, dejando aparte la que se vendía fresca. Con el tiempo, por las normas de higiene, se dejó de matar en la calle haciéndose dentro de la casa, y como aún no tenían desagües, hicieron un pozo ciego donde iban a parar los residuos y la suciedad. El 9 de Febrero de 1962 el matrimonio tuvo a su quinto y último hijo, al que pusieron de nombre Juan José. Llegó para la tienda una época dorada, ya que se llegaron a matar de seis a ocho cerdos todas las semanas, esto suponía mucho trabajo y esfuerzo, por lo que todas las manos eran pocas para afrontar la tarea.

Andrés siempre demostró ser una persona bastante prudente, jamás tuvo un sí ni un no con sus parroquianos, no le gustaba discutir. Si en un momento determinado se ponía algo nervioso, Dolores salía al quite y le mandaba a traer cambio o a

tomarse un café. A veces, la confianza que gozaba alguna vecina (la Antoñita de Caramba), conociéndolo bien, le buscaban la vuelta para sacarle los colores, poniéndole en evidencia delante de los demás: "Andrés, cariño, -le decía- ¿cuándo me vas a llevar a los Baños de Mula? "¡Venga, que yo ya estoy preparada!".

Los presentes se quedaban haciendo cuadros, pues sabiendo que era un hombre casado, incluso estando presente alguno de sus hijos, se preguntaban cómo ésta se permitía tales licencias en aquellos años en que cualquier desliz era tildado de amoral y de pecado mortal, con todas sus consecuencias. Después, cuando la gente se marchaba, ellos se morían de la risa.

En otra ocasión, le decía: "Anda, con el dinero que tienes me pones una paga y después nos vamos de fiesta a gastárnoslo por ahí". Esta mujer siempre conseguía lo que quería, divertirse a costa de la gente. Andrés, prudente, se callaba y dejaba pasar la tormenta. Conforme los hijos fueron creciendo se fueron independizando, formando sus propias familias, aunque cuando tenían tiempo libre seguían echando una mano en la tienda. Paco fue el más involucrado, ya que al dejar los estudios se dedicó por completo a ella.

Como la tienda estaba bastante deteriorada por el paso de los años, pensaron en obrar en toda la casa. Tiraron las marraneras, arreglando el espacio que ocupaban instalando allí la nueva tienda, cuya puerta de acceso al público daba a la calle Calvillo, quedando la vieja como almacén. La nueva tienda la

llevaron durante un tiempo entre Paco y su hermana Antoñita, hasta que por ciertas desavenencias familiares decidieron cerrarla en 2002.

Antoñita alquiló el local donde hay instalado un locutorio ("El Goumi"), con cabinas telefónicas para extranjeros. Paco, que no se resignaba a perder lo que había sido su negocio durante tantos años, era apoyado por Pilar, su mujer. Esta vio en su suegra una buena maestra por su gran experiencia, teniendo siempre presentes sus consejos. Decidieron hacer nuevas reformas, volviendo la tienda a su primitivo lugar, quedando tal y como se encuentra en la actualidad: fachada nueva, mostradores nuevos, nuevas ilusiones y muchas ganas de luchar.

Andrés y Dolores estaban orgullosos de la decisión de su hijo, ya que sufrieron bastante cuando se cerró el comercio, después de tantos años de entrega y sacrificio para mantenerlo a flote. Estos ya retirados, bajaban a la tienda y departían con sus clientes de toda la vida, por los que se sentía muy queridos, ya que basaron su trato en el respeto y la amistad. Andrés falleció el 7 de Febrero de 2008, rodeado de sus hijos y nietos que le alegraron la vida en sus últimos años. Muchos de los vecinos del pueblo que por distintos motivos marcharon a vivir a Madrid o Barcelona, suelen venir cada año de vacaciones al pueblo y, cuando van a regresar, nunca se olvidan de pasar por la tienda de Jiménez, para que Paco o Pilar les preparen para llevar un buen paquete de sus riquísimos embutidos.

"Casa Jiménez fundada en 1909", eso reza el luminoso de la fachada del que esperamos esté por muchos años encendido, ya que allí se siguen haciendo, como en antaño, morcillas, longanizas, morcones y salchichas, etc. de primera calidad, un buen alimento y un delicioso regalo para el paladar.

Casa Jiménez en la actualidad

ELECTRODOMÉSTICOS ALFONSO

Uno de los matrimonios más conocidos de nuestro pueblo era el formado por Alonso Vicente "El Chispa" y María Sánchez, no solo por su negocio, un horno donde se amasaba y vendía pan, sino por la gran familia que habían formado: Antonio, Francisco, Pepe, Alfonso, Teresa, Eugenia y Maruja, era el nombre de sus siete hijos. Todos vivían en una gran casa de unos treinta y cinco metros de fachada, -desde la esquina del bar de "el flecha", hasta Caja Murcia- con múltiples habitaciones, situada en la calle Mayor, -actualmente Fernández Jara- justo enfrente de Correros.

Alfonso Vicente

No solo ellos, sino también cada uno de sus hijos, seguro que tiene una buena historia en la que apreciar la forma de vida de las Torres de Cotillas, a partir de la década de los sesenta, sobre todo en lo referente al comercio. Pero en este caso concreto nos acercaremos a ella a través de Alfonso Vicente Sánchez (27-2-1927), un joven con gran visión de futuro para los negocios que, poco a poco iremos conociendo. Este, como todos sus

hermanos, desde edad muy temprana ya ayudaba a su padre en las faenas diarias del horno.

Alfonso era una persona muy intrépida y vital que le encantaba el deporte, sobre todo el fútbol y montar en bicicleta. Cuando fue llamado a filas se incorporó a la Academia General del Aire en San Javier, desde donde, tras acabar la faena encomendada por sus superiores, cogía la bicicleta y bajaba cada tarde hasta las Torres, llegaba a su casa, saludaba a la

familia y tras merendar, regresaba de nuevo a San Javier. Esta era una prueba más que evidente de su gran afición por la bicicleta y de su gran fortaleza física, como deportista nato que era.

Cuando acabó el servicio militar se involucró de nuevo en el negocio familiar. También trabajó durante un tiempo junto a su hermano Pepe, haciendo portes con un camión para una fábrica de harinas de La Puebla de Soto. Tiempo después, dejó el trabajo y volvió al horno, encargándose del mismo junto a su hermano Paco. Se hizo con una parada de taxi que también atendía y que simultaneaba con algún trabajo más. Alfonso era un buen trabajador, pues cualquier cosa que le diera la posibilidad de avanzar en la vida, enseguida se apuntaba a ella. En el escaparate del mismo horno, comenzó a

exponer una serie de pequeños electrodomésticos que vendía a comisión: batidoras, cafeteras, etc. Incluso llegó a vender hornillos de uno y dos fuegos, -Infernillos- además de otras cosas que traía por encargo. Se abastecía de cuanto necesitaba para atender a sus clientes de la tienda que Adrián Viudes tenía en la Gran Vía de Murcia, justo donde hoy se encuentra Tejidos Julián López, frente al Banco de España.

Pasaron algunos años y pensó que era el momento de formar su propia familia. No tardó mucho en aparecer la candidata perfecta para ser su mujer: María Fulgencia Vicente Férez (8-7-1937), una chica muy guapa, procedente de una familia de la Loma, cuyo apodo era muy conocido, desde mucho tiempo atrás, en todo el pueblo: "Los Berenjenas".

Esta solía venir al pueblo los domingos, pero durante un tiempo lo hizo a diario a casa de Paquita Alarcón Belchí, -Paquita de la Encarna-, para enseñarse a bordar. Cada una de las muchachas llevaba su propia máquina de coser que desplazaban desde su casa en carro, permaneciendo en la de Paquita el tiempo que duraba el aprendizaje: un mes, dos, etc. Había otro sitio en la calle Mula donde también las jóvenes enseñaban a bordar, en casa de la Lola "del Correas" y su hermana.

Alfonso regentaba el bar "Los Gavilanes", posteriormente "bar el Flecha" y en más de una ocasión le llamaban desde la casa de Encarna situada justo enfrente del bar entre la actual CAM y la oficina de Correos (hoy un edificio de 5 plantas), para pedirle que les llevara café y ahí se

conocieron. Como en aquellos años se le hacían novenas en la Iglesia a casi todos los santos, ella solía venir, encontrándose casualmente alguna que otra vez. Pero un domingo bajó de La Loma junto a unas amigas al cine de Carrillo que proyectaba la película de Sarita Montiel, "La Violetera" -su segundo gran éxito a nivel nacional -el primero fue "El Último Cuplé"- y al salir de la sala estaba lloviendo a cántaros. No tuvieron más remedio que buscar el taxi de Alfonso para que las llevase de vuelta a casa. Como no llevaban dinero suficiente, quedaron que al próximo domingo le pagarían. De esa manera tan simple empezaron a salir hasta que se hicieron novios y formalizaron su compromiso.

Mª Fulgencia Vicente

Alfonso la visitaba en la Loma, unas veces bajaban al cine acompañados de Consuelo, la hermana de ella que hacía de "carabina", en otras ocasiones, se juntaban varias parejas y con un pick up (toca-discos) hacían baile en casa de alguno de ellos. Los domingos en el pueblo, quitado el cine, todo el mundo se paseaba por en medio de la carretera con plena libertad, ésta se ponía de bote en bote, ya que tan solo pasaba algún que otro coche de uvas a peras. Fulgencia y algunas amigas subían los domingos a misa a las siete y media de la mañana; éstas salían de sus casas con zapatillas; los zapatos de tacón los traían metidos en una

bolsa, cuando llegaban al pueblo hacían el cambio, de esa manera venían más descansadas y destrozaban menos zapatos. Otros domingos iban a misa a La Ribera de Molina, que estaba más cerca, pasando el río en la barca de madera instalada tras la gran cuesta que bajada del caserío. Tres años estuvieron de noviazgo, hasta que en 1961, como cualquier pareja enamorada, se dieron el "sí quiero".

Al igual que sus hermanos, el matrimonio se instaló en la casa familiar, siguiendo con el horno y la venta de los electrodomésticos. Un año después (1962) nació su hijo mayor, al que pusieron el nombre de su abuelo paterno, Alfonso. Dos años después en 1964, vino al mundo su segundo hijo, Fulgencio. Todo les iba bien, pero la familia crecía y pensaron en independizarse. Fue en 1965, cuando alquilaron la casa de Agustín "Caramba", -hermano de "Navarrete"- en la calle de la Iglesia (Actual sede de la Cofradía de la Verónica, C/. de Ntra. Sra. De la Salceda) donde instalaron la primera tienda. Como todo avanzaba así también los aparatos que

facilitaban las tareas del hogar, vendiendo tanto pequeños como grandes electrodomésticos: Cocinas, neveras, lavadoras de turbina, cocinas de gas, muebles de cocina, como eran los armarios de formica, también máquinas de coser de la marca SINGER. Alfonso disponía de una pequeña furgoneta para repartir por las casas las compras que hacían. A raíz de la llegada de la televisión, lógicamente también instalaba antenas para poder visionarlas, en esta tarea le ayudaba su primo Juan Vicente, cuando terminaba de amasar en la panadería de su padre.

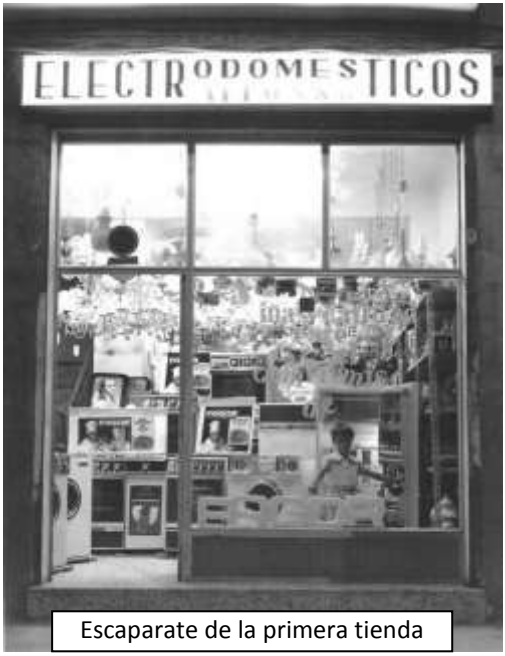
En el año 1967 nació su hija Mª Dolores, contando sus hermanos mayores con cinco años Alfonso y con tres Fulgencio, este último que al parecer era un tanto revoltoso, jugando un día en la tienda, se echó encima un armario de formica, partiéndose una pierna (tibia y peroné).

En el año 1969, piensan en cambiar de casa y alquilan el local donde estuvo el bar del "Techo Bajo" al final del Paseo Fernández Jara. En esta ocasión, aparte de la tienda ubican también la vivienda. Lógicamente, se fueron incrementando la venta de lo que se llamaba ajuares de casa: cuberterías, cristalerías,

vajillas, juegos de café… También, lámparas de todo tipo, con un gran surtido de modelos, incluso tablas de planchar.

Como la fábrica de conservas de D. Salvador Escrivá estaba en pleno auge, las mozas que trabajaban allí, compraban su ajuar en la tienda de Alfonso, lo que hizo subir la venta. Ya no era el tiempo mísero de años anteriores y aunque siempre hay excepciones, todas pagaban religiosamente cada quincena. En 1971 nace Pepe, el último hijo del matrimonio.

En esos años aparecieron los frigoríficos de dos puertas, cocinas de tres y cuatro fuegos con un armarito para guardar la bombona de butano, y también las primeras lavadoras automáticas. Los hijos del matrimonio fueron creciendo y como la mayoría de los niños del pueblo, iban a la escuela, y cuando acabaron la primaria siguieron estudiando, ya que sus padres les decían siempre que era bueno tener otra alternativa, porque los negocios lo mismo podían ir bien o mal. Pero cada rato libre que tenían era para ayudar en la tienda. Lógicamente, los dos mayores, Alfonso y Fulgencio eran los más implicados en el negocio.



Escaparate de la primera tienda

Había épocas, sobretodo en navidades, que se vendía muchos televisores, su venta llevaba incluida la instalación de la antena -constaba de un mástil y dos parrillas- y en muchas casas tuvieron momentos de toda índole, pues los tejados no

siempre estaban en buenas condiciones para subirse a ellos, otras al mover alguna teja aparecía un nido de avispas y les faltaban pies para bajar corriendo por la escalera, en fin, a veces era toda una odisea, costando más el montarla que lo que en sí valía la misma.

Por el volumen de aquellos primeros televisores, siempre se necesitaba a dos personas para su traslado. Aunque lo más dificultoso era subir un frigorífico a los pisos de ciertos edificios.

No fue una sola vez la que le llamaron, porque el televisor aun estando apagado hacia un ruido raro. Lo desenchufaban y seguía con el ruido, hasta que descubrieron que provenía de un pequeño transistor que había sobre la tele y estaba encendido. En otra ocasión una mujer les avisó de que la imagen del televisor estaba bastante borrosa. Uno de sus hijos se acercó a comprobarlo y, efectivamente, no se veía nada claro. Tras observarlo, la mujer fue a la cocina a mirar la comida, mientras a Fulgencio se le ocurrió pasar la mano por la pantalla y ésta le quedó algo negra, llamó a la mujer recomendándole que: de vez en cuando convenía limpiarle un poco el polvo.

Alfonso era muy apreciado por mucha gente del

pueblo, ya que era una persona extrovertida y simpática. Cuando bajaba en la furgoneta a Murcia a recoger algún pedido del almacén o solventar alguna que otra cosa, al volver, si veía en las paradas del autobús algún vecino conocido del pueblo, lo traía con él. No fue una sola vez que, durante el viaje siempre consiguiera vender algo, haciendo nuevos clientes para su negocio.

En las fiestas del pueblo le encantaba correr delante de la vaquilla que se celebraba en la calle Mula, hasta que un año, parece que su trasero le cayó en gracia y hasta que no le dio un buen topazo no quedó tranquila. Fue lo suficiente para que Alfonso se retirara definitivamente, pues nunca más se lanzó a la plaza. En una ocasión, llegó a la tienda una mujer que le había comprado un frigorífico, quejándose de que no funcionaba bien, ya que no enfriaba lo suficiente. Uno de los hijos fue a revisarlo y cual no fue su sorpresa, al ver que el frigorífico estaba desenchufado. Cuando se lo dijo, la mujer le contestó: "Hombre, claro, lo desenchufo todas las noches para que no gaste corriente".

En el año 1972, nuevamente cambian de domicilio, trasladándose al nº 16 del mismo Paseo Fernández Jara. Esta es la primera vez que adquieren la propiedad, situando la tienda en las plantas baja y primera, dejando la segunda planta como vivienda de la familia. Al fondo de la planta primera sitúan los muebles de cocina, de mejor calidad que los anteriores de formica, con la que cada día se trabaja menos. Ya no eran de una pieza, sino que se fabricaban por módulos bastante fáciles de instalar. Cerca de la puerta de entrada a la tienda se

exponían las máquinas de coser, utilizándose un espacio a modo de academia a toda mujer que adquiriese una de ellas, se le incluía en un curso gratuito de 15 días que facilitaba la marca SINGER, al igual que la profesora que lo impartía.

En otra zona de la tienda estaba situado todo lo referente a niños: carritos, taca-taca (andadores), hamaquitas, cunas y todo tipo de accesorios de bebé. También se incorporaron las bicicletas y las lámparas que venían a piezas y había que montar en la tienda. También tenían somieres y colchones. Entonces había dos gamas bien diferenciadas: la gama blanca que abarcaba a lavadoras, frigoríficos, cocinas, etc., y la gama marrón con televisores, radiocasetes, aparatos de vídeo y también pequeños aparatos eléctricos. Alfonso se hizo con la concesión de distribuidor de Camping-gas –botella azul-.

También tuvieron un gato que era todo un "equilibrista", llamaba bastante la atención a la gente que iba a la tienda, ya que acostumbraba a echarse la siesta junto al escaparate. Allí daba el sol toda la mañana, y éste se acostaba entre las copas de las cristalerías, donde se lavaba las patas, incluso se desperezaba, pero jamás tiró ni rompió nada.

Como ya ocurría en la mayoría de comercios de Las Torres de Cotillas, el horario, si es que lo había, era impredecible, ya que se abría a las ocho de la mañana y nunca había hora fija para cerrar, lo mismo daban las diez que las doce de la noche. Ni tan siquiera a la hora de comer se cerraba la tienda. En el fondo de la misma habían hecho una cocina, con una ventana de cristal, allí se reunía la familia a comer, a

través de la ventana, veían si entraba alguien a la tienda, saliendo cualquiera de ellos salía para tenderle. En más de una ocasión, algún que otro representante que se le hacía un poco tarde, lo invitaban y se quedaba a comer o a cenar con ellos.

Tenían un cliente un tanto conflictivo a la hora de pagar y por más requerimientos que le hacían, nunca tenía dinero para saldar la deuda. Al final, le dio como pago a Alfonso una motocicleta. Algo sorprendido, pero la aceptó. En algunos ratos libres la fue arreglando, consiguiendo, poco tiempo después, venderla a un otro cliente de la tienda. Cuando algún cliente hacía una buena compra, siempre tenían un detalle para él. El regalo más conocido era un pequeño ciervo acostado que solían poner encima del televisor, haciendo la competencia al tapete de ganchillo, sobre el que se ponía la famosa sevillana y el toro, que ocupaba el mismo lugar en muchas casas del pueblo. En aquellos años se agradecía el detalle, en la actualidad y tal como está la vida de revuelta, quizá lo hubiesen tomado con alguna otra intención.

Por supuesto que las vacaciones no existían para la familia, solo había trabajo y trabajo. Aunque tiempo después, alguna de las casas que les suministraban los electrodomésticos, les regalaban un viaje a todos los establecimientos que distribuían su marca en España. Fue la única manera de que Alfonso y Mª Fulgencia salieran de las

Alfonso Vicente con grandes futbolistas locales

Torres a conocer y visitar otras ciudades europeas, como Paris, Génova, entre otras. Cuando éstos se marchaban de viaje, su hermano Pepe siempre les echaba una mano y no solo atendía a sus hijos, ya que era su padrino, sino que les ayudaba en el reparto de los electrodomésticos. Rara vez la gente se enteraba de que Alfonso y su mujer su hubiesen ido de viaje, ya que el parecido de los dos hermanos eran tal, que cuando Pepe salía en la furgoneta, creían que se trataba de Alfonso.

En una tienda tan grande, con tantas cosas a la mano, la tentación estaba servida y hubo más de un intento de robo. En una ocasión entró una mujer, quien le atendía se volvió para sacarle lo que había pedido, aprovechando para guardarse una máquina de afeitar en el bolso que llevaba. Por suerte, Fulgencia la pilló, ya que con la prisa y los nervios, ésta no se dio cuenta de que se dejó el cable fuera del bolso demostrando su evidencia. Otra vez recibieron la visita de un estafador que les coló un billete falso de cinco mil pesetas.

En más de una ocasión vino al pueblo un autobús de la marca Corcho, éste no tenía asientos y sus laterales eran acristalados para que se pudiera ver la exposición de electrodomésticos que la marca exhibía: cocinas, frigoríficos, lavadoras, etc.

Alfonso Vicente con un grupo de amigos

Alfonso se subía en él y junto al representante, daban algunas vueltas por el pueblo para que la gente pudiera subir y contemplar la exposición. Todos aquellos que lo hacían eran obsequiados con unos caramelos.

Cuando llegaba la Navidad, Alfonso se acercaba a Ibi (Alicante), acompañado de su hija y uno de sus otros hijos, que le ayudaban a elegir los juguetes que traería a la tienda. Montaban la exposición en la puerta de la misma. Esta ocupaba el ancho de la fachada y, al menos tres metros hacia afuera, en el paseo ajardinado que había entonces. Alrededor de la misma ponía una cuerda para que los niños no se acercaran a tocar. Unos familiares que venían a pasar esos días con ellos, les ayudaban a custodiar los juguetes.

En 1978, la familia decide comprar el local de la calle Florentino Lapuente, esquina a Oltra Moltó; lo arreglan y montan una nueva tienda. Por primera vez tienen dos locales en el pueblo funcionando simultáneamente. En la nueva tienda se incorporan los nuevos avances tecnológicos. Allí se venden aparatos de aire acondicionado y por supuesto, en el costo, entra la instalación de los mismos. El famoso vídeo- club, -digo famoso, porque no solo se iba a buscar películas, sino que servía de punto de encuentro entre muchos amigos de Las Torres-.

El matrimonio en Paris

Pepe, el hijo menor del matrimonio, se encargó de él. Al principio tan solo tenían media docena de títulos. Al ser una novedad el vídeo, y poder ver una película cuando querías, no es raro que se emitiera en el comercio hasta 10 veces al día para asombro y entretenimiento de todos los vecinos, concretamente

es el caso de "Mad Max II, el guerrero de la carretera" de George Miller, interpretada por el famoso actor Mel Gibson. Pepe tenía una memoria prodigiosa que le permitía conocer a los clientes solo por el número de socio que tenían, cada vez que estos alquilaban una película o la devolvían. Se sabía el número de orden de cada una de las 4.000 películas que alquilaba. Antes dije que parecía un centro social, ya que muchos de los clientes coincidían y entablaban conversación, mientras aguardaban a que devolvieran alguna película que querían ver. Otros preguntaban a Pepe si había visto tal o cual película para que les asesorase y, éste, sin buscar en el archivo del ordenador, les respondía con seguridad, la que sí o la que no había visionado. El Videoclub llegó a tener muchísimos socios, la mayoría de ellos habían adquirido el vídeo en la tienda, y por la compra del aparato, les obsequiaban con un bono de treinta películas gratis.

También había clientes que eran un tanto despistados y no cumplían con la fecha concertada de devolución. Cuando éstos aparecían por la tienda, pasado más de un mes, Pepe, escondía las últimas novedades para que no se las llevaran, ya que eran las más solicitadas por los otros socios. Una de esas películas fue E.T. El extraterrestre, teniendo más de diez copias alquiladas a la vez. También hubo un cliente que alquilaba cada día quince películas, y más de una vez se preguntaban de dónde sacaría el tiempo para poder verlas todas. Como en todos los vídeo-club, también tenían películas pornográficas, a

La familia al completo

pesar de que éstas se entregaban con la caratula velada, los clientes siempre intentaban disimular ante los demás, quizá porque les daba vergüenza de que los vieran o por los comentarios que pudieran hacer. Cuando el Vídeo-club cerró, ya que empezaban a imponerse las nuevas tecnologías, (internet, teléfonos móviles, etc.), muchos de ellos siguieron viniendo a la tienda como clientes.

Alfonso fue nombrado suplente del Juez de Paz, Salvador Sandoval López, en Noviembre de 1985, cargo que mantuvo hasta que en Septiembre de 1988, contrajo una enfermedad fulminante, falleciendo el día treinta del mismo mes. Justo cuando estaba a punto de abrir la nueva tienda, en el número cinco de la calle Fernández Jara, debajo de su casa. Fue ya al año siguiente, en 1989, cuando ésta se inaugura, quedando Fulgencia al frente de ella. En ésta no solo hay una exposición de electrodomésticos de todo tipo, sino que utilizan la planta baja para artículos de regalo, ya que entonces estaba muy de moda que los novios hicieran las listas de boda con los regalos que les gustaría recibir, en alguna tienda y, en ésta, por tener de todo tipo de detalles, era muy solicitada.

También la exposición alcanzaba a los artículos de camping y playa. Entonces decidieron cerrar la tienda del Paseo que estaba justo enfrente, pues en ese momento era la más pequeña y antigua. Fulgencia siguió en la tienda hasta el momento de su jubilación y con ésta, también se cerró la tienda. Sus hijos Pepe y Mª Dolores dejaron de trabajar en el negocio, cogiendo nuevo personal, desligado totalmente de la familia.

Tan emprendedores como sus padres, montaron un gran comercio en la Avda. Los Pulpites, Electrodomésticos IDEA, que tuvo un comienzo feliz a nivel nacional, pues era un buen proyecto competitivo con otras empresas del medio, pero el auge de nuevos centros comerciales y la incipiente crisis hicieron que ocho años después de su apertura tuviera que cerrar. En la actualidad tan solo permanece abierta la tienda situada en Florentino Lapuente - Oltra Moltó, que llevan los dos hermanos mayores, Alfonso y Fulgencio.

Inauguración de Idea Electrodomésticos

Cuando recababa datos para componer esta historia, los hermanos me pidieron un favor que no les pude negar, querían que la acabase con estas palabras: “Queremos que esto sirva como homenaje a nuestros padres Alfonso y Fulgencia, por el sacrificio que les supuso formar una empresa y una familia a la vez. Gracias por convertirnos en las personas que hoy somos”.

Fachada de la tienda actual en Oltra Moltó

Amigos, lo prometido es deuda. Promesa cumplida.

BAR “EL TECHO BAJO”

Esta es la historia de un establecimiento con bastante solera que estuvo situado en pleno corazón de Las Torres de Cotillas, justamente al final del Paseo Fernández Jara, esquina con Avda. Reyes Católicos, durante dos décadas -actualmente ocupa el bajo Flodisa Asesorías-. Pero para conocerlo mejor, remontaremos unos años atrás para descubrir a sus protagonistas: Francisco Dólera, “el Risos” y María Dólera, “Pernillas”.

Durante la guerra, Francisco estuvo sirviendo en caballería y, un día, trasportando unos caballos, le lisiaron la mano derecha, con tan mala fortuna que le quedó encogido el dedo corazón. Cuando ésta acabó volvió a su casa en La Loma junto a su familia. Él era jornalero en las labores de la huerta, por lo que fue a pedir trabajo a uno de los terratenientes del pueblo, el “Tío Berenjena” y, al día siguiente, comenzó a trabajar en sus tierras.

Era costumbre que la mayoría de mujeres del pueblo llevaran la comida al tajo donde estaban sus maridos trabajando y, a mediodía, su mujer se presentó en el bancal con una capaza que guardaba la fiambrera con el guiso caliente que le había preparado. Se sentaron en una mota y, al coger Francisco la cuchara para llevarse la comida a la boca, María vio que la mano de su marido estaba completamente negra, posiblemente del esfuerzo hecho con la azada. Los jornaleros se mataban a trabajar para que no les despidieran, ya era bastante difícil vivir durante esos años con lo que poco que se tenía, para encima exponerse a perder el empleo. "¿Qué es esto, Francisco?, -dijo asombrada-, aquí has terminado el trabajo". "¿Qué dices, mujer? –Le contestó- necesitamos el dinero". Ella, aunque un tanto autoritaria, quería mucho a su marido y por nada del mundo hubiese querido que le pasara nada malo, le replicó: "He dicho que aquí se acabó el trabajo y no hay vuelta de hoja. Coge la azada y vámonos, ya saldremos adelante como Dios quiera". Pasó a cobrar el medio jornal que había echado y se marcharon a casa.

Francisco Dólera "El Risos"

Cuando acabó la guerra, Francisco había traído una gran cantidad de azúcar; su mujer que era muy despierta, supo con ingenió cómo utilizarla, haciendo con ella caramelos en la cocina de su casa. Con una mesita pequeña, se colocaba los domingos en el cruce de caminos de La Loma y allí los vendía. Como entonces no había otra distracción, la gente paseaba parte de la tarde para arriba y para abajo, sobre todo las parejas de novios, y raro era que pasaran por delante del pequeño puesto sin comprar sus deliciosos caramelos.

Se acercaban las fiestas del barrio de San Pedro y María preparó, además de sus caramelos, algo de cascaruja y otras cosas. Francisco era un tanto vergonzoso y le costaba estar vendiendo en el puesto, por lo que se limitó a llevarle a su mujer todo cuanto necesitó para instalarlo. María, más decidida y valiente, no le importó quedarse sola y hacerse cargo de todo. Ese día le sonrió la fortuna, ya que vendió cuanto había llevado, sintiéndose verdaderamente feliz al comprobar que Dios nunca abandona a nadie a su suerte.

Tan decidida estaba ante la buena racha que dijo a su marido de comprar una casa en La Media Legua, -había una junto a la de José de la Carmen que le gustaba- y montar una pequeña taberna. Francisco, como siempre dudaba, pero el arrojo de ella, le ayudaba a mirar de frente al futuro y así lo hicieron. Claro que en aquellos años "probar suerte" en un negocio de poca envergadura no era tan complicado. Hoy no se puede montar un bar o una cafetería, simplemente para probar si te va a ir bien o mal, pues las pérdidas, suponiendo que fuese un fracaso, podrían llevar a la ruina al dueño del establecimiento.

Mª Dólera ("Pernillas")

Ellos, con un simple tonel de vino y una mesa que les servía de mostrador, abrieron las puertas de la taberna a todo aquel que requería de sus servicios. El estar situada junto a la carretera, fue algo ideal, ya que cuantos pasaban por la puerta no resistían la tentación a un chato de vino y algo bueno con que acompañarlo. Lo cierto es que les fue mejor de lo que esperaban.

Francisco, por el problema de su mano, no volvió jamás a trabajar con nadie a jornal, pero tenía un buen corral lleno de animales y había que darles de comer. Entonces no existían los

piensos compuestos y su alimentación era de lo más natural, pero para ello, tenía que traer de la huerta un buen haz de hierba cada día, con lo que el pobre llegaba medio descoyuntado a su casa.

No se sabe bien por qué Francisco nunca aprendió a montar en bicicleta, pero claro, había que darle una solución al transporte de los haces de hierba. Estuvo dándole vueltas a la cabeza y decidió comprar un burro, tras consultarlo con su esposa; a ésta no le pareció mala idea y, una buena mañana, se encaminó hacia el mercado donde encontró entre muchos, uno pequeño, ideal para el trabajo que le había destinado. Efectivamente, el burro le había resultado de lo más útil, pues gracias a él se quitó de encima el peso de cargar con todo.

Habían pasado casi dos años bajando diariamente a la huerta, y el pobre pollino se les enfermó hasta tal punto, que comenzó a caérsele el pelo, y su aspecto no era muy agraciado; María le dijo a su marido que se deshiciera de él, porque solo con mirarle le daba repelús. Una tarde pasaron por la taberna unos gitanos, y Francisco se acercó a ellos, tras charlar un rato amigablemente, les dijo que se llevaran el burro que se lo regalaba. Estos se pusieron muy contentos, pues no es fácil que alguien que no conoces te regale un burro por las buenas. Se deshizo de él, pero como seguía sin saber montar en bicicleta, volvió el problema de tener que cargar con los haces de hierba. Pasado un tiempo no tuvo más remedio que volver al mercado para comprar otro burro. Francisco había estado tan contento con el que tuvo, que buscaba otro más o menos parecido, igual de manejable. Estuvo mirando todos los que se encontraban en el mercado, hasta que vio uno que cumplía con todos los requisitos deseados y se lo quedó.

Volvió a su casa encantado con la compra y, su mujer, al verlo tan alegre, mucho más, pues ya no tendría que venir tan cargado y cansado de la huerta. Apenas pasó una semana, María veía a su marido muy pensativo, pero creyó que serían figuraciones suyas y no hizo caso, pero los días pasaban y Francisco seguía en el mismo estado: "¡Por Dios, Francisco!, ¿Me quieres decir qué te pasa?, llevas unos días bastante raro". "No me ocurre nada en particular mujer, solo que el comportamiento del borrico que he comprado me está haciendo cavilar y darle vueltas y más vueltas a la cabeza". "¿El burro?, ¿y qué le pasa, si puede saberse?". "En realidad no lo sé, solo que es curioso, nada más cruzar la Media Legua y entramos en el camino para ir al bancal de "Los Rajas", éste va solo y se para justo delante". "¡Calla!, serán figuraciones tuyas". "¡Que no mujer, que no!. Los primeros días no le di mayor importancia, pensé que era fruto de la casualidad, pero es que después fui al bancal de la casa – le llamaban así porque en ella habían nacido todos los hermanos. Por cierto, la casa familiar se la llevó por delante la famosa riada "La Bendita"- y nada más entró en el camino tomó la senda, y como la vez anterior, no paró hasta llegar al sitio. Ayer fui al bancal del "Soto Los Ritas" y la misma operación, nada más entrar en el camino tiró para adelante y se paró justo en el bancal. ¿Verdad que es raro? Por eso estoy un poco asustado, o el burro no lo es tanto o tiene que estar embrujado".

Pedro Dólera

Por la noche llegó a la taberna el tío Paco Mariano, que al parecer era entendido en bestias –éste tenía un carro y se dedicaba a llevar agua por las casas antes de que llegara la del Taibilla al pueblo-. El oficio de aguador estaba bastante extendido, como se sabe. Quien tenía un carro, bien con cántaros o con una pipa de madera, recogía agua del río, otros la traían de Molina de Segura, o de un sifón que había en la acequia de Alguazas.

"¡Hombre, Francisco!, -le saludó- que me he enterado que te has comprado un "burrico" nuevo". "Sí, sí, menuda me ha caído a mí con el burro". "Anda, enséñamelo". "Pasa, pasa tú mismo a la cuadra y lo ves, que yo estoy aquí liado atendiendo a la gente". El hombre pasó y estuvo revisando al animal; cuando salió le dijo a Francisco: "Muchacho, pero si has vuelto a comprar el mismo burro que le diste a los gitanos". "¡No me digas!… ¡Me cago en la!…"

Entonces comprendió por qué el burro se sabía el itinerario de la huerta, ya que en su etapa anterior junto a Francisco, se la tenía más que aprendida. También hay que reconocer que los gitanos, en lo referente a los animales, son unos especialistas que se pintan solos.

En 1944 el matrimonio tuvo su primer y único hijo al que pusieron de nombre Pedro. Todo les iba sobre ruedas, la taberna tenía cada día más público, pues su situación a la vista de todos junto a la carretera fue ideal para el negocio y pese a la estrechez que se padecía en aquellos años, llegaron a ahorrar unas "perricas".

Unos tres años después, se enteraron de que en Las Torres se vendía una casa que hacía pico esquina, y aunque era un tanto antigua, el matrimonio hizo sus cuentas: un buen lugar

en el centro del pueblo, cerca de las escuelas para que su hijo pudiera aprender, dejar la taberna de la que ya estaban un poco cansados y, además, con la nueva la idea de montar una tienda de comestibles. No lo pensaron más, vendieron la casa de la Media Legua y decididos, se vinieron al pueblo. El tío Paco Mariano cargó en el carro los cuatro muebles que tenían, el tonel del vino, -en el que venía sentado Pedro- y vinieron a instalarse en su nueva casa, en el Paseo Fernández Jara.

En realidad, en aquel tiempo, ya habían muchas tiendas en el pueblo, como las de Antonio el Chispa, el Tío Carrillo, -ésta hacía esquina con la calle Mayor y la Vereda que iba a la estación del tren-, la de Juan Antonio el Ranco en la calle Antón tóbalo, y la de María de Paco Carrillo, en el Barrio de los Vicentes, entre otras. Esto no fue motivo que les frenara en su decisión, manteniendo la idea de montar su propia tienda. Pero a veces el destino se desvía un poco de los planes que trazamos los humanos, ahora veremos por qué.

Apenas habían limpiado y colocado los muebles, llamaron a la puerta y María salió a ver quién era. "Hola, María, -la saludaron muy cordialmente-, veníamos a ver si nos podías hacer unos conejos fritos con tomate para venir luego a cenar. Esta los miró de arriba abajo y al ver la cara que puso, dijeron: "bueno, si puede ser". Se trataba de un grupo de amigos: Juan Antonio de la Rodriga, Andrés "de la Luz" –le llamaban así porque tenía una pequeña tienda donde vendía todo lo referente a electricidad (bombillas, cable, enchufes etc.) D. Pedro Fernández (padre), el médico, Andrés de la Chicana y Santiago el sastre. Cuando se marcharon, cerró la puerta y le contó a su marido lo que había pasado, a lo que él le contestó: "Te das cuenta mujer, esto es una señal, no quieren que montemos la tienda sino que sigamos con la taberna. Así lo vamos a hacer, tú le preparas los conejos y veamos cómo nos va".

La casa tenía la siguiente distribución: según entrabas de la calle había dos escalones que daban paso a la entrada

donde había dos habitaciones a derecha e izquierda – las únicas de la casa- en la primera había un mostrador de tablas de madera, tras el cual, había un gran armario de madera con puertas, donde se guardaban alimentos (torrados, avellanas, longanizas, salchichas, etc.) y otras cosas que por delicadas no se dejaban en cualquier sitio. Debajo del mostrador había tarros con pimientos, olivas, que junto a los michirones (habas cocidas) que María cocinaba muy bien, eran las tapas que de ordinario se servían en la taberna. La habitación de la izquierda era de uso privado de la familia.

Por la mañana temprano solían pasar los jornaleros que iban a la huerta, a tomar unas copas de "revuelto" (mistela y anís) o de coñac, pues la mayoría que iban desmayados, sin haber tomado nada desde la noche anterior, entraban en calor antes de comenzar el duro trabajo que les aguardaba. Estos llevaban sus bolsas de tela a cuadros, donde guardaban el almuerzo: un pedazo de pan con una sardina de bota y algún tomate. Los domingos, que los hombres salían a expansionarse un poco del duro trabajo de la semana, solían juntarse en peñas de tres o cuatro amigos, se sentaban alrededor de una mesa y llamaban a María para que les sirviera un porrón o una "carabaña". El vino se vendía por cuartillos, -que era medio litro- entonces se utilizaba mucho el agua de carabaña para purgarse cuando se estaba mal del estómago y, su envase de cristal que era de medio litro, lo utilizaban en la taberna para llenarlos de vino, de ahí que en vez de pedir un cuartillo, pedían una carabaña. Tanto el porrón como la botella iban acompañados de un plato de michirones, olivas, o de torraos y avellanas.

Veamos ahora de dónde proviene el nombre con el que se hizo famosa la taberna de Francisco y María. Hacía muchos años que toda la zona que ocupaba el Paseo Fernández Jara, era ocupada por viñedos; éstos se regaban con el agua de la acequia mayor del pueblo que pasaba justo por enfrente de esta tierra. La acequia tenía cierta profundidad y para que el agua llegara hasta los viñedos, tenían que estar a la misma altura del fondo de la acequia. Cuando desaparecieron los viñedos y se construyeron las casas, éstas quedaron a ras de la tierra. Conforme pasó el tiempo, se hizo la carretera que, poco a poco, iba aumentando en altura por las distintas capas de piedra y tierra que utilizaban para cubrir los grandes baches formados por la lluvia. De igual forma, engrosaba el espacio libre a ambos lados de la carretera, por lo que las casas quedaron por debajo de su nivel, de ahí que se necesitaba de algunos escalones para tener acceso a las viviendas.

Francisco temía, además de que se les inundase la casa cuando llovía, que alguno de sus clientes resbalara al entrar en la taberna y tuvieran algún accidente que lamentar, por lo que el matrimonio decidió subir el piso de la casa a la altura de la calle. Para rellenarlo, trajeron carros de piedra, tierra y escombros, hasta quedar a la altura deseada. Lógicamente, tras la obra subió el piso, pero no el techo de la casa, si ésta tenía tres metros y rellenaron uno, quedó con una altura un poco arriesgada para alguno de sus clientes, sobre todo cuando iban Antonio o Joaquín, "Los Faroleros", pues en más de una ocasión tenían que sortear la lámpara que pendía del techo.

La gente que iba de ordinario a la taberna comentaban sobre la obra realizada, decían que, ciertamente, habían acabado con el riesgo de algún que otro batacazo, al suprimir los escalones, pero que el techo había quedado un poco bajo. A partir de ahí, cuando los amigos se reunían o quedaban con alguien, decían: "Vamos a la taberna que tiene el techo bajo". El nombre cundió de tal manera que quedó impreso en las mentes de cuantos la visitaban y, así fue como se la conoció desde entonces, por todos los años que permaneció abierta en el pueblo: "El techo bajo". Hasta tal punto influyó el nuevo nombre, que los dueños pasaron a ser conocidos en vez de por Francisco Risos y María de Pernillas, -como hasta entonces-, por el apodo de "El Techo Bajo". Igualmente ocurrió con su hijo, nadie le llamaba por sus apellidos, ya que también habían sido sustituidos por el mismo apodo de sus padres. Cuando se levantó el piso, había en el salón unas siete mesas, utilizando el comedor como reservado, -allí solo había una mesa grande-, para cuando venían personas que preferían comer o cenar más tranquilas, o algún grupo de amigos como el anteriormente citado. Cuando no quedaba sitio, como la cocina era muy espaciosa, igual instalaban un par de mesas más.

El Techo Bajo se hizo muy conocido por mucha gente, no solo del pueblo, sino por ser el punto de reunión durante ciertos eventos específicos; por ejemplo, cuando fallecía alguna persona que vivía en el campo. Lógicamente, en la actualidad no ocurriría eso, ya que el teléfono o cualquier otro medio hace las distancias cortas, para avisar de tal o cual suceso, pero entonces no era así, ya que la gente se desplazaba en burra o andando. Estas personas vivían muy distantes unas de otras y quizá pasaban meses, incluso años, que algunos de ellos no se veían, por lo que aprovechaban los entierros para saludarse y tomar juntos un chato de buen vino. El bar elegido y que les quedaba cerca de la Iglesia era sin duda "El Techo Bajo", donde se reunían desde bien temprano. Pues bajaban del campo

por la mañana y volvían a subir tras celebrarse el entierro por la tarde.

Conforme iban llegando, después de un efusivo saludo, se invitaban a rondas de chatos de vino, mientras se contaban como les iban las cosas en la familia, de las cosechas del año, de los animales, del trabajo, en fin, de todo aquello en lo que transcurría el día a día de sus vidas. Aunque picaran o comieran alguna cosa, el vino que corría generosamente entre rondas y rondas, era el verdadero protagonista del día y, a más de uno, cuando llegaba la hora del entierro, en vez de ir a dar el pésame a la familia del difunto, estaban en óptimas condiciones para ir a "dormir la mona".

Como suele ocurrir, siempre hay alguna anécdota que se recuerda con cariño al evocar tiempos pasados. Cuando llegaba la cosecha del albaricoque y del melocotón, también solía venir gente de otras provincias a trabajar, y un día, entró un andaluz a tomarse un chato de vino, pidiéndole a Francisco que le pusiera de tapa una guindilla; como vio que éste se iba a comer el pimiento solo, le puso uno que no picase mucho. El andaluz cogió y le dio un mordisco, empezando a refunfuñar: "las guindillas murcianas no valen nada, pues apenas pican". Se acabó el pimiento y se bebió el chato de vino. Minutos más tarde pidió otro chato y otra guindilla, Francisco pensó: de modo que las guindillas de Murcia no sirven para nada,… pues ahora te vas a enterar. Le puso una que estaba en un tarro, revuelta con cayenas de las

"Perico" de actor

pequeñas, tan fuertes que no había quién se las comiera. El hombre le lio un bocado y las lágrimas caían como una cascada de sus ojos que apenas podía abrir. "¿Qué ha hecho jefe?" -le dijo el pobre medio ahogado-, cogió el vaso y de un trago vació su contenido. Francisco, muy serio, le dijo: "Seguro que la próxima vez serás más prudente y no criticarás lo que no conoces".

Pedro, -para todo el pueblo, Perico del Techo Bajo-, estaba estudiando preparándose para afrontar su futuro, pero éste quedó de alguna manera truncado a los catorce años, ya que en 1958 falleció su padre con tan solo 52 años. La taberna estaba en pleno auge y no tuvo más remedio que dejarse los estudios y echarle una mano a su madre. En aquella época comenzaron a transformar el campo, las tierras de las fincas que había de secano las iban a convertir en regadío, fue cuando se instaló el famoso motor del Rancho Grande, pero para realizar esta colosal tarea se necesitaba una gran cantidad de mano de obra. Vinieron tractoristas desde distintos puntos de Albacete, expertos en manejar las máquinas, -quizá fueran

éstos los primeros tractores que aparecieron por el pueblo-. Resultó insuficiente con los jornaleros del pueblo para poder transformar tantas tahúllas, por lo que decidieron traer gente de Mula y Bullas. Como no había línea de autobuses desde el pueblo, los trabajadores pasaban dos o tres meses sin ir a su casa ni ver a su familia.

La familia del Techo Bajo había adquirido una casa en la calle Juan Pedro -hoy del Príncipe- donde tenían un pajar, y en él dieron cobijo gratuitamente a una treintena de jornaleros, ya que no podían permitirse el gastar el dinero en dormir en otro sitio más acomodado. Como pasaban muchas horas en el duro trabajo y el alimento para sustentarse no era mucho, cuando regresaban por la noche, María les tenía preparada una gran olla de cerdo para que al menos tuvieran un plato con comida caliente al día. Esto y un buen porrón de vino, reponía la energía de sus cuerpos, para volver al día siguiente de nuevo al trabajo. Muchos de esos trabajadores vieron un futuro próspero ante ellos, ya que no les faltaba el trabajo -cobraban de quince a veinte pesetas el jornal- y decidieron traer a sus familias para quedarse a vivir en Las Torres de Cotillas, integrándose enseguida, ya que nuestro pueblo, desde siempre fue muy acogedor.

Personalmente creo que nunca hubo tanto trasiego de personas en Las Torres, pues también coincidió la instalación de la Antena de Radio Nacional de España y lógicamente, aún vinieron más trabajadores, en este caso, aunque iban a trabajar en el mismo lugar, estaban divididos en dos grupos, uno montaba la antena y otro se encargaba de la cerca que rodeaba a la misma. Como todo se hacía a mano, el trabajo no cundía mucho y estuvieron varios meses para realizarlo

Tan bien marchaba el negocio por la afluencia de tanta gente, que María y su hijo decidieron meterse en obras para reformar la casa, haciendo un piso encima por si algún día Perico, tenía la intención de formar su propia familia. En el bar se trabajaban tantas horas que ya perdían la cuenta y no había

más remedio que descansar, por lo que pensaron hacer dos turnos: María se encargaría de los madrugadores, levantándose a las seis de la mañana para atender a los jornaleros, y Perico se hizo cargo de los trasnochadores haciendo el turno de noche.

La noches en el Techo Bajo eran un tanto moviditas, ya que bajaban de Alguazas dos o tres personas que eran unos verdaderos artistas, entre ellos estaba Antonio "El Chambilero"- éste tenía un carrito de helados y polos que vendía en los veranos por las calles del pueblo, -al helado le llamaban "chambi", de ahí el apodo -. Con él venía otro amigo, Juan "El Enterrador". Estos cantaban y bailaban estupendamente y los clientes, -la mayoría de ellos eran los jóvenes que trabajaban en la instalación de la Antena, se lo pasaban en grande. A una hora prudente, Perico cerraba la puerta del bar, pero estos quedaban dentro. Como ganaban algo más de sueldo que los jornaleros, siempre les invitaban a tomar unas copas con la intención de que perdieran un poco el control y reírse con ellos.

Antonio que era "más listo que el hambre", le decía, a Perico: "A éstos que me quieren emborrachar los apaño yo. Mira, coge una botella de Marie Brizar y tú, todas las noches antes de que vengamos, la llenas de agua. Cuando me inviten, yo tomaré lo que quiera, pero cuando te pida una copa, tú me la sirves de esa botella". Así lo hicieron. Entre risas y bailes, las copas iban y venían hasta altas horas de la madrugada. Cada ronda que los clientes tomaban, Antonio, bebía al menos dos o tres copas y, cuando la gente ya se marchaba a

dormir más que contenta, la botella estaba casi vacía. Perico cerraba la caja con doscientas o trescientas pesetas cada noche que le venían de perilla. Fue una época dorada en la que ganó mucho dinero.

Solo había una cosa que le disgustaba, era muy joven y echaba de menos el salir con los amigos, proponiéndole a su madre cerrar un día el bar y descansar un poco, pero ella se resistía. Trabajadora nata, no entendía que los tiempos iban cambiando y que los jóvenes necesitaban expansionarse de vez en cuando.

Los domingos venían los amigos de Perico con sus bicicletas y le ponían los dientes largos. "Nos vamos al Jabalí, que nos han dicho que hay unas zagalas muy guapas". Esto le ponía muy triste y muchas veces se planteaba el cambiar de vida: "esto es una jaula de oro, -se decía así mismo- pero no deja de ser una jaula".

Pedro e Isabel

Pese a todo, Perico aún sacó tiempo para ejercer de actor en una Velada Artística celebrada el 18 de Junio de 1966, a beneficio de la Hermandad del Cristo, interpretando el papel de "padre rico" en la obra de Alejandro Casona "Mancebo que casó con mujer brava" cosechando un gran éxito.

Llegó la hora de hacer el servicio militar y aunque sabía que podía haberse librado por ser hijo de viuda, se alistó en Aviación y fue destinado a Alcantarilla. Se fue con la idea de progresar en las Fuerzas Armadas, -lo que fuera con tal de

librarse de la esclavitud del bar- pero apenas había pasado unas semanas, fue cambiando de opinión, ya que por la mínima que hicieran, nadie se libraba de un arresto, incluso de un buen par de host… Hizo muy buenas migas con el chico que compartía litera, hasta el punto que éste, al ser mayor que Perico, se licenció a los doce meses, mientras él, lo hizo a los dieciocho. La separación le costó a los amigos unas cuantas lágrimas, el uno porque se iba y el otro porque se quedaba.

Un día lo tuvo claro y decididamente dejó el bar; como tenía cursados ciertos estudios -el Bachiller Elemental-, estuvo un par de meses trabajando en el Ayuntamiento, pero cuando preguntó si no iba a cobrar nada, el Secretario, D. Jesús Rubio, le dijo: "Encima de que estás aprendiendo, todavía quieres cobrar". Salieron unas oposiciones a Telefónica a las que se presentó y aprobó, marchándose a Valencia para hacer un curso. Mientras tanto, María no quería cerrar el bar, con la esperanza de que su hijo volviera y seguir como antes. Durante mucho tiempo, le ayudó su sobrina Joaquina, la hija de su hermana Ramona, tanto en las tareas diarias como atendiendo a los clientes. Incluso, los domingos por la tarde les echaba una mano su tío Paco. Perico acabó el curso que hacía en Valencia y le destinaron a Bechí, un pueblo de la provincia de Castellón de la Plana. En aquel tiempo, aún no había hoteles en la zona y se buscó una casa de hospedaje en la que habría unos doce huéspedes, todos trabajadores como él.

María con su nieta

Hay veces que nos preguntamos el porqué de las vueltas y las tramas que nos surgen en la vida, hasta que nos damos

cuenta de que la casualidad no existe y que es el propio destino que tenemos marcado, desde que ponemos los pies en este mundo, el que nos lleva y trae por los acontecimientos que vivimos. En esa casa de huéspedes encontró Perico a su media naranja, Isabel, una linda chica, sobrina de la dueña que, al no tener hijos, ésta le ayudaba a limpiar y atender en el comedor. Sin duda a Perico le encantó y enseguida se hicieron novios. También hizo amigos entre sus compañeros, los cuales le contaban, lo duro del trabajo en el campo, abriendo pozos para plantar los postes donde después tenderían las líneas de teléfonos. Como en cada trabajo, el sueldo más bajo era el de los peones, éstos, pasaban muchas estrecheces y penurias, le comentaban que a veces, los pozos que habrían en el suelo los tapaban con paja, a ver si pasaba algún ganado y caía alguna oveja, así por unos días tenían para comer carne. Además cambiaban muchas veces de destino, pues cuando acababan el trabajo en el lugar que estaban, los mandaban a otro sitio, por lo que siempre andaban con la maleta de aquí para allá.

Allí, Perico se compró su primer coche y estaba muy contento, pero no se olvidó de los demás; cuando llegó al almacén donde estaban sus compañeros, les dijo: "Ese coche que está ahí afuera, es mío y lo es vuestro, lo tenéis a vuestro servicio cada vez que os haga falta". Al capataz parece que no le hizo mucha gracia y le contestó: "Dólera, se compra usted un coche como el que compra una caja de cerillas. No me lo explico". El pobre hombre estaba bastante "quemado" ya que pese a su categoría, no podía tener uno, por lo que iba y venía cada día en el autobús cargado con una bolsa donde llevaba la comida. Desde ese día no perdía ocasión de meterse con él, amenazándole que el puesto que tenía se lo debía a Telefónica y que tenía que estar agradecido, hasta que a Perico se le hincharon las narices y le plantó cara: "Mire usted, conmigo se ha equivocado". "¿Cómo dice? –Respondió el capataz-". "Que se ha equivocado. Ni le necesito a usted ni a Telefónica, tome

usted sus alicates que un servidor se va a su casa". Y así lo hizo.

Perico quería muchísimo a Isabel y se le hacía un poco cuesta arriba tener que regresar a las Torres, ya que les separaban muchísimos kilómetros para tener que estar yendo y viniendo a ver a la novia y, como él mismo confiesa, entonces era muy "guapico", seguro que no faltaría alguna que le pusiera el pie, por lo que decidió pedirle que se casara con él. Ella, que tenía dieciocho años, se sorprendió un poco por su prisa, pero él, que no quería perderla, fue más decidido y habló con su suegra. Esta les dijo que no tenía ningún impedimento, si querían casarse que lo hicieran, tan solo había una pega, no tenía un triste duro para la ceremonia. En 1967 se casaron y se vinieron a vivir a las Torres de Cotillas, involucrándose por un tiempo, los dos en el bar. Ni qué decir que María estaba muy feliz. Cuando D. Jesús Rubio se enteró de que había vuelto al pueblo, le preguntó si le gustaría trabajar en el Ayuntamiento, ya que había una baja y él podría cubrirla, -se trataba del puesto que ocupaba Miguel de la Solita, ya que éste, un día que fue a la playa, le dio un trastorno y se ahogó-. Perico comenzó a trabajar a la edad de veintitrés años, entonces había muy

Pedro junto a compañeros del ayuntamiento

pocos funcionarios: Belchí, Cantero, Benjamín, el secretario, Perico el alguacil y Onofre, el sereno. Poco después entró a trabajar también de alguacil Carlos Valverde. Una de las cosas que le asignaron fue el pase de la revista de los militares. Estos, desde que se licenciaban hasta la edad de treinta y cinco años, tenían que ir cada año a que le pusieran el sello en la cartilla. Esta revisión se efectuaba en los días de la Pascua-entonces no se decía Navidad-. El Secretario le dijo que postergara, si tenía que hacer algún viaje, ya que vendrían los mozos a pasar la revista. Perico se preparó el fichero y abrió la ventanilla a la espera de que aparecieran por allí. Llegó el primero y después de sellarle la cartilla, éste le dio cinco pesetas -un duro- Perico sorprendido, le preguntó al muchacho para qué era el dinero, contestando que se trataba de la propina. Así lo fueron haciendo uno por uno, cuantos se presentaron. Este no salía de su asombro. Cuando acabó con la revisión y sellado de cartillas, había juntado más dinero que lo que cobraba de sueldo. Entonces ganaba cien pesetas diarias, tres mil al mes.

Esto no le parecía muy correcto, diciéndole a gente que no tenían por qué esperar a que llegase la Pascua para pasar la revisión, que podían venir en cualquier rato libre y él gustosamente les ponía el sello, además, no tenían que dejar propina alguna.

Perico tuvo claro cuando entró a trabajar en el Ayuntamiento, que tenía que llevar un sueldo a su casa, pero que ese sueldo no se lo pagaba el Alcalde, sino la gente del pueblo y ésta, no iba al Ayuntamiento, fueran jóvenes o mayores, por gusto, sino por necesidad, por lo tanto su obligación, era atenderlos con el mayor cariño del mundo. No le pesó el tener que reciclarse con nuevos conocimientos y con el avance de la tecnología para darles siempre lo mejor de sí.

Hacia finales de los sesenta, fue cuando la familia decidió cerrar definitivamente El Techo Bajo, pues Perico alternaba el trabajo en los dos sitios y ya resultaba demasiado

para él. Así que las mujeres quedaron atendiendo su casa y Perico, su trabajo en el Ayuntamiento. Cuando éste fue creciendo, cada funcionario tuvo su departamento, pero las personas, fueran a lo que fueran, siempre preguntaban: "¿Dónde está Perico del Techo Bajo?". El atender bien a sus convecinos, fue su meta, por espacio de cuarenta y dos años que permaneció firme en su puesto.

Pedro en la actualidad

LA BARBERÍA Y EL TAXI DE ALFONSO "EL CHICHARRAS"

Vamos a conocer la vida y milagros de una persona más que conocida en Las Torres de Cotillas a través de sus trabajos y su especial forma de ser. Hay quien piensa que Alfonso Carrillo Fernández fue un adelantado en su tiempo, que pese a criarse en aquellos difíciles años de la posguerra, sobresalió por su estilo y elegancia, por su generosidad, simpatía y, sobre todo, por ser un buen amigo de sus amigos, por los que fue muy valorado y apreciado.

Alfonso se quedó muy joven sin su madre, María Luisa Fernández, y sin sus dos hermanos que fallecieron de meningitis, un mal incurable en aquellos años. Fue a la escuela durante un tiempo, donde descubrió muchas cosas que conformaron su manera de pensar cuando se hizo mayor. Tan agradecido estaba a la enseñanza recibida que nunca olvidó al maestro que se la inculcó, guardando un gran respeto y estima hacia su persona. Su padre, José María Carrillo Fernández, que no se volvió a casar, se quedó a vivir con su hermana Roca –mujer de Timoteo- que hizo las veces de madre, ya que se ocupó totalmente de él como si fuese su propio hijo. Fue un niño muy

Todo un galán

simpático y cariñoso, por lo que desde su infancia, se ganó el afecto de propios y extraños.

Los años pasaron y Alfonso aprendió lo que sería su primer oficio, el de barbero. Para ello tuvo, un buen maestro, su vecino Joaquín de la Enriqueta –padre de Perico "el Jenri"-, que lo tuvo a su lado como aprendiz. Como era muy espabilado, enseguida comenzó a soltarse y, no solo afeitaba, sino que cortaba el pelo estupendamente. Joaquín que le apreciaba mucho, cuando se jubiló, le regaló su sillón de barbero, deseándole toda la suerte del mundo; con él se estrenó en su nuevo oficio.

El "tío Alejón", muy amigo de su padre, fue el que lo apodó "El Cigarra", pero en los pueblos ya se sabe, todo se apaña y amaña a nivel popular y el apodo quedó en "Chicharras". Pues bien, Alfonso "el Chicharras" tuvo su propia barbería que montó en una habitación de su casa de la manera más sencilla y humilde. Un par de sillas para los que esperaban, en el centro el sillón de madera que le habían regalado y, ante él, un sencillo espejo. En dicha habitación había una ventana que daba a la calle en su fachada principal, sobre la que colgó el cartel de "Barbería". Por su profesionalidad y su simpatía pronto atrajo a muchos clientes.

Alfonso con sus hijas Javiera y Mª Luisa

Entre las muchas familias que llegaron al pueblo en aquellos años para trabajar en la conserva, hubo una que procedía de Totana, una hija de esta familia, Francisca, conocida como la "Quica", quería aprender a coser y vino junto a Roca la "tía-madre" de Alfonso que era costurera. Él, tenía

unos veinte años y estaba muy delgado, por lo que aparentaba tener menos edad. Francisca, por el contrario era una mujer –como se suele decir- hecha y derecha, de muy buen ver y, pese a que la diferencia de edad entre ellos era poca, - solo seis meses- a su lado parecía más madura que él. Nada más conocerse, ambos se gustaron mucho y se hicieron novios. Pero ocurrió una cosa bastante chocante, algunas personas creyeron que ella se casaría con José María, el padre de Alfonso, quizá por su aspecto, ya que parecía mayor. Lo cierto es que se hicieron novios, despejando así las dudas de la gente. Aunque algunos amigos que paseaban tras ellos por la calle le decían: "Chicharras, eso es mucho tomate para solo dos huevos"

En aquel tiempo las mujeres empezaban a preparar el ajuar desde muy jovencitas, incluso antes de tener novio y, en la mayoría de los casos el noviazgo se eternizaba. Como los hombres dependían de un jornal, también les era muy difícil el poder tener unos ahorros, por lo que optaban en llevarse a la novia, en su mayoría, a los famosos Baños de Mula. A su regreso iban a vivir a la casa de los padres de ella y, con los años, si había suerte, podían meterse en obras y hacerse una casa.

La familia en la playa

No fue el caso de nuestro amigo; cuando decidieron fugarse de mutuo acuerdo, lo hicieron hacia la estación del ferrocarril, pues cuando el tren, tras montar los viajeros arrancaba de nuevo, iba bastante lento, lo que aprovecharon los novios y, en una corta carrera se subieron a él. El viaje no fue muy largo, ya que no pasaron de

Alcantarilla. Un primo de Alfonso le dejó el dinero para pagar la pensión y con lo que les sobró se compraron un cartucho de granos de uva. El regreso lo hicieron andando por la misma vía del tren hasta el pueblo. Los jóvenes se quedaron a vivir en la casa, aunque ocuparon una habitación en la parte alta de la misma. Con el tiempo, ésta se dividió en dos, la parte derecha fue para la familia de José María y la izquierda para la de su hermana Roca.

Francisca dejó la costura y se dedicó a la casa, mientras Alfonso, durante la mañana atendía una tierra que tenían en la huerta y por la tarde, a eso de las siete, ejercía en la barbería, ya que sobre esa hora los jornaleros venían de sus trabajos. Entonces la gente no se afeitaba cada día y, los que tenían la barba muy cerrada, por su aspecto parecían tener más edad. En el invierno, Francisca siempre le tenía preparado un puchero con agua caliente, para darles el jabón y aun así, había veces que éste se cortaba por la barba tan dura de tantos días. Lógicamente el trabajo subía los fines de semana, en los que no había hora fija para cerrar. Ya conocemos la dureza de aquellos años, y para el joven matrimonio no iba a ser menos, también en su casa llegaron a escasear los alimentos básicos.

La familia al completo

Una tarde, Alfonso se acercó a la huerta a coger un saco de habas con la intención de venderlas y sacar algún dinero, pero el tiempo estaba un poco revuelto y en pocos minutos se formó una gran tormenta. Tuvo que volver a su casa cargado con el saco y calado hasta los huesos, pero eso no fue lo peor, cuando venía por el quijero de la acequia, el suelo estaba muy resbaladizo y en un traspié, el saco se le fue de las manos cayendo a la acequia con su caudal lleno de agua. Después de todo el percance no podía volver a su casa con las manos vacías. Lo fácil, ya que estaba mojado, hubiese sido meterse en el agua a rescatarlo, pero el problema era otro. La acequia se perdía por debajo del puente que había en la casa de Andrés de la luz y, entre el peso del saco y la fuerza de arrastre del agua, no solo estuvo a punto de perderlo, sino que le pudo ocurrir alguna desgracia, ya que en su intento, se tendió sobre el puente y casi cae de cabeza.

Con los años, como todo evoluciona, la barbería dejó de llamarse como tal y entonces se convirtió en "la peluquería de Chicharras". Entonces ésta tuvo una doble función, pues se convirtió en una especie de centro social, donde acudían varios amigos de Alfonso y mantenían unas buenas tertulias, entre sus temas: los toros, las motos, coches, incluso a veces, un gitano

"La movida" de los 70

que venía de Alguazas, muy elegante, con un pañuelo blanco atado al cuello, les amenizaba la tarde cantándoles flamenco del bueno. Entre ellos se encontraban: Pepe el "Chorlica", Tirso, Domingo de Pura, Senén Ejidos, Miguel el "Abercoque". Este último era de Alcantarilla y tenía un taller de motos .Siempre iba a la barbería en alguna de aquellas motos (Montesa, Vespa, etc.) y a los que estaban allí los llevaba a dar una vuelta con ellas.

Cada uno contaba sus penas o alegrías y, cómo no, también sus aspiraciones por mejorar en la vida. Una de las metas de Alfonso en las que tenía puestas todas sus ilusiones, era la de poder comprarse un coche que, con un poco de esfuerzo y sacrificio, tiempo después consiguió. El hijo mayor del matrimonio, José María, comenzó desde muy jovencito las prácticas en la barbería. Se encargaba de enjabonar las barbas de los clientes que después su padre afeitaba. Alfonso conversaba y se relacionaba con personas de cualquier edad, jóvenes o mayores. A los jóvenes les gustaba su trato porque se ponía a su altura y ellos sentían que los comprendía, por eso también le buscaban. Además de la suya, había otras barberías más en distintas calles del pueblo, como la de Alfonso Porcel, en la Calle Mula;, Pedro González, en la Cruz; Juan Antonio Fernández, en el barrio de Los Cortijos; Juan de Pío, en la calle Salceda, etc. Él y su mujer estuvieron durante un verano trabajando en el cine de Carrillo en la Vereda, como taquillera y portero. Pusieron una película de Jorge Negrete, -un verdadero ídolo de masas- y la gente se amontonaba en la

taquilla para sacar las entradas, pues iba a comenzar la sesión y todos querían entrar a la vez. Estuvieron muy cerca de conseguirlo, ya que de tantos empujones, arrancaron la puerta de cuajo tirándola al suelo.

Por fin Alfonso alcanzó su sueño, vendió un trozo de tierra en la huerta –ocasionando a su padre un gran disgusto- y, con el dinero obtenido se compró un coche de segunda mano. Era un modelo de la casa Ford, bastante amplio por dentro y con estribos a los lados. Para ponerlo en marcha se arrancaba el motor a través de una manivela que tenía en la parte delantera. Al principio lo utilizaba para pasear a sus familiares y amigos, pero la idea esencial era utilizarlo como taxi, llevar a las personas a donde le pidieran y de esa forma, no solo lo amortizaría, sino que sacaría algún dinero para mejorar la situación de su casa. Los domingo por la mañana, como aún no había agua corriente en las casas, Alfonso llevaba a toda la familia a bañarse a los Baños de Mula. Este sacaba los tiques para los baños generales ya que así le salía más barato.

Comenzó haciendo viajes a Murcia, unas veces a llevar gente, y otras, a solucionar encargos de amigos y conocidos. Cuando llegaba la Feria de Septiembre, él conseguía las entradas para las corridas de toros, o para la temporada de lucha libre. A veces llevaba al equipo de fútbol a jugar a otro pueblo y, los que no cabían dentro del coche, se iban montados en los estribos, en alguna ocasión que les tocó jugar con el Alcantarilla, al subir la cuesta Siscar, con tanto peso, el motor empezaba a echar humo y los futbolistas se tenían que bajar para empujarle.

Cuando le salía algún viaje, dejaba a su hijo a cargo de la peluquería, pero claro, como a cualquier chaval, éste a veces no quería quedarse y prefería ir con los amigos, lo que le costó más de una regañina y algún que otro pescozón. Por un tiempo también tuvo un aprendiz, Antonio el carpintero, que se casó con Carmen, y montaron el bar restaurante Dña. Parranda, situado en la Plaza Mayor de nuestro pueblo. Y como todo, no

solo cambiaba la gente al hacerse mayor, la barbería también lo hizo en su mobiliario y el nuevo sillón adquirido era bastante llamativo, recubierto de porcelana blanca y, además, era giratorio.

Tampoco fue una única vez que D. Pedro el médico llegaba corriendo a la peluquería: "Alfonso, coge el coche y llévame a la Loma que tengo una mujer de parto". Ante la urgencia, éste dejaba con la cara llena de jabón al cliente que estaba atendiendo, diciéndole que volvía enseguida y se marchaba. Lo mismo podía tardar quince minutos que media hora. En el invierno, el día que llovía y tenía que visitar a enfermos en la huerta o en el campo, el médico llamaba a Alfonso y le esperaba con un paraguas negro, de los grandes, sabía que si ocupaba la parte trasera del coche sufriría algún que otro remojón, pues al coche, se le hicieron algunas goteras en el techo, y éste iba sentado con el paraguas abierto dentro de él. Lo cierto es que la escena era de lo más graciosa. También, para arrancarlo era una odisea, pues se congelaba con el frío y tenía que echarles varios cubos de agua caliente mientras le daba vueltas a la manivela. Verdaderamente parecía una locomotora echando humo. Tiempo después, las goteras las taparon con alquitrán, pero fue peor el remedio que la enfermedad, ya que al llegar el verano con 40º de calor, éstas se derretían y había que abrir de nuevo el paraguas para no embarrarse. La primera vez que viajó a Madrid fue a llevar a un pasajero especial, su maestro Joaquín, pues éste iba a pasar unos días visitando la capital como turista. Como no tenía ropa

adecuada, le dejó un traje y una corbata, con el que Alfonso se veía muy elegante y, como recuerdo, se hizo una foto para eterizar el momento.

Como el coche era tan amplio, cuando requerían sus servicios para una boda, entre el asiento del conductor y el de la parte de atrás, ponían dos sillas pequeñas de las de anea y allí se sentaban los críos que llevaban las arras. Con los años fue cambiando de coche; en una ocasión compró un Renault 4 (conocido popularmente como "R4" o "4L"), porque era muy económico. Como era bastante pequeño lo tuvo muy poco tiempo, pero le ocurrió una anécdota muy graciosa: le avisaron para una boda, y allí se presentó en la puerta de la iglesia, pues los novios nada más acabar la ceremonia querían marcharse. A la hora de montar en el coche, solo cabía la novia y la gran cola del vestido que llevaba. El novio, resignado, tuvo que ir andando junto a él.

A la peluquería acudían muchos mozos, no solo del pueblo, también de La Loma y de La Florida, éstos bajaban en sus bicicletas que dejaban aparcadas en la puerta. Eran bastante presumidos, ya que salían a rondar a los pueblos de alrededor y les gustaba ir muy modernos, con sus patillas y bigotes bien arreglados, -hoy se les llama "metrosexuales y cachas" y entonces eran los "guaperas"-. Por eso les encantaba que Alfonso les cortase el pelo, ya que éste era un perfeccionista utilizando las técnicas más novedosas de la época. También acudían algunas

chicas del pueblo, las más atrevidas, cuando se puso de moda el corte "a lo Garçon". Entre aquellos jóvenes iba su sobrino Manolo de Maiquez, con la primera bicicleta de mujer que María Luisa había visto en el pueblo. Ante la novedad, ésta le pedía a su padre que le entretuviera un poco más, mientras ella se daba una vuelta.

Quizá porque se lleva en la sangre, o de estar presente diariamente en la peluquería, no solo fue su hijo José María el implicado, también su hija María Luisa, aprendió el afeitado con navaja y a cortar el pelo. Aunque cuando explayó sus conocimientos en la materia, fue años después en su propia peluquería.

En otra ocasión, Alfonso llevaba a unos novios a Murcia para hacerse las fotos en el estudio de Abellán, -por entonces muy de moda-, pero a mitad del camino, entrando a la carretera de Alcantarilla se le cruzó un carro y, cuando vino a darse cuenta, el hombre estaba debajo del coche. Ante la situación, aunque éste no parecía muy grave, perdía alguna sangre. Entonces, Alfonso les pidió a los novios que se bajaran porque él tenía que llevarle al hospital. Así lo hicieron, él se marchó y ellos esperaron en la orilla de la carretera a que llegara el autobús para continuar con el viaje a Murcia.

En las décadas de los años cincuenta-sesenta, mucha gente del pueblo comenzó a ir a trabajar a la vendimia de Francia. Unos utilizaban el tren, pero muchos requerían los servicios de Alfonso y su taxi. Iban familias enteras – tres personas junto al conductor y cuatro en la parte de atrás- bastante cargados con ropas y cosas que les harían falta al

llegar allí. Pasaban dos o tres meses, y cuando acababa la faena regresaban al pueblo. Aunque algunas familias se quedaron a vivir en Francia algunos años. También comenzó a llevar gente a Alemania para buscar su porvenir. Los había que tenían contrato, porque algún pariente que ya estuviese un tiempo allí se lo había conseguido, pero para poder incorporarse tenían que presentar un certificado médico que debían obtener en Barcelona después de una revisión exhaustiva. Si no había un contrato de trabajo, la estancia de estas personas era limitada y tenían que regresar a su país de origen. La suerte de algunos fue que había una gran demanda de mano de obra.

Alfonso se había aprendido todos los trucos para las personas que llevaba de forma ilegal; al llegar a una gasolinera cerca de la frontera, se bajaban y en los aseos se cambiaban de ropa y se vestían bien; luego Alfonso los afeitaba y arreglaba. Ya montados en el coche, a unos les daba un periódico, a otros un mapa de la ciudad o les ponía gafas de sol, todo ello, para cambiar su aspecto de jornaleros y hacerles pasar por turistas. Tuvo que buscar más de una entrada en la frontera entre Francia y Alemania para evitar problemas. Lógicamente, los guardias fronterizos no eran tontos y en alguna ocasión, cuando volvía solo, éstos le preguntaban dónde estaban los turistas que ninguno regresaba con él. Fue una época en que Alfonso iba y venía una vez por semana, tanto a Francia como a Alemania. El viaje duraba tres días en la ida y los mismos en la vuelta, lo que resultaba bastante estresante y agotador.

A veces, algunos que acaban el trabajo volvían de regreso al pueblo con él, otras, le gustaba visitar a los que había llevado, para ver qué tal se encontraban y traía recados de ellos para sus familias. A la vuelta de cada viaje, Alfonso ponía a la familia con la cabeza loca, contándoles mil veces, la de cementerios de coches que allí había, que estaban casi nuevos y en mejor estado que el suyo, pues viejo y con tantos kilómetros encima, siempre acaba en el taller, dejándose parte del dinero ganado.

Alfonso, también era una persona bastante generosa, a veces venía cargado de camisas de hombre y medias para las mujeres. Decía que era para venderlas en el pueblo, pero al final, uno termina por enterase de todo, su familia supo que las regalaba entre amigos y conocidos. Pues de vez en cuando, pasado un tiempo, se encontraban con alguien en la calle que les comentaba el regalo que le había traído el Chicharras de Alemania. También había un rumor sobre su admiración por el género femenino, pues le encantaban las mujeres. Pero nunca se le relacionó con ningún escándalo de faldas y, en su casa, era un marido y un padre ejemplar.

En la mayoría de los viajes que hizo, al llegar a Francia, procuraba pasar la noche en alguna de las gasolineras con hostal, para que el coche estuviera más protegido, ya que al ir cargado de equipaje, sufría por si alguien robaba alguna de las maletas o bultos que llevaba. Tan solo había una pega, el dueño les decía que si no cenaban, no les daba alojamiento, o si no ponía gasolina, no podían entrar al servicio. Los pobres que iban con lo justo, hubieran preferido dormir en el coche por no gastar, pero por estas razones no podía ser.

A veces, alguno de los que viajaban con Alfonso, no querían atender a sus razones, cuando les explicaba lo que tenían que hacer para evitar problemas, como sucedió en una ocasión con un sujeto un tanto malhumorado, éste le contestó que haría lo que le viniera en gana, que él no era nadie para darle órdenes. Alfonso paró en el arcén, le pidió que bajase, sacó su maleta y le dejó plantado en plena carretera. Nunca

tuvo intención de abandonarle, solo quería darle un escarmiento y proteger a los demás.

En uno de los viajes que hizo en 1965 a Alemania, se informó sobre ciertos modelos de coches, muy buenos, -sobre todo los de la casa Mercedes- que, comprándolos allí, pasados dos años, los podía traer a España sin pagar derechos de aduana. Calentó a sus hijos mayores, José María y María Luisa, que contaban con diecinueve y diecisiete años respectivamente, para que se fueran a trabajar durante esos dos años y, de esa forma, poderlo conseguir, ya que estaba siempre empeñado en los talleres con las reparaciones del que tenía. Él dejó su trabajo en la peluquería y ella en la fábrica de conservas. En sus viajes, Alfonso había conocido a varias personas españolas que estaban bastante tiempo trabajando allí, sobre todo a una chica gallega muy simpática, llamada Verita, que ayudaba a los españoles que llegaban por primera vez. Esta le había informado de los formulismos requeridos para conseguir un contrato de trabajo, por eso, cuando sus hijos llegaron a Alemania ya tenían una colocación, concretamente a la cuidad de Friburgo, considerada como la capital de La Selva Negra,

El matrimonio con unos amigos

situada al sur del país, cuya frontera linda con Suiza. A María Luisa le faltaban seis meses para cumplir los dieciocho años y, allí, hasta no tenerlos cumplidos, tenían que estudiar y hacer prácticas. Gracias a esta chica gallega, comenzó a trabajar en una clínica universitaria en la sección de niños, en la que estuvo por espacio de seis meses. Su hermano se colocó en la construcción como la mayoría de torreños que su padre llevaba. Al principio de la inmigración, los alemanes, aunque querían que los emigrantes estuvieran cómodos, los alojaban en unos barracones de madera que recordaban a los que había en los campos de concentración; poco a poco, conforme ganaban dinero, éstos los dejaban y cogían casas de alquiler.

En aquellos años, para los que salían del pueblo, Alemania era un auténtico paraíso, tan distinto y sorprendente, tan limpio y ordenado. Cuando en el pueblo aún no había ni aceras en las calles, allí no se podía tirar ni un papel en ellas. El salario que obtenían por su trabajo, al cambio en pesetas, era impensable ganarlo en España, menos aún en el pueblo que, a lo más que se aspiraba era a un jornal que otro en la huerta o un puesto en las fábricas de conservas.

Celebrando sus segundas nupcias

Al siguiente viaje que Alfonso hizo, se llevó a su mujer que se colocó también a trabajar, en la misma clínica que su hija. Mientras tanto las dos niñas pequeñas, Javiera y Paquita, se quedaron internas en el Colegio del Divino Maestro y, los fines de semana, cuando no estaba su padre, las cuidaba Roca y Timoteo. Pasó un año, y Francisca no se terminaba de adaptar y decidieron volver todos a España. Mientras tanto, Alfonso seguía haciendo viajes tanto a Francia como a Alemania. Pero estaba claro, el dinero en aquella época era muy necesario y veían que quedándose en el pueblo, nunca llegarían a ninguna parte y, el sueño de Alfonso de tener su coche nuevo, aún estaba por cumplir.

Después de pensárselo muy bien, decidieron volver a Alemania, pero en esta ocasión no fueron a Friburgo, sino a un pueblo ubicado en la región de Baden-Würtemberg, llamado Waldkirch. A través de una intérprete alquilaron una casa cercana a la fábrica de relojes Blessing –despertadores-, donde se iban a colocar, allí se instalaron y fueron muy bien acogidos por todos sus vecinos. Tanto María Luisa como su madre, trabajaban en distintas secciones: Francisca, donde se fabricaban las piezas, y su hija atornillando la parte trasera de los relojes despertadores. José María volvió a la construcción por un tiempo y después, también entró a trabajar a la misma

fábrica que ellas. Los sábados cortaba el pelo a los españoles y algunos extranjeros que trabajaban allí. Estos, o bien iban a su casa, o él se desplazaba a los barracones donde vivían, así sacaba un dinerito extra.

En la fábrica trabajaba gente de distintos países, incluso en la sección de María Luisa; además de los españoles, había italianos, griegos, yugoslavos, franceses, -estos últimos, estaban a media hora en coche de su país-. Pero lo más importante era la convivencia, ya que se aprendían cosas de las distintas culturas que les enriquecía a todos. El coche no estaba para más viajes y Alfonso se compró un 1500, por supuesto, de segunda mano. En el primer viaje que hizo con él los asientos de delante se arrancaron de su sitio y los viajeros que iban en los de atrás, tuvieron que ir todo el tiempo sosteniendo el respaldo con los pies. Pasaron los dos años y por fin compraron el coche nuevo, un Mercedes 190, rojo (colas). Lo guardaron en un taller, aunque de vez en cuando lo sacaban a dar una vuelta. Pero hubo un pequeño problema. Para obtener los papeles del coche, necesitaba un permiso de residencia y, para ello, Alfonso tuvo que trabajar por un tiempo fregando platos en la cocina de un hotel. Este solía ponerse mucho un suéter de cuello cisne de color negro y, los vecinos extrañados, preguntaban a Francisca si su marido era un pastor protestante. Nunca más lejos.

Nada más arregló todo lo concerniente al coche, se vino con él de regreso a España. Al llegar al pueblo se corrió la voz de que el Chicharras había vuelto de Alemania con un coche nuevo. Se formó tal revuelo para verlo, que parecía una verdadera fiesta. Sus hijas pequeñas, asombradas ante tal barullo de gente, se subieron a casa asustadas y miraban por la ventana del piso.

En Valdkirch, estaba la Casa de España, centro de reunión de los españoles que trabajaban en la ciudad, donde podían degustar comida española: paellas, tortilla de patatas, etc.; también celebraban el Carnaval y se hacía varias carrozas con los trajes típicos de cada zona. Por supuesto que la carroza que representaba a España era la más colorista y alegre, pues las mujeres se vestían de andaluzas con sus trajes de faralaes, llamando poderosamente la atención de todos.

Durante las vacaciones de verano, Alfonso volvía a Alemania con sus dos hijas menores que pasaban allí cerca de tres meses. Había dos paradas obligadas hasta llegar a su destino, la primera en Amposta (Tarragona), donde les advertía que hiciesen sus necesidades ya que hasta llegar a la ciudad de Lyon, en Francia, que era la segunda, no se detendrían más. Al llegar allí, paraban en un hostal que regentaba una francesa, Jeannette (Juanita), con la que mantenía una buena amistad. Cuando iba con las niñas, todos se quedaban a dormir en el coche, menos ellas, que les prestaba su habitación para que pudieran descansar mejor.

Al llegar a la frontera, su padre les decía que se hicieran las dormidas, ya que los guardias al verlas así no registraban el coche. Y también, después de llevar a los viajeros, un poco antes de llegar a casa, como estaban tan blancas, les pedía que se pellizcaran los pómulos, así se pondría coloradas y su madre al verlas pensaría que estaban muy bien de salud. Los primeros regalos alemanes que recibieron las pequeñas fueron: Paquita, unos patines y, a Javiera, como le gustaba mucho la música de piano –se había aficionado en el pueblo, al escuchar tocar a

Pepita Palazón- le compraron una flauta con teclas de segunda mano.

Ellas lo pasaban divinamente, pues su padre las llevaba con él a todos sitios. Al día siguiente, Alfonso tenía por costumbre visitar a muchos convecinos de Las Torres de Cotillas que trabajaban allí, entre ellos a Turpín y Antonio "el Yerbero", a los que llevaba una botella de coñac Veterano de Osborne (el toro) o de anís del Mono, aprovechando la visita les cortaba el pelo. A sus hijas les sorprendió cómo vivían, unos, en aquellos barracones un tanto sórdidos, y otros, en vagones de tren, estacionados en una vía muerta. Otra de las familias que visitaron en distintas ocasiones fue la de Juan Antonio, el hermano de Salvador Sandoval que vivía en Kenzingen.

También las llevó a montar en el teleférico, desde donde se veía la vista panorámica de toda la ciudad de Friburgo. Luego fueron hasta Suiza a ver el Lago Constanza (Bodensee) y un gran zoológico. Mientras la familia trabajaba, Paquita se pasaba las horas patinando por la acera, y los vecinos -en su mayoría italianos- se quejaban por el ruido que hacían las ruedas por la baldosa. Javiera, con la flauta tenía bastante y también pasaba el tiempo tocando. Al parecer no les costaba mucho entenderse con el idioma alemán y se aprendieron unas canciones que, cuando regresaron a Las Torres, su padre las llevaba al casino para que se las cantaran a sus amigos, diciendo lo listas que eran sus hijas.

De convite

Los hermanos mayores conocieron a dos personas encantadoras y se hicieron novios de ellas; José María a Olga, una chica italiana muy guapa y simpática que trabajaba y estudiaba idiomas para ser azafata; y María Luisa, como era muy linda, entre los amigos que hicieron, no le faltaban pretendientes, pero llegó Manuel, un chico portugués que trabajaba de tapicero y la conquistó. Francisca quería regresar a Las Torres de Cotillas, y José María y Olga se vinieron con ella. La pareja se casó en el Santuario de la Fuensanta. Él restableció la peluquería, la modernizó, utilizando diversas técnicas aprendidas en Alemania. Hacía cortes de pelo a navaja, puso un lava-cabezas para los hombres, cosa que no existía en ninguna barbería del pueblo, secadores, etc. Tuvo una clientela muy buena y al igual que su padre, también tuvo un aprendiz, Clemente, un chico sordomudo que después se estableció por su cuenta en la Calle Maestro José Navarro.

Mientras tanto, Olga, por su conocimiento de varios idiomas, se había colocado en una empresa de Murcia como traductora. Viendo que crecían los clientes del taxi, Alfonso compró otra parada para su hijo, creyendo que tenía más futuro que la peluquería. Este acabó por cerrarla.

María Luisa lo tuvo un poco difícil, ya que sus padres querían que se casara en el pueblo y no con un extranjero que no sabía español, pero como el amor lo puede todo, tras un año a contracorriente, decidieron casarse en Alemania. Fue años después de nacer su primera hija, cuando se vivieron a vivir a las Torres de Cotillas. A su regreso, Mari Luisa perfeccionó sus conocimientos en peluquería, haciendo un curso en Murcia para que le homologaran el título y, se montó por su cuenta. Alfonso ya no hizo más viajes al extranjero con trabajadores, tan solo en alguna ocasión volvió con amigos, pero por puro placer.

Javiera se casó con Francisco que era guardia civil, y se fue a vivir a Cabo de Palos, donde su marido estaba destinado. Cuando se vinieron a las Torres, ella puso una tienda de ropa

para niños, luego, la incrementó con ropa de señora de todo tipo, hasta que llegó a conseguir la boutique de ropa de ceremonia tanto para mujer como para hombre que tiene en la actualidad. Paquita, estuvo varios años trabajando en una zapatería en Murcia, se casó con Marcelino Muñoz y cuando tuvo su primer hijo lo dejó y se dedicó a su casa y a su familia.

Cuando Alfonso dejó el taxi, tuvo un problema en las piernas, -quizá por estar durante años tantas horas sentado-, pero afortunadamente, se apuntó para hacer deporte y, aunque al principio le costó bastante, se enfundaba en su chándal, y con una gorra en la cabeza salía a caminar todos los días, conservándose estupendamente hasta los ochenta y cinco años; tres después, falleció de Alzheimer. Seguro que la mayoría de los vecinos, le recuerdan junto a su perrito Boli, -un caniche blanco-, al que sacaba a pasear cada día por la Plaza Mayor del pueblo.

LA PENSIÓN CHACÓN

Vamos a recordar echando la vista atrás, algunos retazos de la historia de una familia muy conocida y querida en las Torres de Cotillas, cuyo negocio fue único por muchos años, no sólo en nuestro pueblo, sino también en los más inmediatos a él; me estoy refiriendo a la Pensión Chacón.

Antonio Vicente

El matrimonio formado por Antonio Vicente Asís, "Chacón" –apodo que provenía de su padre- y Fuensanta Sarabia Sarabia, de "Chinique", que tenían una taberna-tienda en la Calle del Campo, donde vendían entre otras muchas cosas, distintas clases de vinos. Les adjudicaron el racionamiento del pan, por lo que cada día, Antonio se desplazaba hasta Murcia en el tren Correo, que pasaba por la estación del pueblo a las siete y cuarto de la mañana para recoger el pan (los famosos "chuscos") y tenerlo listo para su distribución con las cartillas de cupo que cada vecino tenía. En aquellos años ya habían nacido sus tres hijos: Clementina en 1940, Paco en 1943 y Antonio en 1947.

Joaquín Sarabia Vicente, -tío de Fuensanta- que vivía en Madrid, cada vez que venía al pueblo, intentaba convencer al matrimonio para que le compraran la casa que tenía en la Calle Mayor (nº 38), sobre todo porque no le gustaba ver a su sobrina cagada con agua de la acequia para el gasto de la casa. Ellos siempre le contestaban que no estaba a su alcance, pues

120.000 pesetas que les pedía era mucho dinero, pero él les dio toda clase de facilidades, y al final llegaron a un acuerdo: pagarían la casa en cinco años. Era el año 1952. Fuensanta tenía una gran ilusión por prosperar, estaba muy contenta ya que la casa estaba en un lugar muy céntrico. El matrimonio la acondicionó y, ese mismo año, abrieron allí la tienda. Pese al gran sacrificio que les supuso, estaban muy felices con el cambio.

En su fachada principal había a ambos lados de la puerta de entrada a la casa, dos grandes ventanas, resguardadas por sendas rejas de hierro y, en la parte alta, tres de igual altura, pero con balcones. Una vez pasada la puerta había una habitación a la derecha que fue donde instalaron el mostrador de la tienda; a continuación de éste, otra habitación que se utilizaba como almacén para guardar los barriles de vino y de cerveza y, en ocasiones, también para descansar.

Fuensanta Sarabia

Otra de las habitaciones se habilitó para el bar y como salón de juego, donde instalaron para combatir el frío en invierno, una estufa de serrín. En el comedor había una cocina de leña con un armario a cada lado y desde ahí se pasaba a la cocina, que tenía una puerta por la que se accedía al patio. Este tenía un aljibe y un precioso jardín, donde había unas palmeras, un limonero y varios naranjos, uno de ellos chino y otro de mandarinas, separado por una senda que desembocaba, tras una puerta de madera, a la acequia mayor del pueblo. El agua, no sólo se empleaba en los riegos, también para lavar la ropa, el servicio de la propia vivienda y

para el aseo personal. Había una balsa para tener agua de reserva, así se despreocupaban, cuando en ocasiones cortaban la que fluía por la acequia.

La planta superior de la vivienda estaba formada por seis habitaciones, dos de ellas ocupadas por los dormitorios del matrimonio y de sus hijos: Clementina, Francisco y Antonio, y el resto fueron dedicadas después al alquiler a personas forasteras que venían a nuestro pueblo.

Mataban para la tienda tres cerdos por semana, y los embutidos, aparte de venderse en el mostrador para clientes y vecinos, se vendían también para personas procedentes de la provincia de Alicante, Elda y Novelda, con los que mantenían un buen trato. El matachín oficial de Antonio era Pepe Muñoz que vivía en la Calle Mula. Luego aprendió él mismo, y le ayudaba un buen amigo suyo, Cristóbal, el marido de Pilar, la peluquera de la Calle del Teatro. También se daba una vuelta por el bar, Paco Carrasco, el sereno que había entonces en las Torres. La gente solía comprar lo necesario para cada día, aparte de que no había dinero, ya que dependían del jornal, tampoco existían las neveras y, no podía llevar mucha carne porque se podía echar a perder.

Uno de esos días de matanza, muy temprano, vino una joven del desaparecido barrio de Las Barracas, para echarles una mano. Era la encargada de darle vueltas a la sangre para que no se coagulara. Ya estaba con las mangas arremangadas y arrodillada junto al lebrillo, delante de la cabeza del cerdo que pendía de la mesa. Cuando le clavaron el cuchillo, ésta se levantó y salió corriendo alocadamente sin que nadie la pudiera detener; nadie supo qué le pudo pasar: un ataque de miedo o los nervios que le traicionaron ante los fuertes gruñidos del animal. Se hizo cargo Juana la del "Guapote", una de las mujeres que desde el principio ayudó a la familia en las faenas de la casa, y que todos apreciaban muchísimo. Otra de las mujeres que trabajaba con ellos era Ascensión del "Pastor".

El trabajo era arduo y laborioso, pues no es fácil llevar una tienda y un bar al mismo tiempo. Todas las manos eran pocas, en el largo y duro día a día de casa Chacón. Por las mañanas, a partir de las seis ya estaba abierto al público. Los días que había matanza, una hora antes ya estaba hecha, y los huesos y la carne del cerdo para su venta en fresco en el mostrador. También el bar, siempre estaba lleno de gente, trabajadores que antes de comenzar la tarea se tomaban una copa y el café. Clementina, que fue de los tres hermanos la más implicada en todo, aún era una cría y para atender a los clientes lo hacía subida en una caja de la fruta, ya que apenas alcanzaba al mostrador. Por la noche, cuando se cerraba el establecimiento, aún tenían que arreglar todo para comenzar de nuevo al día siguiente y, además de limpio, todo estuviese en su sitio. Como entonces no existían las fregonas, todo había que hacerlo a mano; mientras Clementina de rodillas fregaba el suelo, su hermano Antonio lo hacía con las mesas, ya que los jugadores de dominó, marcaban las partidas en el tablero que era de mármol blanco.

Fuensanta Sarabia

La cafetera que tenían en el bar era de la marca "Oyarzun", ésta se cargaba de agua, procedente del aljibe o de los depósitos colocados en los tejados de la casa, con una bomba manual. La cerveza del barril se sacaba pinchando éste con un espadín y siempre con mucho cuidado, pues si no se cerraba correctamente, salía disparado con tal fuerza que, en más de una ocasión se les quedó clavado en el techo. Para servir la cerveza se valían de un serpentín que tenía que estar siempre lleno de hielo, pues aún no los había eléctricos.

Fuensanta, que era el alma de la casa, decidió utilizar las habitaciones que quedaban libres, poniendo unas camas y así atender a gente que estaban de paso por el pueblo. Estos fueron los inicios de la "Pensión Chacón". Desde que ofrecían sus servicios como tal, no se cerraba la puerta nunca para facilitar la entrada y salida de los huéspedes a cualquier hora. Entonces, lógicamente, aumentó el trabajo para toda la familia.

Algunas de las habitaciones se conocían por un nombre o por los clientes que durante mucho tiempo las habían ocupado. Estaba "la habitación de los Guardias" utilizada por los miembros de la Guardia Civil, cuando venían de servicio a Las Torres de Cotillas, procedentes del cuartel que estaba situado en el pueblo de Ceutí. Estos se desplazaban andando o en bicicleta. Antonio les tenía que dar parte diario de cada una de las personas que dormían en la pensión; para ello utilizaba un libro donde quedaba registrada la filiación de cada uno. En una ocasión vino un Teniente del Cuerpo de Molina de Segura, y era tan alta que Fuensanta al verlo dijo: ¡Dios mío!, este hombre no cabe en la cama, va a tener que dormir sentado.

Antonio Vicente

Otra de las habitaciones era la de la "cocina" llamada así porque en una mesita había un infernillo. Dos fueron las camas que colocaron en dicha habitación. Una de las familias que vinieron a trabajar en la Finca de los Ingenieros, tenía una hija que se puso muy enferma y solo tenían una bicicleta como medio de transporte; para bajarla al pueblo a que el médico y el practicante la atendieran, Fuensanta, que sabía del problema por el que estaban pasando los padres, les dijo que la llevaran a

su casa y que se podía quedar el tiempo necesario hasta que mejorara. Así lo hicieron, pasando en dicha habitación tres o cuatro meses. Cuando estuvo mejor se marcharon a su casa.

Estaba la habitación de "en medio", llamada así por su situación. Era una estancia pequeña en la que tan solo había una cama. Otra que tenía una ventana exterior que daba al patio con dos camas. Entonces tan solo había un baño para cubrir las necesidades de los clientes que ocupaban dichas habitaciones.

Hubo un señor que había sido marinero en un barco de rutas internacionales, que estuvo hospedado durante un tiempo. Ya era un hombre mayor, bastante grueso, que siempre fumaba en pipa. En las tardes y noches, -en verano en la puerta de la pensión y en invierno en la sala, junto a la estufa de serrín-, solía contar muchas de sus aventuras marineras, la gente le escuchaban embobados, deleitados con su conversación.

En aquel tiempo no todo el mundo tenía trabajo. Había dos puntos en el pueblo donde se reunían los jornaleros para ser elegidos- como ocurre hoy con los inmigrantes-, uno era el pico del tío Carrillo y otro en la Plaza Primo de Rivera. Allí

Fachada de la Pensión "Chacón"

estaban desde bien temprano a que alguien les eligiera para trabajar en su tierra, los demás esperaban al día siguiente con la esperanza de que les tocase a ellos.

Vino al pueblo un gran circo, -bastante famoso en aquellos años-, con un buen número de personas entre artistas y trabajadores. Parte del elenco femenino se hospedaron en la pensión. De entre ellas, sobresalía una chica rubia, esbelta y muy llamativa que actuaba de cabaretera. Entre su repertorio, interpretaba la canción "El bayón de Ana" que hizo famoso la actriz italiana Silvana Mangano, en la película de Alberto Lattuada "Ana" (1951). Seguro que al leer su estribillo les es fácil recordar: "Ya viene el negro zumbón, bailando alegre el bayón, repica la zambomba y llama a su mujer." Por cierto, en su estreno en nuestro país, cortaron veinte minutos del metraje por calificarlo de obsceno.

Esta mujer, un tanto coqueta, tenía un novio entre los trabajadores del circo, al parecer, bastante celoso, pero a ella le gustaba conversar con otro compañero, lo que enfureció al supuesto novio que se presentó en la pensión donde estaban los dos, ocasionando una gran disputa entre ellos. Salieron a la puerta de la calle discutiendo fuertemente, y el novio sacó una navaja apuñalando al amigo de la mujer. Algunas de las personas que presenciaron la pelea, cogieron al herido para llevarlo a la farmacia de D. Vicente Ruiz de Zárate, ubicada entonces al principio de la Calle Mula. Al cruzar la carretera, el herido tuvo unas convulsiones obligando a quienes le llevaban a tenderlo en el suelo, justo ante la puerta de Pepe y Beatriz, donde hoy está el estanco de su hijo Pepe. Lo dejaron reposar un poco hasta que acabaron por llegar a la farmacia, D. Vicente, -el farmacéutico-, rogó a las personas que lo acompañaban que lo sacaran de allí, puesto que la farmacia no era el lugar apropiado para asistir a un herido. Lo volvieron a sacar hasta la esquina de la calle donde esperaron a que llegara el autobús para llevarlo al hospital de Murcia.

Tras el tremendo y desagradable susto, Antonio advirtió a sus hijos diciéndoles que, si en alguna ocasión viniera gente de algún circo a pedir hospedaje, les dijeran que estaba todo ocupado. Su hija Clementina tendría cerca de quince años y como jovencita aún, era bastante ingenua, pues un buen día se presentaron tres personas que tomaron unas cervezas y preguntaron si tenían habitaciones libres. Estos eran tractoristas que la empresa Aupi trajo consigo para la rotulación de las tierras que se proyectaban transformar en el Rancho Grande. Clementina, recordó la recomendación de su padre y les

Antonio, Paco y Clementina con su tío

preguntó: "¿vosotros trabajáis en el circo?" Ellos pensaron que estaba de broma y riéndose, uno de ellos dijo: "sí, yo soy el payaso", otro apuntó: "yo el que vende las entradas"… "Entonces no tenemos habitaciones", les contestó Clementina muy dispuesta. Después salió su padre aclarando el malentendido. Cosas del destino, una de aquellas personas- el supuesto taquillero del circo- se convirtió años más tarde en su marido. Les dieron una habitación que tenía cuatro camas, la misma que había utilizado anteriormente los miembros de la Guardia Civil.

Corría el año 1956, y Las Torres de Cotillas tuvo su buena época dorada con las fábricas de conservas, y por la

adquisición de terrenos por gente de fuera del pueblo, en los que se invertía para transformarlos en tierra de regadío. Todo comenzó en la finca del Rancho Grande, cuyos propietarios eran de Caravaca de la Cruz. Después le siguió, el Rancho Melilla, y luego la "Finca de los Ingenieros", bastante retirada del casco urbano, llamada así por que sus propietarios, D. Luis Miralles Galiana y Luis Suay Artal, pertenecían al Instituto Nacional de Colonización, y dependían de la Dirección de Alicante, Valencia, Castellón de la Plana, Albacete, Murcia y Almería.

Ante la avalancha de tanta gente importante, en algunas de las habitaciones se instaló un lavabo que tenía al lado una jarra con agua para asearse y debajo del mismo, un cubo.

Todo esto ocasionó que viniese muchísima gente al pueblo para trabajar y que utilizaran la pensión como hogar, ante el inminente comienzo de sus trabajos. Otros se hospedaban mientras encontraban casa en donde vivir, como fue el caso de Honorato Bellver Feliu.

La gente que se hospedaba eran muy buenas personas, como los Ingenieros, D. Francisco Bretones, que vino a montar el motor hidráulico del Rancho Grande-, un señor éste, con un gran bigote que peinaba las puntas hacia arriba y que fumaba en pipa, además los nombrados anteriormente, Srs. Miralles y Suay. Estos últimos, tenían tanta confianza con los miembros de la familia, que cuando venían a comer, entraban en la cocina

y pedían a Fuensanta los ingredientes haciendo ellos mismos el alioli que tanto les gustaba. ,

Las comidas que se servían eran bastante variadas y dignas de chuparse los dedos. Destacaba la paella valenciana, el cocido con pelotas (albóndigas) que casi no cabían en el plato de grandes que eran, el arroz con conejo, las cabezas asadas –una especialidad de la casa-, los asados de carne con patatas, las frituras, principalmente en carnes de cerdo, etc. Cuando Fuensanta daba por concluida la tarea en la cocina, tras la cantidad de comidas que se servían, tanto Juana como Ascensión, lo recogían todo, y después cogían una lata grande -de las que envasaban los filetes- con lejía en polvo y un buen estropajo de esparto, y lo dejaban todo reluciente; cuando acababan de limpiar ya era más de media tarde.

También vinieron seis trabajadores de una empresa procedente de Villena, a cargo del Aparejador D. Andrés Conesa Casanova, a colocar las tuberías que comenzaban en los sondeos llamados San José, que llevaban el agua hasta la finca de la "Pilica". Estos, no sólo dormían, sino que desayunaban, comían y cenaban cada día. Llegaban a la pensión los lunes y se marchaban los viernes, eran personas muy alegres y entre ellos existía una gran camaradería.

De faena en el campo

Estuvieron varios meses hospedados.

Cuando se cambiaban las sábanas de las habitaciones, era una odisea, se traían cubos de agua de la acequia y se ponían a remojo en grandes lebrillos. Estos pesaban mucho cuando había que moverlos, -aún no había barreños de plástico- y más aun estando cargados de ropa. Aparte del jabón, se utilizaba lejía en polvo y el azulete, producto que servía para blanquear la ropa. Como entonces no había ni máquinas ni las comodidades de las que hoy disfrutamos, para quitar las manchas se frotaban a mano. Tampoco la tela era muy fina, por lo que acababan con las muñecas lisiadas y sangrando de tanto restregar.

En el Invierno de ese mismo año, las personas que iban al bar, además de los que bajaban de las habitaciones de la pensión a tomar algo o de tertulia, siempre se sentaban alrededor de la nombrada estufa de serrín, entre ellos había un vecino del pueblo que siempre estaba leyendo novelas del Oeste, tanto se ensimismaba en ellas que se creía un personaje más de dichas novelas. Parecía buena persona y nunca se metía con nadie, hasta que un día le dijo a Antonio: "Prepara la pistola, pues junto con mis socios, vamos a atracar algunos

Merienda de amigos en Casa Chacón (Foto: José Férez)

comercios y a llevarnos todo lo que encontremos; tu casa y otras dos más serán las primeras. Te aviso, mañana por la noche vendremos a robar". Dicho esto se marchó. Antonio se quedó atónito pensando que serían fantasías sacadas de las novelas, pero por precaución, se presentó en la casa de las otras dos personas para advertirles de lo que podía ocurrir. Los tres se pusieron de acuerdo y pensaron que lo mejor era llamar a la Guardia Civil y ponerles al corriente de todo.

La Benemérita mandó a la pensión una pareja de guardias, conocidos como Balsillas y Bachiller que se alojaron allí. Estos estuvieron vigilando todos los sitios por los que podrían entrar a la vivienda. Después se ubicaron en la ventana de una de las habitaciones que daban al patio, el cual estaba todo cercado por una pared; solo tenía la puerta de madera que daba acceso a la acequia. Allí tenían un buen perro guardián en el que confiaban, ya que al mínimo ruido, éste se pondría a ladrar. Los ladrones consiguieron entrar y llegaron hasta un cuarto que estaba destinado de almacén, -allí se guardaban jamones y otros productos de las matanzas- llevándose cuanto encontraron sin que los guardias ni ninguna otra persona, se enterasen de nada. El pobre animal apareció muerto, ya que al conocer al sujeto de verle diariamente no ladró. Nunca se supo si fue él mismo o alguno de sus compinches quien le mató. La familia sufrió por su muerte ya que le tenían un gran cariño.

Al día siguiente los dos guardias estaban con la moral por los suelos al ver que los ladrones se habían salido con la suya, pero no dieron por terminado su trabajo y salieron a buscarlos. Localizaron al jefe de la banda, pero éste escapó huyendo por la huerta; Bachiller salió corriendo tras él, y al saltar un brazal, tropezó con tan mala fortuna, que cayó al suelo rompiéndose una pierna. Tiempo después, se rumoreó por el pueblo que por fin había sido apresado el maleante por la Guardia Civil cerca de la estación del ferrocarril de Hellín, al parecer, cansado de alguna de sus fechorías, le pillaron durmiendo la siesta bajo una higuera.

A la pensión llegó un cordobés, llamado Alfredo Mellado del Amo, que cuando acabó la guerra se quedó por el norte de España y, según contaba, estuvo trabajando en los Altos Hornos de Vizcaya hasta que la industria cerró. Entonces quiso volver a su tierra, pero no disponía de dinero suficiente; iba mal vestido y peor alimentado. A Fuensanta, generosa donde las haya, le dio pena y lo acobijó en una habitación de la parte de la casa que hoy es la tienda de electrodomésticos de su hijo Antonio. Pasaban los días, y este pobre hombre les echaba una mano en la vigilancia del bar; a cambio de comer y dormir, le daban ropa para que fuese decentemente vestido.

Los "Chacón" hicieron gestiones para saber de la familia, poniéndose en contacto con el cura de Cabra, el pueblo cordobés de donde procedía. Allí hacía mucho tiempo que lo daban por desaparecido, incluso su esposa, que desde hacía años no sabía nada de él, pensando que podía haber muerto, vivía con otro hombre. Al decirle Antonio que estaba en su casa, el cura le dijo que lo enviaran a su pueblo, que él haría lo posible porque se relacionase de nuevo con su familia.

El matrimonio de comida

Los clientes del bar se solidarizaron con Alfredo haciendo una colecta. Con el dinero recaudado tuvo para el billete de vuelta y un poco de ayuda para comenzar de nuevo en su pueblo. El cordobés se marchó de las Torres de Cotillas en el tren correo de las once de la noche y nunca más supieron de él.

Había mucha gente que venía de fuera a trabajar en la recolección de la fruta y, como se solía decir "con más hambre encima que un galgo". Fuensanta le decía a su hijo Paco que

preparara una olla de cerdo para dar de comer un plato caliente gratuitamente, no sólo a gente muy necesitada del pueblo, sino a otros que venían de fuera, como a un matrimonio de Baza (Granada) que no tenían dónde quedarse, y en el corralón del tío Carrillo- esto fue antes de poner el cine-, hicieron como un cobertizo con sacos y allí dormían. El marido se dedicaba a las faenas de la huerta, (cavar, "majencar", etc.) apenas sacaba para mantenerse. Fuensanta le preguntaba a la mujer, qué le había puesto de comer al marido para el día: "pan con "aseitillo", contestaba, porque no tenían para más. Entonces, le decía que abriera la capaza y le daba arroz, habichuelas, unos huesos de cerdo y algún trozo de tocino, para que le hiciese un guiso, así al menos por la noche se calentaba el estómago.

En el año 1957, Antonio compró un televisor que instaló en el bar, desde entonces, estaba prácticamente lleno a todas horas, incluso había vecinos que se traían la silla de su casa para sentarse. Una tarde de verano retransmitían una corrida de toros, y entre los espadas se encontraba Manuel Benítez "El Cordobés", -tan famoso por su salto de "la rana"-, que esos años arrastraba muchos simpatizantes. El bar estaba lleno de gente viendo la corrida, cuando le tocó el turno al Cordobés, en uno de los momentos que plantó cara a su enemigo para hacer una verónica, el toro lo derribó y, aunque no tuvo consecuencias que lamentar, tan solo el revolcón, algunos de los presentes en el bar no pudieron evitar el levantarse de forma involuntaria, como si de alguna manera pudieran proteger al torero. Entre ellos se encontraba el padre de

Con su hijo Paco en los toros

Fuensanta, Paco, que era ya bastante mayor; ante el suceso, también se levantó abrazándose al televisor.

Con tanto trasiego de personas, el local se fue quedando pequeño, y en 1965 el matrimonio pensó en adquirir la vivienda que había adosada a la suya. Así lo hicieron pidiéndole a modo de préstamo, un dinero a D. José Barceló Alemán, con quien tenía mucha confianza. En el patio se construyeron unas cochiqueras, donde se criaban cerdos para la matanza y una nave que llegaba hasta la acequia, donde se hicieron seis habitaciones más para ampliar la pensión.

También se alojaron en la Pensión Chacón durante varios meses, los seis técnicos que vinieron a montar la antena de Radio Nacional del Centro Emisor del Sureste de España, y otra mucha gente, como Rafael, el director del Banco de Murcia, D. Ángel Terry Ferrera. Muchos solo estaban de paso, sobre todo emigrantes que se iban a trabajar a Francia la temporada de la vendimia, en vehículos contratados, como taxis y minibuses. Estos hacían lo que se llamaba parada y fonda, allí cenaban y dormían, y a la mañana siguiente marchaban hacia su destino en el país vecino.

Otro de los clientes de la pensión fue Carrillo, un dentista de Alcantarilla, que vino con la intención de que Antonio le alquilase una habitación para poner una consulta donde atender a la gente que lo necesitara. Le dieron una de las habitaciones más espaciosas, con un balcón a la calle que hacía esquina con las escuelas, hoy desaparecidas. -En la actualidad está ubicado el aparcamiento de la Plaza D. Ángel Palazón- El dentista

pasaba consulta tres veces por semana en días alternos y, estuvo viniendo a Las Torres de Cotillas durante mucho tiempo. En el balcón de la habitación-consulta, había colgado un cartel donde se anunciaba.

En el tiempo, los hijos del matrimonio fueron a la escuela y después, Paco fue a estudiar magisterio a Murcia, donde se quedaba de lunes a viernes; Clementina, como siempre, implicada en el negocio familiar, y Antonio, el menor de los hijos, no le gustaba estudiar y prefería trabajar, pero no en el bar.

Cuando llegaban las Fiestas Patronales del pueblo que entonces se celebraban en el mes de Octubre, la afluencia de personas del campo y de la huerta era masiva; venían para ver a la Virgen de la Salceda, pero también se acercaban a cenar. Posiblemente ahorraban unas perras para poder disfrutar esos días, pues comían hasta hartarse. Se mataban varios cerdos, ya que la demanda de carne asada, las morcillas, longanizas y salchichas, desaparecían por momentos, hasta tal punto que en mitad de la fiesta llamaban a Paco Carrasco, el sereno, para que matara otro cerdo y poder seguir asando carne. También pedían cabezas asadas, michirones, etc. Un par de mujeres atendían la plancha y para servir las mesas contrataban a dos o tres camareros. Cuando se terminaba la Fiesta, la familia acababa derrengada, ya que se ponían detrás del mostrador el viernes y salían el lunes de madrugada.

De cumpleaños

Otro año, cerca de las Fiestas Patronales, Antonio tuvo un accidente con la moto y se fastidió una pierna, le dijo a sus hijos que no se metieran en el berenjenal que se armaba cada año, ya que daba mucho trabajo y él no podría echarles una

mano, que abrieran el bar como un día normal. Pero, cómo no servir cenas, si acudía tantísima gente, que con lo que se recaudaba el fin de semana que duraba la fiesta, sacaban los gastos de todo un año. Le dijeron a su padre que no se preocupara, que ellos se encargarían de todo, y así fue. Tuvieron un ayudante especial en Pepe, el conserje del Casino, que tenía una gran amistad con Antonio, los cuales se apreciaban como hermanos. Este, nada más veía que la gente se aglomeraba ante el mostrador, se metía dentro para echarles una mano, bien poniendo cerveza, chatos de vino o cualquier refresco que hiciese falta. Era uno más con ellos. Por su generosidad le estuvieron agradecidos siempre. Muchas personas relevantes del pueblo hacían sus celebraciones allí, como fue el caso, entre otros, de Agustín de La Loma, cuando le nombraron alcalde, o D. Pedro Fernández, el médico, cuando consiguió la plaza como tal en nuestro pueblo.

Allí se hospedaban también los hermanos Mateo, los artífices de la pólvora que se gastaba en las fiestas. Entonces había castillo de fuegos artificiales los tres días. El domingo, cuando acababa la procesión de la Virgen de la Salceda, se hacía la entrada, y tras ella la gente se iba a cenar, pues aún quedaban unas horas para el castillo que normalmente se tiraba sobre la una o las dos de la madrugada.

Los hermanos tenían mucha amistad con la familia, ya que desde que se abrió la pensión se quedaban a dormir cada año. Uno de ellos le preguntaba a Clementina si había terminado la faena, o esperaban un poco más, lo hacían por deferencia a ella, ya que sabían que le encantaba ver los fuegos.

Ya estaba apunto la nueva emisora de Radio Nacional de España (de onda media de 125 kW de potencia) Centro Emisor del Sureste, que fue instalada por General Eléctrica Española S. A. con material procedente de la C. F. THOMSON HUOUSTON y el día 20 de Octubre de 1965, fue inaugurada por el Ministro de Información y Turismo. D. Manuel Fraga

Iribarne que vino acompañado por el Capitán General del Departamento Marítimo de Cartagena, D. Faustino Ruiz González; el Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento, D. Antonio Luís Soler Bans; el Administrador Apostólico de la Diócesis, Dr. Barrachina; el Director General de Radiodifusión y Televisión, D. Aparicio Bernal, y las primeras autoridades provinciales y locales.

Tras el acto, se celebró en la pensión una gran comida que compartieron asistentes al acto que vinieron de fuera y otros de nuestro pueblo, en su gran mayoría sindicalistas. Mientras el Sr. Fraga, con las autoridades acompañantes, -entre ellas el alcalde del pueblo, D. Pedro Fernández López-, fueron a comer al restaurante San Antonio, junto a la gasolinera de Fernando Beltrán, que estaba recién inaugurado.

El Sr. Fraga, que después pasó por la pensión, aconsejó a Antonio "Chacón" que acogiéndose a subvenciones que el Estado daba en esa ocasión, podía remodelar la pensión y hacerla más moderna, incluso subirla de categoría; pero Antonio, que era un hombre sencillo y que no le iban las grandes inversiones, decía que cuando tenía que invertir en algo, lo hacía en consonancia con el fondo monetario del bolso de Fuensanta, su mujer, y, como este bolso casi siempre estaba en déficit, para qué calentarse la cabeza y meterse en deudas.

A la hora de las comidas, como de ordinario, la familia se repartía el trabajo. Ese caluroso día del mes de agosto de 1966, guardaba una sorpresa bastante desagradable para los

Chacones. Antonio atendía el mostrador, Fuensanta andaba en la cocina y su hijo Paco, atendía las mesas. Serían sobre las tres de la tarde y el comedor de la pensión estaba lleno de gente, en su mayoría trabajadores. Entre ellos, sobresalía un hombre elegantemente vestido que, cuando acabó de comer, se acercó a Fuensanta y le pidió una habitación para descansar unas horas, pues estaba de paso por el pueblo y se marcharía sobre las diez de la noche. Antonio le acompañó arriba, dándole la llave de la habitación número dos.

La familia tenía una tierra cercana a la estación del ferrocarril, donde unos trabajadores estaban cogiendo los melocotones y, acabadas las comidas, Antonio se acercó a la huerta para ver las cajas que había, antes de que las llevaran a la fábrica de D. Salvador Escrivá, que ese año les había comprado la cosecha.

Cuando los clientes habían acabado de comer y se marcharon al trabajo, Paco también se marchó al pueblo de Archena, pues trabajaba como administrativo en la empresa PIESHOR, que pertenecía a Juan Antonio López (Juan Antonio de la Rodriga). Apenas entró en la oficina, sonó el teléfono y escuchó la voz angustiada de su madre, diciéndole que habían

robado en la pensión. Paco no podía dar crédito a lo que escuchaba, intentó tranquilizar a su madre poniéndose en camino de regreso a su casa en un Seat 1500 que le había cedido la empresa.

Al llegar, Fuensanta estaba muy nerviosa y como pudo le contó a su hijo lo ocurrido; al parecer, el Sr. al que habían dado la habitación número dos, no era tan señor como aparentaba y, aprovechando que la pensión estaba prácticamente vacía, forzó las puertas de las demás habitaciones, robando cuanto había de valor en ellas, propiedad de los clientes que las tenían alquiladas.

Lo primero que Paco decidió fue denunciar el robo y, aunque no tenía muy claro el rostro del sujeto, pensó que quizá su padre lo reconocería, ya que él le acompañó a la habitación y le entregó la llave. Fue a la huerta a por su padre, y tras informarle de lo acontecido, se pusieron rumbo a Alcantarilla al cuartel de la Guardia Civil para poner la denuncia. Antonio iba muy pendiente de cada persona que se les cruzaba en el camino, seguro que reconocía al tipo si lo veía. Al llegar a Jabalí Nuevo, en el bar del Gallo, a la altura de la parada del autobús, le pidió a su hijo que parase el coche, se bajó rápidamente dirigiéndose al bar, pues al pasar por delante de la puerta había visto tras la barra a la propietaria -a la que conocía-, hablando con el delincuente, mientras este le enseñaba algunas cosas.

Antes que el ladrón reaccionara, Antonio lo cogió por el cuello de la chaqueta, diciéndole a la dueña del bar que los objetos que pretendía venderle los había robado de su casa y que después pasaría a contarle lo sucedido. A la fuerza, consiguió meterle en el coche, sentándose junto a él en el asiento trasero, ordenándole que pusiera las manos encima del cabezal del asiento delantero -el de copiloto- y que no las moviera de allí ni un milímetro, o de lo contrario, recibiría algún que otro guantazo.

Al llegar al cruce de Alcantarilla, Paco, con los nervios que llevaba, frenó secamente ante el stop. El sujeto perdió el equilibrio y soltó una de las manos del cabezal, Antonio al verle le propinó un tremendo bofetón, y éste, recobrando la compostura, volvió a poner su mano donde le habían indicado. Cuando llegaron al cuartel de la Guardia Civil, estaba de puerta Domingo, -un guardia muy conocido en la pensión-; al ver a Antonio y a su hijo, se interesó por el motivo de su visita, y éstos le explicaron lo sucedido. Tanto para él como para el resto de compañeros que había dentro del cuartel, resultó una auténtica sorpresa, ver quién era la persona que le habían llevado. Se trataba de un ladrón que ya buscaban más de seis meses por atracos con arma blanca.

Al resistirse a bajar del coche y entrar en el cuartel, uno de los guardias lo hizo a la fuerza, y dándole bofetadas, iba sacando de sus bolsillos los objetos robados, así como varios cuchillos y navajas con las que acosaba a las gentes que robaba. Antonio fue muy felicitado por su audacia y le agradecieron su gran ayuda con este malhechor.

La pensión siguió adelante tal cual estaba, y la familia, como siempre, cada uno en su puesto, hasta que, como suele pasar, los hijos se hicieron mayores, y como los polluelos, se prepararon para volar del nido. Clementina se casó, independizándose de la casa familiar, aunque no perdía ocasión para ayudar a sus padres, pues cuando su marido, por su trabajo, o porque iba de pesca, pasaba el día fuera, ella les dedicaba todo su tiempo.

Paco tenía la carrera de Magisterio, pero nunca la ejerció, y tras dejar atrás algún empleo, se fue a trabajar de Jefe Administrativo con el Ingeniero D. Luis Miralles Galiana, en la construcción de tres pueblos para colonos en Hellín (Albacete), Nava de Campaña, Cañada de Agra y Mingogil, montando junto a su hermano un negocio de muebles en la Calle Mula.

Antonio, aunque le gustaban los negocios, no quiso quedarse en el de sus padres, ya que prefería una vida sin tanto ajetreo, montando la tienda de electrodomésticos. Este quiso seguir con el apodo familiar del que tan orgullosos estaban, y le puso de nombre "Electrodomésticos Chacón".

El pueblo comenzó a cambiar, a surgir nuevos negocios; Antonio y Fuensanta fueron dejando poco a poco la tienda y la pensión, quedándose solamente con el bar que se mantuvo abierto hasta el año 1982, cerrando definitivamente sus puertas cuando Antonio se jubiló. Sus hijos estuvieron de acuerdo en que sus padres, que tanto habían trabajado, llevaran una vida más sosegada y tranquila, que bien se la merecían, pues allí estaban ellos, para echarles una mano en lo que pudieran necesitar. Hicieron unas reformas en la casa para acomodarla a sus necesidades. Con esos nuevos cambios en una nueva etapa más tranquila y sosegada, la vida siguió para los protagonistas de esta historia, dos honrados y queridos trabajadores torreños, Antonio y Fuensanta, los "Chacones".

Fuensanta Sarabia

SASTRERÍA DE SANTIAGO Y PACO “EL SASTRE”

Para buscar las raíces de esta historia hemos de remontarnos a finales del siglo XIX donde, de entre todos los pueblos de alrededor al nuestro, sobresalía una Molina del Segura bastante floreciente, por las posibilidades que ofrecía de formarse en un oficio, incluso de encontrar trabajo, cosa que en aquel momento en nuestro pueblo era impensable.

De allí surge el primer protagonista de nuestra historia, Santiago Bermejo López, el hijo de Juan, un sastre criado en la Inclusa que, tras salir de la institución, se montó por su cuenta en el pueblo vecino. Implicado en la profesión de su padre desde muy joven, se preparaba para el oficio al que se dedicaría casi toda su vida.

Mª Jesús Sarabia

Un buen día, buscando nuevas metas para la expansión de su trabajo, padre e hijo acordaron venir a Las Torres de Cotillas, e ir por las casas ofreciéndose a quien necesitara de un sastre que les cortara la tela para un pantalón, chaqueta o traje, -entonces no existía la ropa confeccionada-, ya que tanto padre como hijo estaban más que preparados para tal menester. Ellos traían los patrones y cortaban las prendas en las mesas de comedor de las casas donde eran requeridos. También se daban unas buenas caminatas por la huerta pasando a Las Torres a través de la barca de madera que había en el término

municipal de Alguazas, para cruzar el río Segura, acortando el camino entre los dos pueblos.

Una de las visitas que Santiago hizo a nuestro pueblo fue muy decisiva para su futuro, ya que fue a cortar unas prendas en casa de Fuensanta la "Boticaria", en la calle de la Iglesia, (actual calle de la Virgen de la Salceda) allí conoció a una de sus hijas, María Jesús Sarabia Sánchez, quedando prendado desde el primer momento, tanto que pensó que era la mujer ideal para compartir su vida. Pese a que un familiar suyo con muchas tierras la pretendía, el "pico de oro" de Santiago la convenció y, tras algunos años de noviazgo se casaron.

Él solo contaba con su oficio, pero la familia de ella estaba en muy buena posición, instalándose la pareja, en una casa que el padre de María Jesús les ofreció en el número 23 de la Calle Juan Pedro, -hoy calle del Príncipe- y allí, en el primer cuerpo de la casa, Santiago montó su sastrería. Antes de la guerra, el trabajo abundaba, pues venía gente de todos los barrios del pueblo: Los Pulpites, Los Carambas, La Loma, etc. para que les cortasen un traje o un pantalón, ya que entonces las mismas mujeres lo cosían en su casa. De cinco a nueve de la mañana, Santiago cortaba para la calle y, a partir de esa hora, él tenía su propio taller de confección y también cosía por encargo.

El matrimonio tuvo una familia numerosa: Aurora, Fuensanta, María, Juan de Dios, Francisco, Estrella, Enrique, José María y, algún niño más que no llegó a ver la luz de este mundo. María Jesús se las veía y deseaba para atender todo el trabajo que suponía los hijos y la casa, por lo que recibía ayuda de algunas buenas vecinas que no les importaba echar una mano de vez en cuando.

Un día, apenas inició la guerra civil, paró un camión de los que circulaban con gasógeno delante de la puerta de la sastrería, del que se bajaron unos guardias que prendieron a Santiago, gritándole que era un fascista, que iba a misa y lo llevaron a la cárcel. La familia y la casa vivieron un terrible

desastre, pues quien les mantenía, estuvo cerca de tres años encerrado y se las tuvieron que apañar de cualquier manera. Los hijos mayores salían al campo a ver si conseguían cazar algunos pájaros, a veces tuvieron que sustraer algunas almendras. En fin, un verdadero desastre al que se vieron sometidas la mayoría de familias de nuestro pueblo que vivieron aquel tiempo tan cruel e ingrato. María Jesús ofreció rezar un rosario cada día, de por vida, para que no le pasara nada a ninguno de sus hijos.

Esta tenía una gran preocupación por sus hijas, ya que se negaba rotundamente de que ninguna de ellas fuese a trabajar a la huerta. Las mujeres iban a recoger patatas, leña, a llevar la comida a sus maridos, abrían pimientos en la era. Otras salían a buscar espárragos, acelgas y "lizones" en la huerta que nacían silvestres. Lógicamente, estas tomaban el sol y su piel se curtía poniéndose muy morena, y esto es lo que ella no quería para sus hijas. No tendrían nada, pero con su tez blanca, cuando salían a la calle parecían señoritas. Aurora que era muy ingeniosa, como no tenían dinero para comprarse medias, se dibujaba las costuras en las piernas y parecía que las llevaba puestas

Mª Jesús y Santiago

Estas ayudaban en la casa, cosían lo propio y lo ajeno, y cuando tocaba lavar la ropa, iban cargadas a los "pocicos". El lugar se llamaba así porque extraían piedras para la construcción de muros o casas y, el vacío que quedaba, cuando llovía se llenaba de agua y se formaban pequeñas balsas. También iba mucha gente con cubos a coger arena que se

utilizaba para fregar los cubiertos (cucharas tenedores etc.) A veces, cuando se iba la luz del día y tenían que coser, se sentaban en la mesa donde su padre cortaba, para que la pobre luz de la bombilla, les alumbrara más de cerca.

Por fin, Santiago, salió de la cárcel y volvió a su casa, restaurando la sastrería. Pero los tiempos no eran buenos y tuvo que dedicarse en más de una ocasión al estraperlo. Compraba cajas de cerillas y en el tren correo iba hasta Albacete, donde -no se sabe cómo- pasaba un par de días, hasta que lograba canjearlas por harina. Aunque en alguna ocasión los guardias lo pillaron y se la requisaban. El pobre volvía deshecho cuando regresaba a su casa con las manos vacías. También alguna de sus hijas, - Fuensanta- salía con cerillas y polvos de la ropa, a las casas de la huerta (la Loma, los Carambas, etc.) y las cambiaba por huevos o algún trozo de pan, ya que entonces, como se amasaba en las casas, la mayoría tenían horno para cocerlo.

La familia

En especial había una familia a la que les estaban muy agradecidos, porque paliaron por muchos días el hambre en su casa, se trataba de los Puras, que vivían cerca del río. Cada vez que Santiago iba a cortarles prendas a sus casas, tanto las mujeres como los hombres de la familia eran muy caritativos y se portaban muy bien con él, pues le pagaban en especie: habichuelas, pan, chorizos, etc. El sastre volvía feliz a su casa.

Aurora, se daba bastante maña para peinar, ponía una silla en el patio y de vez en cuando arreglaba a alguna vecina, o alguna novia, sacando así algunas perras.

María, la del *Techo Bajo*, llevó a su hijo a que lo peinara el día de su primera comunión, y Aurora le llenó el pelo de tirabuzones; Perico parecía un "niñico Jesús". Entonces estaba muy de moda el peinado que se llamó "arriba España", hacía cardados y tirabuzones etc. Su hijo Juan de Dios que ya sabía del oficio, le echaba una mano y estaba de jefe del taller, pero a los dieciocho años, éste tenía otras miras y decidió irse a Madrid, donde se instaló por su cuenta en la calle Ave María del conocido barrio de Lavapiés.

En el taller había a diario, a parte de sus hijas, una serie de jóvenes que iban a enseñarse a coser; entonces, las mujeres disponían de pocos sitios para aprender algún oficio, y los padres se sentían contentos, ya que en la sastrería, no solo estaban recogidas, sino, que mejor o peor, siempre aprenderían algo tan necesario y conveniente en aquellos años, que era primordial en la mujer, el saber coser antes de casarse, porque después se encargaban de la ropa de la familia. Había lista de espera para que Santiago las acogiera.

A veces, cuando había algún entierro y bajaba la gente del campo, pasaban por la sastrería y le dejaban el recado de que fuese a cortar algún pantalón. En esas casas solían tener

Oficialas y aprendizas

unos buenos perros guardianes, y cuando alguien se acercaba salían de estampida ladrando. Uno de esos días, Santiago fue a la casa del tío Bartolo, recibiéndolo el perro que tenía, gruñendo con cara de pocos amigos. "Pasa, pasa Santiago, que el perro no hace nada". Santiago, un poco nervioso contestó: "Sí, sí, no corta, no cose, no cava, pero morder sí que muerde".

En una ocasión, una señora se presentó en la sastrería a darle las quejas a Santiago, diciendo que por su parte ya la podía cerrar porque el pantalón que le había cortado era una porquería; éste, muy prudente y educado, revisó la tela y le aconsejó que antes de ir a insultar y dar quejas a nadie aprendiera a coser, pues la buena señora había unido las dos partes al revés y, claro, no le casaban de ninguna manera. No fue el único caso.

Como en todos los comercios y tiendas de la época, Santiago también tenía una libreta donde apuntar el trabajo que daba fiado a muchas personas que le pagaban cuando podían, otras, quedaron olvidadas en el tiempo pendientes de cobro, fielmente reflejadas en la "famosa" libreta.

Santiago tenía la costumbre de rezar el rosario en el taller todas las tardes, y familiares y aprendizas le acompañaban. Sin haber estudiado, era un hombre bastante

culto debido a su afición por la lectura; también tenía una estupenda voz y de vez en cuando, leía en el taller pasajes de alguna novela dejándolos encantados, pues decían que se le parecía a Guillermo Sautier Casaseca, el famoso locutor de la radio.

Su hijo Paco (1.932) se vio implicado de lleno en la sastrería, pero a él no le gustaba, y más, en aquel tiempo donde el machismo imperaba con todas sus fuerzas, pues era criticado por sus propios amigos al verle coser a través de la ventana, comentando si era un "sarasa", de "la acera de enfrente". Por tal motivo, Paco buscó trabajo fuera de casa y se empleó de dependiente en una tienda; después estuvo en la fragua "Boca Negra" que estaba en el callejón del bar del Flecha, intentó entrar en RENFE, pero la cosa estaba difícil y se fue un tiempo a trabajar con los albañiles, hasta que en 1.950 decidió marcharse a la Marina de Guerra, que tampoco le gustaba, ya que le parecía una pérdida de tiempo por lo poco que producía para la sociedad, pero algo había que hacer.

D. Jesús, el Secretario, le rellenó la instancia a mano, ya que la única máquina que había en el Ayuntamiento, una Olivetti, estaba rota. Tiempo después recibió contestación, tenía que presentarse en el Ferrol del Caudillo, marchándose

Los hermanos

junto a otros cuatro vecinos del pueblo.

Poco tiempo después, a su padre le empezaron a dar subidas de tensión a la vista hasta que se quedó casi ciego. Una de las cosas que el pobre Santiago echaba de menos era la lectura, verdaderamente lo pasó muy mal. El hijo más pequeño, José María, (1.945), cuidado durante su infancia por sus hermanas Aurora -que, era como una segunda madre para él- y Estrella, era su fiel lazarillo. Con el tratamiento que el médico le había mandado no le iba bien, y se arriesgaron a ir a Madrid. Allí tampoco iban muy bien las cosas, y en la sastrería solo sacaban para ir tirando. Entonces no estaba la Seguridad Social, ni nada que se le parezca, y la consulta de cualquier especialista valía mucho dinero. Su hijo Juan de Dios, que tan solo disponía de dos mil pesetas, se envalentonó y le dijo al médico que no se llevaba a su padre de la consulta sin que le operara. El doctor consintió, y tras reconocerlo le dijo que estaba bastante mal, que haría todo lo posible. Al final, un ojo lo tenía perdido por completo y por el otro solo veía los bultos de las cosas. Santiago siempre iba muy bien arreglado, con traje y corbata, no se hacía a la idea de tener que caminar apoyado a un bastón y lo rechazó, amañándoselas por sí mismo.

Paco y amigos

María Jesús, bastante desesperada, escribió a la Marina para que Paco regresara y se hiciera cargo de la sastrería, pues había que

sacar adelante a los más pequeños de la familia.

Cuando venía de permiso, siempre les traía alguna ropa de la Marina que, en casa la lavaban para que recuperara su blanco original; después la descosían y aprovecharon las piezas para hacerse vestidos, incluso, les hicieron los trajes de comunión a sus hermanos Enrique y José Mari. Este se licenció en 1.954.

En Alguazas se instaló Pedro Boluda, un antiguo alumno de Santiago al que enseñó todos los misterios y entresijos para ser un buen sastre; cuando éste le veía, siempre le llamaba "maestro". A él mandó como aprendiz a su hijo José Mari. Este se desplazaba cada día en bicicleta, una "Orbea" que había comprado en la tienda de Arnaldos, pagando las mil doscientas pesetas de su coste, a razón de veinte duros al mes. Jamás disfrutó tanto. Le encantaba que le mandasen a los pueblos vecinos para algún recado con tal de ir en la bicicleta que cuidaba con esmero.

Como la necesidad agudiza los sentidos, Santiago hizo una rifa entre las Torres y Alguazas, en la que ofertaba por doce pesetas al mes, un traje a medida de trescientas sesenta ptas. Si salía el número, el afortunado tan solo se había gastado el dinero correspondiente a los meses jugados y el traje la salía muy barato; por el contrario, si no había ganador, el traje lo obtenía igual, pero a su precio de coste.

Paco, en vez de venirse a las Torres, se quedó dos años en Madrid trabajando en la sastrería de su hermano para aprender y coger experiencia, y pese a que no le gustaba mucho, nunca más

Orgullo de padre

renegó de ello. Durante ese tiempo, Ángel, un sobrino del matrimonio, venía de Molina de Segura los domingos y les cortaba las prendas que tenían de encargo. María Jesús y sus hijas las ponían de prueba y al domingo siguiente, Ángel volvía a probarle a la gente, y si todo estaba bien, ellas terminaban la faena y la entregaban.

Paco volvió a las Torres en 1.956, llevando desde ese momento la sastrería por su cuenta. Aunque al principio le costó arrancar por el tiempo que estuvo cerrada, ésta comenzó poco a poco a florecer, pudiendo ayudar a su hermano Enrique en sus estudios, lo que escandalizó de alguna manera a ciertos caciques del pueblo: "A dónde vamos a parar –decían-, el hijo del sastre estudiando". Entonces lo normal era que los niños salieran de la escuela a la edad de ocho o nueve años y comenzaran a trabajar: unos guardaban ganado, o recogían boñigas de las mulas y burras, para vender como abono, o se implicaban en las labores de la huerta. Don Pedro, el maestro de Enrique, le comentó a Santiago que su hijo era un buen estudiante y era una verdadera pena desperdiciar su talento, aconsejándole en más de una ocasión que hiciese un esfuerzo y lo mandara a estudiar a Murcia.

Siguiendo el consejo del maestro, aunque un poco preocupado por no saber de dónde sacar las diez pesetas que le costaba el viaje todos los días, Enrique fue a estudiar al Instituto Alfonso X el Sabio de Murcia, donde hizo todo el bachiller; de allí marchó a Madrid con la pretensión de ingresar en la Escuela de Ingeniería, pero al parecer no pudo ser, matriculándose en la facultad de Medicina. Cuando acabó la carrera de médico, conoció a una chica de Suiza con la que se casó, instalándose en el país de su esposa, en el que vive y ejerce la medicina hasta el día de hoy.

Al igual que su padre, Paco también tuvo sus oficialas, recordando entre otras a Rosi de Caramba, Chiqui, María de Cristóbal del Neo, Fina de la acequia, María de los Vicentes, Inés, -ésta empezó con Santiago y permaneció junto a Paco

más de cuarenta años-, entre otras. Entraban de aprendizas a trabajar con diez, doce o trece años, dejando el trabajo para casarse o para r a trabajar a la fábrica de conservas. Inés, a la que consulté para ver cómo se vivía la jornada de trabajo en la sastrería, recuerda que lo primero que les enseñaban era a manejar una aguja y cómo utilizar el dedal, pues no era una sola vez que en vez de empujar con él, lo hacían con otro dedo y lo llevaban marcado de los pinchazos.

El siguiente paso era hacer ojales en un trapo, muchísimos ojales. Cuando enseñaban su trabajo al maestro, éste les decía: "no están mal, pero se pueden mejorar". Inés apunta: "Estábamos ya de ojales hasta la coronilla". Después empezaban a sobrehilar pantalones, a ponerle bolsillos, en fin, a cosas más importantes, hasta que se enseñaban a coser a máquina. Después, como oficialas expertas, se atrevían con chalecos, chaquetas y trajes completos.

Como crías que eran, se lo pasaban muy bien, sobre todo a la hora de comerse el bocadillo, -la mayoría de días lo rellenaban con una peseta de longaniza que adquirían en la tienda del Chispa-. En aquel tiempo de escasez les sabía a gloria. Entre puntada y puntada comentaban de sus cosas y se reían mucho. Tenían una gran suerte, ya que el maestro tenía una paciencia infinita con todas ellas; también era normal que se fuera la luz en algunas calles, incluso en todo el pueblo, y que tardara en volver –en ocasiones- varias horas, hasta que la avería se solucionaba.

A veces la jornada se les hacía muy larga; por la mañana trabajaban desde las nueve a la una y treinta del mediodía y, por la tarde, de tres a ocho A veces rezaban, a ver si se iba la luz, porque claro, como no se veía coser, se salían a la puerta o iban a dar una vuelta y lo pasaban en grande, hasta que ésta volvía de nuevo y retomaban su tarea. En ocasiones, ante la urgencia por entregar un trabajo, tenían que estar algunas horas más, como ocurrió una Navidad, que después de cenar con la familia, algunas oficialas volvieron al taller para concluir la tarea. Mientras tanto, José Mari, que llevaba un tiempo con su hermano, marchó al servicio militar y cuando acabó volvió a trabajar con él. Si en todos sitios surgen anécdotas ¿qué no podría pasar en una sastrería?

Tanto Paco como Inés recuerdan una, que pudo resultar catastrófica, pero que al final se solventó de la mejor manera: Se acercaba la boda de un muchacho del pueblo, José María M. P. y éste se presentó en la sastrería a las cinco de la mañana para hacerse la primera prueba del traje; Paco fue a coger la chaqueta y al volverse, éste cayó en redondo dando de bruces en el suelo. Menudo susto se llevaron, intentaron reanimarle y el chico no se movía, hasta que poco a poco fue volviendo en

En "El Casino"

sí, sin recordar que le había pasado. Quizá fuese una lipotimia por el estrés del trabajo y el madrugón. Lo cierto es que cada vez que recordaban lo ocurrido, lo contaban a alguien, siempre se referían como "al traje del muerto"·

Se acercaba la fiesta del Corpus, el día más señalado para celebrar las comuniones de los niños, y tenían muchísimos encargos. Dos meses antes ya empezaban a cortar y a coser a mano los trajes que, conforme los iban terminando, tras el planchado, Paco los subía a la recámara, colgándolos en unas barras que había preparado para tal menester, con la idea de entregarlos el día antes de la fiesta. Entre esos encargos estaban los de algunos amigos muy conocidos en el pueblo: Paco, el hijo de Joaquín el "Farolero", Pepe, el hijo de "Pacorrín", Paco, el hijo mayor de Jiménez, entre otros.

Al parecer la fachada de la casa estaba bastante deteriorada, y Paco llamó a los "Franceses" para que la blanquearan. Estos, empleaban en su tarea una máquina de fumigar, en la que depositaban una mezcla de yeso y cal, con la cual, las fachadas quedaban de un blanco impecable. Hasta ahí todo iba perfectamente, pero a Paco se le olvidó cerrar la puerta del balcón donde estaban los trajes y éstos, fueron también rociados y blanqueados por la virtuosa máquina.

Toda la familia

Paco se quería morir, no sabía qué hacer, pues ya no había tiempo de volver a confeccionar más de veinte trajes de comunión que colgaban de las barras, tampoco sabía qué explicación darle a las familias que los habían encargado, y peor aún, cómo devolverles el dinero cobrado. Aquello era un caos y un puro lamento por parte de toda la sastrería.

Como dice el refrán: "Dios aprieta, pero no ahoga"; se le ocurrió cepillar una de las mangas de un traje, del que salía bastante polvillo blanco, y las manchas desaparecían, ¡Dios, qué alivio! Por fin, Paco comenzó a serenarse y a cepillar con fruición todos los trajes, pudiendo entregarlos en la fecha señalada sin que nadie supiera por la odisea que habían pasado. Al parecer, la mezcla empleada en la fachada llevaba más yeso que cal, de ahí que las manchas al secarse, no dejasen rastro alguno.

Todas sus hermanas se fueron casando e independizándose de la casa familiar. Pasado un tiempo, decidieron reformar la sastrería, subiendo el taller a la parte alta de la casa, donde estaban las cámaras, dejando el bajo como vivienda. Entre otras cosas enlosó el suelo, temiendo que no aguantaran las colañas que sostenían el piso, subiendo la mesa y estantería, donde se exponían las piezas de tela, planchas y máquinas de coser y, cambiando el viejo brasero de su padre, por una estufa de serrín.

Cuando llegaba el invierno, el frío se hacía sentir con ganas y más aún, en las personas que trabajaban sentadas sin apenas movimiento. Paco tenía como primera tarea diaria, encender la estufa de serrín -que compraba en Alguazas-, para calentar la sastrería, aunque más que calentarla, lo que hacía

era ahumarla, ya que la mayoría de las veces tenían que abrir el balcón que daba a la calle, para poder respirar, pues cuando más tranquilos estaban daba buenos fogonazos, lo que mantenía en alerta al personal del taller.

No fueron pocos los inviernos que pasaron en esa situación. Hasta que por fin pudo adquirir una de butano y la vieja estufa salió disparada por el balcón, acabando en medio de la calle. Esta quedó anclada en el barro, en el que pasó algunos días. Como las calles del pueblo aún estaban sin asfalto ni aceras, cada vez que llovía, éstas se hacían intransitables. Paco recuerda la boda de una vecina, a la que tuvieron que sacar de su casa en brazos para que no arrastrara el vestido por los mil y un charcos que había en la calle.

El primer nieto

Como siempre ha habido gente para todo y en aquellos años la cultura y la educación en algunas personas brillaba por su ausencia, sufrieron algún caso como el de este personaje, -un tanto bruto, que llegó una mañana a la sastrería dando voces: "Sastre, sastre, ¿qué mierda de trajes tienes aquí?" Paco, que estaba orgulloso de su pañería, formada por piezas de tela que le mandaban desde Sabadell, se sintió herido ante las voces y comentarios del individuo, que había cogido el metro, mientras seguía con sus comentarios soeces. No tuvo más remedio que plantarlo y ponerlo de patitas en la calle, diciéndole que podía marcharse por donde había venido.

En otra ocasión estaban haciendo un traje a un vecino y no sabían qué pasaba con él, parecía que estaba embrujado,

pues no conseguían adaptarlo a su cuerpo; si le metían le quedaba muy estrecho, y si le sacaban, bailaba dentro de él; lo cierto es que el individuo no era precisamente un figurín, tras varias reformas, por fin lo acabaron como Dios los encaminó, pudiendo estrenar su traje.

Paco, que era un poquito casanova, no desaprovechaba ocasión de salir a pasear con miras a echarse novia, al parecer Las Torres se le quedaban pequeñas y buscaba en Alguazas y Alcantarilla, donde al parecer, los torreños eran bastante conocidos en pretensiones amorosas, pero mira por dónde, fue aquí en el pueblo donde conoció a la que sería su mujer. María del Carmen, una linda muchacha de Lorca que vino a visitar a su hermana Micaela, la esposa de Senén Ejidos, ella fue quien la hizo asentar la cabeza, consiguiendo llevarle al altar a la edad de treinta y tres años. Los dos hermanos seguían llevando la sastrería, y entre todos cuidaban a sus padres. De nuevo hay reformas en la casa y la sastrería vuelve a instalarse en el bajo. Del matrimonio nacieron cuatro hijos: Santiago, Aurora, Juan Pedro y Javier.

Ya comenzaron a venir prendas confeccionadas: pantalones, camisas, chaquetas, etc. El problema era que no

Boda de Paco

había tallas y entonces, en el taller se ajustaban las prendas, amén de cortar y confeccionar trajes. Paco y José Mari tenían unos cuantos chavales del pueblo que eran muy "modernos" y que le hacían de modelos. Les cosía unos pantalones de campana o de "Pata de Elefante", -así se les llamaba- estos eran ajustados en el muslo y de la rodilla hasta el suelo se iba formando la campana, a veces la querían tan ancha que tenía que hacerle unas cuñas para que ésta abriera más. En ese tiempo también surgieron los pantalones vaqueros, que si bien, por lo fuerte de la tela eran empleados para el trabajo duro del campo o la huerta, en el tiempo, llegaron a ser una prenda imprescindible en el armario de cualquier persona como prenda de vestir.

Su hermano Juan de Dios se vino de Madrid, requerido por su primo Ángel, de Molina de Segura, y junto con Juanito, el hermano de éste, montaron Confecciones Carplas, dedicándose a coser pantalones vaqueros. El negocio les fue muy bien, por lo que Juan de Dios, se llevó a sus padres a vivir en su casa. Tiempo después, Ángel, -de los hermanos era el más lanzado-, se dedicó a la construcción y monto "Mometalic" una empresa de estructuras metálicas.

Paco, actor premiado

José Mari se había comprado una moto "Lambreta" y los domingos se desplazaba a Ojós, donde vivía su hermana Aurora, casada con Onofre, muy conocido por ser el secretario del Ayuntamiento; éste se llevaba unos cuantos cortes de traje y los vendía, y cuando los tenían cosidos, él mismo les hacía las pruebas. Se extendió la voz de que el cuñado del secretario era sastre, y entonces fue a vender a Blanca, Ricote y otros pueblos de alrededor. Era cómodo para la gente tener un sastre a domicilio.

Un Sr. de Molina, dueño del comercio "Tejidos Hernández", apodado "el Tahullo" le hizo a Juan de Dios la proposición de asociarse y montar un negocio de piel; él, como socio capitalista, y ellos se encargarían de la mano de obra. La empresa se llamó HERBER (Hernández – Bermejo) y todo les salió muy bien, hasta el punto que Juan de Dios quería que Paco y José Mari dejaran la sastrería y se unieran a ellos con la idea de que aprendieran, y después montarse de nuevo en Las Torres. Paco lo intentó, pero prefirió quedarse en la sastrería y se llevó a José Mari. Este se fue con algunas oficiales, entre ellas Caridad y Charo. Cuando estuvieron preparados montaron un taller donde actualmente está la tienda del hijo de Paco. Y un par de tiendas, una en la calle D´Estoup, en el Centro de las Torres de Cotillas, y otra en la vía Axial, en El Puerto de Mazarrón, "José Mari, Moda en Piel"

Llegaron nuevos tiempos y comenzaron a aparecer las grandes tiendas de ropa confeccionada, disminuyendo el trabajo en la sastrería, incluso a las mujeres tampoco le importaba no saber coser, ya que fueron poco a poco siendo más independientes y tenían criterio propio a la hora de mantener una relación. Por tanto, la que aprendía a coser o bordar ya no era para casarse, sino por puro capricho.

Ninguno de los hijos de Paco, se enseñaron a coser, aunque el más cercano a la sastrería fue el mayor, Santiago, -actualmente tiene una tienda de ropa, en la Plaza Tirso de Molina, frente al "Hogar de las Personas Mayores- que sabe

bien cortar un pantalón y hacer arreglos. Aurora, es enfermera, Juan Pedro trabaja en Servicios Sociales y Javier, hizo Magisterio y Música. Por esto, cuando Paco se jubiló a los sesenta y cinco años, cerró la sastrería definitivamente. Entonces fue cuando empezó a ser más que conocido en todo el pueblo, más que a su persona, a su voz inconfundible a través de megafonía.

Todo empezó así: la primera vez que hubo toros en las fiestas patronales de Las Torres de Cotillas, se pusieron las entradas a la venta en el bar del Flecha, pasaban los días y muy poca gente lo sabía, por lo que cundía la preocupación de sus organizadores, Antonio Almagro, que era concejal, el gordo de la Loma, Honorato, etc., ante la escasa venta de entradas. Pasó un hombre al que llamaban "Tomás el Cañamón" de Ceutí que iba vendiendo pollos, que voceaba con un magnetofón alemán que pesaba al menos 30 kilos: "pollos, pollos de la pata gorda, pollos de engorde". Al oírle salieron del bar a llamarle y le pidieron si quería decir por el pueblo que las entradas de la corrida estaban a la venta en el bar del

Un San Pedro especial

Flecha; el pobre hombre que era un tanto bruto, dijo que él no sabía decir nada. Le pidieron que buscase al Paco el sastre y le dieron el cartel de la corrida para que lo grabara en la cinta (este tenía una muy buena voz, -curtida en el grupo de teatro TEJUBA) y efectivamente, el "Cañamón", recorrió el pueblo anunciando la corrida de toros, y dónde podían encontrar la venta de entradas. Esa fue la primera vez que el pueblo escuchó la voz de Paco por megafonía.

Cada vez que se abría una tienda, Paco llamaba a Tomás para que viniese a grabar la propaganda y decirla por el pueblo. Hasta que un día, una persona de Las Torres, Antonio de Pío que fue Guardia Civil, falleció en Cartagena, lógicamente nadie del pueblo a excepción de la familia lo sabía, su hermano Serafín le propuso a Paco el dar la noticia para que la gente acudiese al entierro y a la misa. Tomás, un tanto supersticioso, le dijo que él no venía a decir eso, entonces Paco fue el que la difundió.

Desde entonces hasta hoy, su voz suena por nuestro municipio cada vez que hay noticias que dar a los vecinos: difuntos, misas de cabo de año, inauguraciones de comercios, etc. Es más, incluso fuera de la región, pues puso voz al anuncio de un tapicero de Torrevieja. Con el grupo TEJUBA grabó una representación del Prendimiento que se difundió por algunos países latino-americanos, amén de diversas colaboraciones de "promos publicitarias" en la radio local, Onda 92. 107.4 FM).

DROGUERÍA Y FERRETERÍA ALEGRÍA

Esta es la sencilla historia de un buen hombre, un luchador que se abrió paso peleando con las pruebas y adversidades, a veces un tanto duras, que la vida le propuso y que tuvo que solventar de la mejor manera posible, como tantas y tantas personas de nuestro pueblo, hasta alcanzar después de muchos desvelos la meta con la que había soñado: formar su propia familia y por supuesto, sacarla adelante de la manera más digna posible. Su protagonista es, Antonio Egea Sánchez, primer hijo y el mayor de cinco hermanos, nacido el 26 de Agosto de 1926, del matrimonio formado por José Antonio Egea y Joaquina Sánchez.

Antonio Egea ("Alegría")

Tras pasar por la escuela, dedicó toda su juventud en ayudar a su padre en las labores pertinentes de la huerta, hasta que fue llamado a filas, haciendo el servicio militar en La Academia General del Aire, en Santiago de la Ribera, San Javier. Tras el cual, pasó un periodo un tanto delicado de salud, y el médico le aconsejó que llevase la vida de la forma más apacible posible, pues no debía de hacer esfuerzos de ningún tipo. Con gran pesar por su parte, no volvió a implicarse de lleno en las faenas de la huerta. Por tal motivo, el matrimonio pensó que la única manera de darle un futuro a su hijo mayor era la de montarle una tienda; así lo hicieron con el dinero que sacaron de la cosecha de albaricoques de ese año.

La tienda era muy pequeña, ya que la montaron en la entrada de la casa de sus padres. Como bien se sabe, fue aquella una época de escasez y le tuvieron que dejar entre otras cosas el propio mostrador. El uno de Abril de 1950, se abrió al público la tienda de Antonio Alegría; ésta era principalmente una droguería, pero tenía además de los productos de limpieza para la casa, insecticidas y polvos para las plagas de la huerta, y también algunos productos de alimentación, como garbanzos, habichuelas, aletría de sopa, café de malta, que por cierto, preparaba su madre. Joaquina, llevaba a tostar la cebada al horno y luego en casa la molían, así se transformaba tras su cocción, en el rico "café de puchero". La gente, con el dinero más que justo, cuando iban a comprar a la tienda le pedía: "Antonio, dame solo para el día".

Vino a vivir frente a su casa una familia, -José Sandoval y Luisa Fernández con sus seis hijos- procedentes de la provincia de Albacete, pues el cabeza de la misma que trabajaba en Renfe, había tenido como último destino, tras otros muchos, (Huelva, Alcázar de San Juan, Sigüenza, de nuevo Alcázar de San Juan), la estación de Hellín. Al parecer la ciudad avanzaba demasiado deprisa y a Pepe no le acababa de gustar para sus hijos, la forma en que transcurría la vida en aquel lugar, por lo que decidieron venirse para Murcia y buscar una casa de alquiler. Su mujer, aunque había nacido en Cartagena, se había criado en Las Torres de Cotillas y tenía toda su familia en el pueblo, le pidió que se vinieran a vivir aquí, instalándose en el número 15 de la calle de la Cruz. Sus hijos,

María Sandoval

acostumbrados a Hellín y ante el aspecto que tenía el pueblo, pues entonces no había aceras, la carretera era de tierra y en esa parte del barrio, además era bastante profunda, le decían a sus padres: "Vaya pueblo al que nos habéis traído, parece un corral de vacas". Y no digamos cuando llovía, en el barrizal que se formaba, había que ir con mil ojos para no resbalarse y partirse la crisma.

Lógicamente, Luisa iba a comprar a la tienda de Antonio, y éste enseguida hizo amistad con la familia, sobre todo con sus hijos, de los que se hizo muy amigo y solía visitar en su casa. Aunque Antonio ya conocía a María, porque ésta solía venir de vez en cuando desde Hellín a ver a la familia, sobre todo en las fiestas del pueblo y ya se gustaron. Esta que tenía el título de corte y confección, montó un pequeño taller de costura, donde aparte de coser cuantos encargos le llevaban, enseñaba a varias muchachas a cortar patrones. De la amistad, pasaron a mayores, ya que María aconsejada por un familiar que le decía que Antonio, no solo era una buena persona, sino que era muy cristiano, no se hizo mucho de rogar, del resto se encargó cupido, ese angelito que no para en su afán de unir a las personas traspasándoles el corazón con su flecha y tras enamorarse, se hicieron novios.

Carmen, Mercedes y María a misa

María estuvo con su taller cerca de seis años, casi los mismos que Antonio llevaba la tienda en casa de sus padres, dejándolo ambos cuando decidieron casarse en Noviembre de 1958 y marcharse a la nueva casa, donde el matrimonio inició su andadura como tal. En el bajo se instaló la nueva droguería, y en el piso superior la vivienda. Por supuesto, que al tener más espacio se incrementaron los artículos a vender, tanto en la

gama de droguería como herramientas para la huerta: legones, azadas, picazas, corvillas, máquinas de fumigar, estufas de serrín y madera, carbón etc. Lo que no se encontraba en otros sitios, Antonio lo tenía y si no, emplazaba a la gente para el día siguiente y se lo conseguía.

Apenas un año después de la boda, nació José Antonio (24-9-1.959), el primer hijo del matrimonio, lo que aumentó su felicidad ya que se querían mucho. El día a día de la pareja transcurría feliz. María, aparte de ayudar a su marido en la tienda, se encargaba de su hijo y de la casa. Antonio, por su parte, repartía su tiempo entre la droguería y a ratos la huerta. Aunque tenía una gran afición por la colombicultura, las palomas le llevaban de cabeza; consiguió algún premio con ellas y también alguna que otra regañina con su esposa. En una ocasión que ésta fue al médico, tras atenderla, D. Pedro le preguntó: "¿Y Antonio, qué tal está?" "Muy bien, con sus palomas, -ella que estaba hasta la coronilla de las dichosas aves apuntó-, menudo vicio éste, yo creo que es uno de los peores". "Que va, María, -replicó el médico-, eso no es un vicio, es un deporte". "Vaya, lo que faltaba". María salió a cuadros de la consulta. Su afición llegó a tal punto que no sacaba a su mujer ni al portal de la calle y, si alguna tarde bajaban a la Iglesia, nada más salir, volvían casi corriendo a casa porque tenía que ir a ver las palomas. ¿Cuántas veces soñaría María con verlas a todas en un buen puchero?.

El matrimonio con sus dos hijos

Un día el matrimonio profundizó un poco más sobre el asunto y María le dijo: “Daría la mitad de la vida que me queda porque te olvidaras de las dichosas palomas”. “Entonces no te preocupes –respondió Antonio- que vas a vivir todos los años que tengas que vivir, porque yo no me las dejo por nada”. Así fue por años.

Comunión José Antonio

Una de las cosas más insólitas que vendió en la droguería fue gasolina y aceite que traía de Molina de Segura. Como entonces aún no había gasolinera en el pueblo, todas las motos y, en ciertas ocasiones, algún que otro coche del pueblo, -entre ellos el SEAT 600 del médico-, pasaban a repostar por la droguería de Antonio Alegría.

Antonio había instalado los bidones en la trastienda y de ellos, a través de una goma que succionaba, iba llenando las garrafas. Cuando alguien pedía gasolina, pasaba de la garrafa a un bote de cinco kilos que estaba marcado por litros, y después a la moto a través de un embudo que se aplicaba sobre el depósito del mismo; no fue una sola vez la que comprobó el sabor que la gasolina tenía, ya que al succionar lo más fácil era tomarse un trago, por lo que instaló un torno que la sacaba directamente del bidón a una especie de regadera. Era bastante arriesgado el tener la gasolina en la tienda, y más teniendo su hogar justo encima, por lo que la familia tenían cierto temor a que pudiera ocurrir una desgracia.

Como en todos sitios hay gente avispada, en más de una ocasión intentaron engañar a Antonio, pero a la que de verdad timaron fue a María. Recuerda un día que vino un muchacho a que le llenara una lata de gasolina para una máquina de labrar y a la hora de pagar, dijo que era para la "Tía Dolores", que después pasaría ella por la tienda. Cuando se marchó, María se preguntaba quién sería la tal "Tía Dolores". Por supuesto que nunca pasó nadie a pagar la deuda.

El horario de la tienda, desde siempre fue bastante elástico, sabían cuando abrían por la mañana, pero nunca cuando iban a cerrar por la noche, pues incluso en ocasiones, llamaban a la puerta de la casa a las tres o cuatro de la madrugada, porque alguno había quedado tirado en la carretera sin gasolina en la moto.

En una ocasión la mezcla no salía buena y hubo alguna que otra queja que se tradujo en una denuncia, aunque Antonio no tenía culpa ya que él la vendía tal cual se la servían en Molina. Se presentó la policía con la orden de requisarla. Quien le servía el carbón le dijo que él se enteraría quién puso la denuncia y así fue, pero Antonio que no le gustaban las rencillas, prefirió no saber de quién se trataba. Poco después se abrió la estación de servicio de Fernando Beltrán en el barrio de "Los Cortijos".

El día ocho de Junio de 1964, nació José Luis, el segundo hijo del matrimonio, gran motivo de alegría, no solo para la pareja, sino para la familia de ambos. Los domingos estaba prohibido abrir la tienda, pero como siempre ha habido gente para todo, pese a estar avisados, algunos se lo tomaban por el pito del sereno y, siempre había alguien que les ponía en compromiso, como ocurrió en una ocasión: una señora le rogaba a Antonio que le despachara algo que necesitaba. Este se negó varias veces, pero al final, le dio pena ante tanta insistencia y la atendió. Lo que Antonio no supo hasta días después fue que la buena señora ya había estado antes en otra tienda y no le quisieron abrir, y cuando consiguió lo que quería, volvió a ella para echarles en cara que el Alegría sí se lo había vendido. El de la otra tienda se cercioró de que esta buena mujer no le

Familia de Antonio

mentía, y denunció a Antonio. Como se suele decir, por hacer un favor, encima de "jodido, apaleado".

Algunos aún fueron más lejos y tenían el valor de ir un domingo por la tarde a buscar al matrimonio al cine, para que les despachara cualquier cosa, y era "tan urgente", que no había espera posible hasta el día siguiente que abrieran de nuevo la droguería. Muchas fueron las veces que ante la insistencia, Antonio tenía que marchar y María, -bastante resignada-, tenía que ver la película sola.

En otras ocasiones, cuando moría alguien, a la hora que fuera, llamaban para que les vendiera unas velas, ya que entonces se estilaba ponerlas junto al difunto. También se llevaban cinta negra para amortajarles, pues a algunos se les ataban los pies por la postura rígida en que había quedado tras expirar, incluso les ponían un pañuelo para cerrarles la boca que ataban a la cabeza.

Sus dos hijos, tras los años de escuela, fueron a estudiar a los Jerónimos, donde incluso se quedaban a comer, dando más libertad a María para ayudar más tiempo a su marido en la droguería. José Luis llegó con sus estudios hasta el Bachiller Elemental y no quiso seguir estudiando más, por lo que se incorporó a la tienda; mientras tanto, José Antonio, aunque les

Familia de María

ayudaba los fines de semana y durante las vacaciones, siguió con ellos hasta acabar la carrera de arqueología, colocándose en Murcia.

Ocurrió un caso un tanto insólito. Un día se presentó en la tienda D. Rafael, el cura, diciéndole a Antonio que venía a devolverle cincuenta pesetas que le habían robado; éste, un tanto asombrado, preguntó cómo era el asunto; D. Rafael le explicó que una persona había venido a comprar a la droguería y en un descuido suyo, se las había quitado, pero la conciencia le remordía y fue a confesarse. El cura le dijo que lo mejor que podía hacer era devolver el dinero, pero a esa persona le daba vergüenza y no se veía capaz de hacerlo, por eso se las entregó a él para que las devolviera. Antonio quiso saber quién era el sujeto, pero D. Rafael dijo que no podía decírselo porque era secreto de confesión.

Las anécdotas de todo tipo son normales en una tienda con tanta variedad de artículos como la droguería Alegría. Llegó un niño una mañana diciendo que su madre le había mandado a comprar sosa, se la dieron y se manchó, pero al rato apareció de nuevo diciendo que lo que su mamá quería era bicarbonato sódico para tomar. Menos mal que la madre se dio

cuenta y pudo evitar una desgracia.

Los inicios en algunos productos de ferretería, llegaron con la expansión de las fábricas de conservas en el pueblo, ya que se llevaban púas para el arreglo de las cajas de madera donde se envasaba la fruta, amén de martillos, tenazas, alicates, etc. y, todo cuanto le requerían, ya que aunque en ese momento no lo tuviese en la tienda, lo servía lo más pronto posible para contentar a todos y cada uno de sus clientes que crecían por día. Mientras tanto, su hijo José Antonio seguía estudiando en la Universidad de Murcia, y José Luis había acabado el servicio militar en Cartagena; éste, que no había querido continuar con los estudios, decidió permanecer en la tienda con su padre.

La tienda marchaba de maravilla, pero a veces parece que el destino se empeña en jugarnos una mala pasada; en Marzo de 1.985, vísperas de San José, se declaró un peligroso incendio en la trastienda de la droguería que acabó con todo.

Después de comer, Antonio, como tenía por costumbre, se fue un rato a la huerta, María a retirar la mesa y fregar los platos, José Antonio bajó al patio a pintar una pérgola y José Luis se arreglaba para marchar a Murcia con su novia a comprar unos regalos. Llamó a la puerta Pedro Sarabia, amigo del hijo mayor, y al entrar, dijo a María que había un fuerte olor a quemado, como a carburo, nunca pensaron que viniera de su misma casa. El chico se marchó enseguida, y José Luis que salía del baño se dio

REGION

Vega Media

LAS TORRES DE COTILLAS

El fuego arrasó una droguería y una casa

La propietaria y su hijo tuvieron que escapar por el tejado

cuenta de la gran humareda que subía hacia el piso. Bajaron deprisa y quedaron espantados, pues la trastienda parecía una gran bola de fuego.

Mientras los hijos salían a la puerta, donde vieron como los botes de pintura y los spray salían disparados hasta el centro de la carretera, María volvió a subir al piso intentando cerrar puertas y ventanas para que no penetrara la humareda. El fuego tomaba por momentos mayor virulencia y José Antonio subió a por su madre, temiendo que le pudiera pasar cualquier cosa. El fuego había alcanzado la parte alta de la casa, éstos se vieron acorralados y salieron a la terraza, desde allí subieron al tejado caminando por él hasta la casa de su vecina Regina, -un hijo de ésta ya acudía en su ayuda-, por allí pudieron salir a la calle. Mientras tanto, Antonio, que seguía en la huerta, era avisado por su hermano Pepe.

José Antonio Carrillo, hijo de Demetrio, avisó del siniestro, personándose en el lugar, -unos veinte minutos después-, tres coches de bomberos lanzando agua con las mangueras a través de las ventanas del edificio, pero fue inútil, todo ardió como una tea. La Guardia Civil se encargó de la investigación, pero nunca se supo de qué manera se inició el fuego, ni tan siquiera los técnicos dieron con ello.

Se descartó que fuese un cortocircuito, ya que los cables de la casa estaban empotrados en la pared y tan solo un enchufe que había exterior, estaba intacto. También se pensó que había podido ser una colilla mal apagada, ya que entonces la gente fumaba bastante y entraban a la tienda con el

cigarrillo encendido, tirando las colillas al suelo para pisarlas. Incluso se especuló que fuese algún tipo de venganza de alguien envidioso, ya que escucharon a una persona que gritaba a la altura de la gasolinera de Beltrán: "Se han cargado al Alegría, se han cargado al Alegría". Lo cierto y verdad fue que todo se malogró, teniendo unas considerables pérdidas, precisamente esa misma mañana habían entrado en la tienda una gran cantidad de material. Y no solo eso, sino incluso pudo estar en peligro la vida de algunos miembros de la familia. El hecho fue impactante, lo perdieron todo, comercio y vivienda, teniendo que volver a comenzar de cero. Menos mal que Antonio, hombre previsor, tenía un seguro con la compañía La Unión y el Fénix que representaba en Las Torres de Cotillas, Antonio Fuentes Fernández, al que avisaron encargándose de mandar el parte de lo ocurrido a la compañía. Al día siguiente se presentó el perito de la misma, D. Ricardo Navas Sánchez, gran experto en siniestros de este tipo que vivía en Alicante y, tras revisar el extenso listado de cuanto se había quemado y el presupuesto de la obra, le dio el visto bueno y la compañía les indemnizó. Su opinión al respecto fue que, probablemente podría haber sido alguna reacción química entre alguno de los productos de la tienda y que al sobrecalentarse, dieran inicio al fuego. La crónica de este "accidente", la cubrió en su día Salvador Sandoval López, como corresponsal de prensa del pueblo.

La familia se fue a vivir a casa de los padres de Antonio, pero como la estancia se prolongaba, su prima Mari, conociendo el problema, les llamó desde Madrid donde residía y les ofreció su casa para que se instalasen allí el tiempo que

necesitaran. Mientras los albañiles reformaban la vivienda quemada, la tienda la instalaron en la casa que habían adquirido -pensando en el futuro de sus hijos-, a su vecina Susana, y en cuestión de cuatro meses, hacia finales de Junio, volvieron a abrir la droguería, instalándose la familia por un año en el piso superior. Con miedo a que volviera a suceder algo parecido, un año después levantaron el nuevo edificio con las viviendas aparte de la droguería. La planta baja para el matrimonio y dos pisos, uno para cada hijo, tal y como se encuentra en la actualidad. Tuvieron mucha suerte ya que las empresas del ramo les apoyaron y se ofrecieron a servirles material. Los clientes de tantos años que seguían fieles, volvían de nuevo para hacer sus compras. Antonio, a raíz de la gran impresión que llevó, tardó bastante tiempo en poderse recuperar, incluso perdió su gran pasión por la colombicultura, nunca más tuvo palomas, su propia familia fueron los primeros extrañados ante tal reacción.

De boda de su hijo José Luis

Antonio que era un hombre muy religioso y practicante, encontró en la Iglesia una gran ayuda para remontar aquel duro golpe. Cada domingo acudía a misa y todos los sacerdotes que pasaron por la parroquia, por su dedicación, le tenían en cuenta a la hora de hacer las lecturas, con lo cual participaba activamente del culto. Fue estando el sacerdote D. Luis, que junto con otras tres personas recibió la autorización del Obispo de la Diócesis, para poder dar la comunión a los feligreses. Ya que era un tiempo en que acudían muchísimos fieles a misa.

También estaba involucrado en la Semana Santa, ya que desde que D. Rafael Herrera permitió que se formaran las primeras cofradías,- La de San Juan para los jóvenes y la de

Ntro. Padre Jesús para los hombres casados- Antonio perteneció a esta última, estando al principio solo de cofrade, pero después tuvo un cargo en la misma, por el cual le dieron una insignia representativa del mismo. Hubo una especie de parón en la Semana Santa y todas las cofradías sintieron la merma de nazarenos, por lo que les cundía la desgana, incluso casi perdieron la ilusión. El amor y dedicación que Antonio tenía, se lo inculcó a sus hijos que, aunque como jóvenes querían junto con otros amigos formar una cofradía nueva –la del Crucificado-, José Antonio y Pedro Carrillo fueron llamados por la directiva de la cofradía del Nazareno y les convencieron para que se unieran a ellos. Cuando aceptaron, los miembros de la misma estuvieron encantados de recibir aquella inyección de juventud y buenas intenciones, al poco tiempo, ya empezaron a delegar en ellos.

Lo primero que hicieron fue renovar las túnicas -que ya tenían muchos años- y el auge volvió a todas las cofradías, pues se apuntaron muchísimos jóvenes volviéndolas a levantar.

Antonio con sus nietas

José Antonio implicó a su madre en esa tarea, y María confeccionó dos docenas de túnicas de varias tallas para alquilar, que siguen en vigencia. Pero la cosa no quedó ahí, también arregló la túnica que lucía Jesús en la procesión, pues andaba algo roída. Después, como la misma imagen participaba en más actos, le hizo la que saca Martes Santo, como el Cristo del Rescate, otra más para el "Besa-pies", en esa ocasión fueron a Madrid a comprar la tela. Y una más que le ofrecía la familia, aunque la idea partió de su hijo José Antonio, para la que fueron a comprar la tela de

terciopelo, la mandaron a un taller en Lorca a bordar y después María la cosió, quedando preciosa.

Trajeron la imagen del Nazareno a la ermita de la Cruz, donde le pusieron la nueva túnica, acudiendo muchísima gente a contemplarlo. Después del acto, la cofradía sirvió un pequeño refrigerio para los visitantes. Aún hay otra túnica más que, con las nuevas tecnologías, compraron la tela por internet; lógicamente, María también la cosió. Está claro que Jesús tiene un buen fondo de armario, como decía María, un buen ajuar. Muy merecidamente, el día que se celebró el primer pregón de Semana Santa en la Iglesia, la nombraron "Camarera de Ntro. Padre Jesús" y le entregaron una placa conmemorativa por su labor desinteresada. El pasado año la cofradía también entregó algunas distinciones a varias personas, entre ellas, -fue una auténtica sorpresa-, llamaron a María y por méritos propios, le hicieron entrega de la "Aguja de oro".

De cumpleaños

El 1de Julio de 1989 fue un gran día para toda la familia, pues, pese al calor sofocante que hacía, celebraron con toda su ilusión la boda de su hijo José Luis con su novia María José. El hijo mayor seguía estudiando hasta que acabó sus estudios universitarios en el año 1988. Éste se colocó enseguida como arqueólogo, tanto para el Ayuntamiento de Murcia, la Comunidad Autónoma y para la Confederación Hidrográfica del Segura, por un periodo de cinco años.

Al cumplir los 65 años en 1992, Antonio se jubiló y la familia pensó que necesitaban a alguien más para atender en la tienda, fue entonces cuando José Antonio, al no ver grandes expectativas y salida en su trabajo, lo dejó. Desde ese

momento, los dos hermanos llevaron hacia delante el negocio de sus padres.

Antonio iba a la huerta de vez en cuando, pero su tiempo lo dedicó a sus nietas, Tania y Raquel, pues se volcó por completo en ellas, con las que disfrutaba muchísimo. Como cualquier abuelo, tierno y cariñoso, las mimaba y consentía, seguía sus juegos, las llevaba y traía del colegio. Estaba muy feliz. El matrimonio hizo algunos viajes de placer, recorriendo algunas ciudades como: Lourdes, el Pilar de Zaragoza, el Monasterio de Piedra, Ávila, Granada, etc. Y una vez fallecido Antonio, a la edad de ochenta años, también lo hizo en alguna ocasión con sus hijos: José Luis la llevó a Salamanca y José Antonio a Roma, junto a sus nietas.

Siempre ocurren cosas y no todas tienen porque ser malas o insidiosas, también ocurrieron anécdotas bastante graciosas, sobre todo en estos últimos años, donde la inmigración se incrementó en nuestro pueblo; un día entraron en la tienda dos muchachos de color pidiendo una cosa de esas que hacían "fu, fu, fu", el chico acompañaba la explicación gesticulando con las manos, pero María se rompía la cabeza y no era capaz de entender lo que querían. Tras un buen rato, uno de ellos dijo: "Olla". ¡Puff, que descanso!, María le mostró varios modelos, hasta que eligieron el que más les acomodaba. Lo de "fu, fu, fu", lo decía para explicar que la comida hervía al entrar en ebullición.

María en Roma con sus nietas

Otro día vino una pareja que buscaban un grifo, le mostraron varios modelos, pero al parecer ninguno le gustaba; como apenas hablaba español, tampoco sabía expresarse, con lo que se dificultaba su petición. Ella decía textualmente:

"grifo… conejo, grifo… conejo". El dependiente pensó que quizá fuera para regar un jardín y le mostró otros cuantos modelos. La mujer insistía y el pobre dependiente, un tanto nervioso, ya no sabía qué enseñarle; entonces la mujer pasó a la acción, se puso en cuclillas y con las manos, hacía como si echara agua en sus partes íntimas, lo que produjo más de una risa entre los clientes que allí se encontraban. "grifo conejo", repitió la mujer. Por fin, el dependiente dedujo que se trataba de un grifo de bidé.

Ciertos artículos de la tienda se iban renovando, como de igual forma se renovaba el pueblo; como se sabe, la huerta desgraciadamente ha ido desapareciendo y ya no se cultiva, ni hay cosechas como antes, por lo tanto las herramientas que se utilizaban en trabajar la tierra, también se vendían menos. Sin embargo, iban apareciendo artículos nuevos que contrastaban un poco con los que habitualmente se vendían en la droguería y ferretería, como por ejemplo las gorras que las había de todo tipo, para cubrir la cabeza tanto en verano como en invierno. Éstas aparecieron en la tienda cuando Pepe Alegría –hermano de Antonio- cerró la zapatería, diciéndole a su hermano que se las llevara a ver si las podía vender para sacar al menos el coste

Interior de la tienda

invertido en ellas. Como tantas cosas, cayeron bien entre los clientes y se vendieron estupendamente, hasta el punto que nunca dejaron de tenerlas, poniéndose en contacto con el fabricante que las servía, para hacerle de vez en cuando un buen pedido.

La gama de productos se iba ampliando cada día, ya que aparecieron las grandes áreas de bricolaje, y la competencia se podía hacer sentir, pero no fue el caso para los Alegría, ya que como dije anteriormente, en su afán por servir a sus buenos clientes, si algo no tenía en el momento que se lo solicitaban, en unas horas o todo lo más al día siguiente, lo tenían a su disposición, sobre todo en las gamas de fontanería, tornillería, electricidad, etc.

José Antonio y su tradicional Belén

En algunas ocasiones venían personas que habían comprado algún mueble en Ikea, porque no encontraban o habían perdido los tornillos para poderlo montar; José Antonio los remitía de nuevo al centro comercial, pero ellos se negaban diciendo que, con los que él les diera ya se apañaban y, además, ahorraban un viaje.

No puedo acabar esta historia sin hacer una pequeña mención al famoso y elogiado Belén de la casa Alegría. En casa de los padres de María, todas las navidades se montaba el nacimiento, pero cuando crecieron todos los hermanos, quedó guardado en una caja de cartón, hasta que el primogénito del matrimonio, José Antonio, tuvo cuatro años, y su madre

decidió rescatarlo para hacérselo a su hijo. Este fue aumentando en figuras y paisajes, conforme sus hijos cumplían años, hasta el punto de convertirse en una verdadera obra de arte, admirada y muy premiada, pues en la primera mitad de la década de los noventa, cada año recibió el primer premio a nivel provincial.

Este Belén es visitado cada Navidad por la mayoría de los vecinos del pueblo: clientes, alumnos y profesores de los colegios, y, como diríamos en antaño, por forasteros, procedentes de otros pueblos colindantes y hasta de la ciudad. José Antonio es el verdadero artífice, el alma del mismo y, aunque confiesa que se siente cansado, por el excesivo trabajo que representa el dedicarle cada minuto, cada segundo que la tienda le deja libre, amén de noches, sábados y domingos, por espacio de unos tres meses, en el fondo, no puede reprimir la satisfacción que le produce cada año, la preparación y

confección del mismo. Mi más sincera enhorabuena, y por favor, aunque tengas que tomar vitaminas, no dejes de hacerlo, pues es un hermoso regalo para la vista y para el corazón, de quienes lo contemplan.

En la actualidad, María con sus 82 años cumplidos, está feliz en su casa, viendo el negocio viento en popa en las buenas manos de sus dos hijos, hasta el punto de necesitar más personal para atender la tienda; aparte de María José, la esposa de José Luis, en más de una ocasión han tenido empleados (Jeromín y Fran, entre otros) aunando esfuerzos y entrega para conseguir un mismo objetivo: la buena marcha de la Droguería y Ferretería Alegría, a la que deseamos desde aquí, una larga y próspera vida.

EL POLIFACÉTICO JOAQUÍN CANTERO

Joaquín en el colegio

Creo que ésta es la historia de uno de los seres humanos más polifacéticos que encierran los anales de nuestro pueblo, Las Torres de Cotillas. Hay personas que tienen una gran capacidad de trabajo y entrega hacia actividades diversas, pero no creo que las haya con tanta dedicación a todo cuanto hace durante la mañana, tarde y noche, de cada uno de los días de su vida, pues parece un ser incansable.

A Teresa de Jesús la definían como "Fémina inquieta y andariega", creo que salvando la diferencia de sexos, se le podía aplicar el mismo calificativo. Hace un tiempo, alguien muy conocido y relacionado con la cultura de nuestro entorno, dijo refiriéndose a su persona: "Es como Dios, está en todas partes". No creo que sea necesario pensar mucho para descifrar quién es el personaje misterioso,… naturalmente, me estoy refiriendo a Joaquín Cantero Martínez.

Nació en Las Torres de Cotillas el 9 de Enero de 1946 en el seno de una humilde familia, formada por Antonio Cantero Egidos y Mª Ascensión Martínez Egea. El matrimonio tuvo tres hijos: Joaquín, Mª Dolores, y Encarnita. Joaquín era

un niño muy apacible y tranquilo que crecía bastante sano, dedicado como los niños de entonces, a jugar, siendo parte de la calle un anexo de su casa. Él quería ir a la escuela, pero aún no tenía la edad; su madre, que antes de casarse y cambiar de casa, había sido vecina de la familia de Salvador Sandoval López, en la calle de la Iglesia, apeló a la confianza que le tenía y le pidió que admitiera a su hijo. Salvador ejercía en las antiguas escuelas, justo en la que había pegada a la Pensión Chacón. Lógicamente, le advirtió que al no tener la edad (hasta los seis años los niños no iban a la escuela ya que no existía la clase de párvulos) si venía el inspector se vería en un serio compromiso. Al final se quedó bajo la advertencia de que si venía, le diría que se marchase. La madre quedó tranquila, ya que el cruzar la carretera no es como hoy, entonces pasaba un coche de pascuas a ramos, hasta el punto que la gente la utilizaba más que para transitar, para pasear.

Compañeros de clase

Antonio estaba colocado de alguacil en el Ayuntamiento del pueblo, pero el sueldo de aquellos años no alcanzaba para todo, ya que solía ser muy bajo, por lo que tuvo que buscarse otras cosas. Hizo de pregonero por las plazas y pedanías del pueblo, de los edictos oficiales del ayuntamiento –seguro que nuestros lectores los recuerdan- Tocaba una trompeta para llamar la atención y la gente acudía a escuchar, entonces decía: “De orden del Sr. Alcalde, se hace saber…” Así el pueblo se enteraba de lo que se aprobaba o no en el Ayuntamiento. Antonio también se encargó de dar cuerda al

reloj de la Iglesia. Mientras, Mª Ascensión, su mujer, atendía las labores de la casa y a sus hijos.

A Joaquín, que como dije era muy apacible, no le gustaban las riñas ni las peleas con otros niños, más, si en alguna ocasión se veía involucrado en cualquier percance, aparecía su hermana Lola, dueña de un fuerte carácter, que pese a ser tres años menor que él, le plantaba cara a quien fuera, con tal de "salvar" a su hermano. No era como una segunda madre para él, pero sí muy protectora, además, se jactaba de ello ante sus padres: "¡Vamos hombre!, habían unos críos en la puerta de la escuela que le querían pegar al nene, pero ya les he dicho yo cuatro cosas y los he puesto en su sitio".

Carroza Fiestas Patronales

Joaquín no entendía muy bien el oficio que desempeñaba su padre, pues cada vez que le oía hablar en la calle, se iba a su casa y se lo decía a su madre: "El papá ya está hablando otra vez allí en medio". "Pero hijo, ese es su oficio, comunicar a la gente las cosas que le mandan en el Ayuntamiento". Él, no quedaba muy convencido,

Auto Sacramental de los Reyes Magos

o quizá en su interior, porque no veía a nadie más que hiciera lo que su padre, sentía como un poco de vergüenza. Antonio solía madrugar bastante y antes de ir al Ayuntamiento, se daba una vuelta por la huerta, pues el que tiene tierra sabe que siempre hay cosas que hacer, en un par de bancales tenía árboles frutales (Albaricoqueros y melocotoneros) y en otra tierra que tenía en el Soto de Alguazas, como había más agua que en el pueblo para el riego, pese a tenerlo también con melocotoneros, solía plantar la mitad de habichuelas y la otra de patatas, de esa manera la familia siempre podía tener el plato de cada día asegurado.

La casa en la calle Nueva, -actual Alfonso Férez-, era bastante humilde, pues aún recuerda Joaquín que, la puerta de la pequeña cocina donde guisaba su madre, con la leña que se recogía de escardar los árboles de la huerta, estaba hecha con tablas. Hubo un año que la cosecha de fruta fue bastante buena y arreglaron la casa, levantaron los techos de la vivienda e hicieron una cocina nueva. Al final de la misma estaba el retrete, que ante la carencia de agua corriente y desagües, los excrementos iban a parar a un pozo ciego, -como lo había en la mayoría de las casas- y cada año se vaciaba utilizando su contenido como basura-abono para fertilizar la huerta.

Teatro leído: “Llama un inspector”

Joaquín creció y no tuvo más remedio que echar una mano a su padre en la huerta, así no sólo aprendió todas las tareas pertinentes ("majencar", hacer caballones, sembrar, regar, etc.) También, y fue la primera tarea que hacía fuera de la escuela, iba a coger hierba para los animales que tenían en casa: una cabra, cerdos, gallinas y conejos, sobre todo para estos últimos, a veces lo hacía con la tía de su padre, Antonia, la madre de Senén. Al igual ocurrió con su hermana Lola que, nada más pudo, comenzó a trabajar en la fábrica de D. Salvador Escrivá, pues toda ayuda al peculio de la familia siempre venía muy bien.

Hay una anécdota que posiblemente ni la familia recuerde, y es que, a Joaquín le gustaba mucho cantar, para ello

La famosa Peña "El Mono"

elegía un sitio muy peculiar, digo peculiar, porque muchas personas lo hacen en la ducha, pero él, lo hacía cada vez que iba al wáter, se arrancaba con todas sus ganas, desgranando una tras otra todas las canciones que se sabía. En 1960 vino al mundo el tercer hijo del matrimonio, en este caso fue una niña, Encarnita.

Apenas acabó en la escuela, nunca salió a estudiar del pueblo, como solían hacer algunos, que se marchaban a

Murcia, incluso se apuntaban en alguna academia de Alcantarilla o Molina del Segura. Hizo el bachiller, incluso estudió toda la carrera de Magisterio, con D. Valentín, el hermano de la también maestra, Dª María Casilda, la mujer de Modesto, que tenía su academia montada en la vivienda familiar, encima del "Bar Universal". Con Joaquín, estudiaban el bachiller entre otros, Pepe de la Mari, Paco Sánchez "el Longino", Marisol Navarro Seguí, hija del practicante y cartero, Celso Navarro que hizo la carrera de médico.

Lógicamente como todo joven de nuestro pueblo, Joaquín tenía sus amigos, Pepe "el Viudo" y Carlos, entre otros, con los que solía salir a pasear por las sendas y caminos de la huerta; entraban por el callejón de Andrés de la Luz – el que va del aparcamiento del Mercadona a la calle Mayor- y por una senda llegaban a la estación del tren, desde allí atravesaban la huerta llegando al camino donde se encuentra el restaurante "Pacorrín", ya que allí vivía Carlos. Durante el trayecto,

siempre había algo que coger de la rica huerta, cuando no eran unos albaricoques o melocotones, eran unas ciruelas o unas habas, etc. según la época del año. Cuando llegaban, los amigos participaban en toda clase de juegos, -la calabaza, el pijotón, el pídola, los gallolfos, las canicas, etc., casi todos desaparecidos en la actualidad, ya que los niños y la juventud actual se entretienen y ocupan sus ratos de ocio de una forma

diferente, sobre todo en las nuevas tecnologías. También se entretenían a veces en la propia academia, pues cuando D. Valentín compró el televisor, -uno de los primeros que llegó al pueblo-, que tenía instalado en una salita, junto al aula de estudios, donde se encontraba el mirador que daba a la calle en su fachada principal, éste, les llevaba a verla y allí pasaban un buen rato. Entonces no se podía pensar que años después se le denominara "la caja tonta", por la falta de contenido en la mayoría de sus programas. Pues en aquellos años era como un pequeño "milagro", que podías ver, sentado cómodamente en tu propia casa.

Otro de los pocos entretenimientos del pueblo era precisamente el cine, cuando se ponían tres películas y la entraba costaba una peseta, muchos vecinos se pasaban la tarde entera, soñando y dejándose querer, sobre todo algunas parejas que se ponían en la última fila, pegados a la pared, para que nadie les controlara. Pero los años pasaron y, en un municipio apacible como lo era Las Torres de Cotillas, donde parecía que nunca se cocía nada, amén de cuando algún vecino se llevaba la novia a los Baños de Mula, existió, -en la década de los setenta-, una peña muy peculiar que traía de cabeza a más de una persona del pueblo. Seguro que se estarán preguntando qué ocurría con ellos, pues digamos que eran una "pandilla" de avanzados y modernos, la mayoría estudiantes, -alguno universitario-, por lo que su mente era mucho más abierta que el resto de jóvenes que, aún se sorprendían, incluso algunos se escandalizaban con alguna de sus actuaciones y

Joaquín Cantero en el ayuntamiento

salidas. Me refiero a la famosa "Peña del Mono". El nombre se lo pusieron porque una de sus componentes, siempre iba cargada con un mono de peluche que había ganado en una caseta de tiro, de las que entonces venían a la fiesta del pueblo.

El motivo del "escándalo" no era otro que el reunirse para hacer guateques con un tocadiscos ("picú") en casa de alguno de sus componentes, -normalmente en casa de Carrillo-, más que nada por el estupendo salón que tenían para bailar –después formó parte de uno de los cines Carrillo- implicados, además de los Carrillo, Joaquín Cantero, Santi Sarabia, Antonio Belchí, José Mari Bermejo "el sastre", Jesús Martínez "el Misindo", Paquita de "la Basilisa", Gonzalo Sarabia, Perico del "Techo Bajo", Perico y Mari Carmen Contreras, hijos de "Ranco", Juan de "la María Domingo", etc. Estos lo pasaban fenomenal y no hacían mal a nadie. Cuando juntaban unos pocos ahorros, Juan se encargaba de comprar los discos de moda (Dúo Dinámico, Elvis Presley, Jimmy Fontana, Los 5 Latinos, Paul Anka, Los Sirventons, etc.), en "Ritmo", (la tienda de música inaugurada el 7 de Febrero de 1942 en el nº 7 de la calle Sociedad de Murcia) además de ser el depositario del tocadiscos. Otro de los motivos era que, alguna de las chicas, como "modernas" se atrevía a fumar de vez en cuando algún pitillo y, claro, en esos años, tanto el baile como que fumaran las mujeres, eran cosa del "demonio" y, por supuesto, catalogado como un pecado mortal, por lo que al parecer, requerían ser exorcizados semanalmente.

De eso se encargaba D. Rafael, el cura, pues por mucho tiempo fueron la piedra de toque en sus sermones de los domingos: "Esas ovejas perdidas, fuera del redil familiar, con esas faldas tan cortas, se dejan llevar en los brazos libidinosos del pecado, se olvidan de todo lo bueno y, Satanás, los envuelve en sus oscuras redes lascivas, haciéndolos caer en la tentación, antesala del infierno, donde sus almas arderán eternamente. Y, -añadía-, no quiero señalar a nadie, pero están todos sentados, en el segundo banco de la izquierda".

Lógicamente, medio pueblo que asistía a la misa mayor, se volvía para mirarlos. En una ocasión, una de las componentes se acercó al altar y el cura le negó la comunión, alegando que se había atrevido a ir a "tomar el Señor", sin llevar medias. Esta, ni corta ni perezosa, se levantó la falda y le demostró que sí llevaba, (eran medias de "cristal" sin costura). Es un pequeño detalle, para apreciar de qué manera, el cura, "controlaba" a todos y todo cuanto sucedía en el pueblo.

Cuando acababa la misa solían ir a casa de Cristóbal de Carrillo, y su padre siempre les preguntaba: "¿Qué, hoy que os ha dicho?, ya que daba por hecho que no había domingo que se escaparan del juicio y condena de D. Rafael. Claro,... que ellos siempre actuaban de forma contraria: si él decía blanco, ellos hacían negro, y al revés, por eso en el sermón dominical hablar de la "Peña del mono" fue un tema fijo a tratar durante mucho tiempo. Como la gente ya sabía de lo que iba y se hacía tan pesado, durante el tiempo que duraba éste, la mayoría de los hombres se salían a la puerta a fumar y, un día, se bajó del altar y parándose junto a la puerta de salida dijo:" De aquí no sale nadie, el que lo haga, a esta Iglesia no entra más". Antonio Belchí, hasta que se fue a Madrid, se llevó más de un disgusto con el cura, ya que era el que le plantaba cara. Tras la misa iba a la sacristía y allí lo esperaba para reclamarle sus palabras. Uno de esos días, unas mujeres que también le estaban esperando, al verlo, le dijeron: "Nene, hijo, no le digas

Recibiendo un premio

esas cosas, no ves que es el Sr. cura". A lo que este respondió: "Ni cura, ni nada, esta vez me va a oír".

Un día de la fiesta de la Cruz, en el bajo de Pepe Carrillo, - actuales instalaciones de la Policía Local de Las Torres-, donde la peña, también se reunía a veces, mandó parar el trono de la Cruz en la puerta, para que todos los fieles que iban en las filas de la procesión, pidieran por las almas perdidas de los que allí se reunían a bailar. Hasta ahí llegó la "fama" de la Peña del Mono. Estos tenía un grupo de amigos en Ceutí que compartían sus mismas inquietudes y que solían intercambiar

De boda con los amigos

visitas con alguna frecuencia. Lo cierto y verdad es que la controvertida figura de D. Rafael Fernández Herrera, no pasaba desapercibida, pues era todo un carácter, con un genio de "los mil demonios". Tenía como modelo al Santo Cura de Ars (Juan María Vianney, 1786 – 1859, famoso por sus diálogos con Dios y con el diablo), al que quería parecerse, pensando que amenazando con castigos del infierno y penitencias, redimiría a las pobres almas de los pecadores de este pueblo, pero por otro lado, cierto es que se desvivió por ayudar a muchísima gente que en esos años pasaba verdaderas penurias, colocando tanto

en Renfe como en la Guardia Civil, a muchos mozos de Las Torres de Cotillas. La gran labor social que llevó a cabo, fue la parte más positiva a tener en cuenta sobre su persona.

Cuando Joaquín acabó el Bachiller, comenzó Magisterio de por libre en la misma academia de D. Valentín Buendía, para ello necesitaba un certificado de buena conducta y D. Rafael se lo negó, pues ser miembro de la "Peña del Mono", según él, no era precisamente tener una conducta adecuada, después se retractó y lo firmó. Con él estudiaron la carrera Luis Sandoval Fernández, hermano de María, la mujer de Antonio Alegría y, Gonzalo Sarabia Almeida, el hijo de Francisco Sarabia. Tan solo acudían a Murcia a realizar los exámenes que, entonces se hacían en la Plaza de Fontes, junto a la actual Filmoteca Regional Paco Rabal de la capital.

Mientras tanto, junto a otros componentes de la peña, se implicaban en las fiestas patronales, pues era una manera de estar en ellas sin gastar ni un céntimo, haciendo y participando en el desfile de carrozas, atracción principal, junto a los cantantes que traían a las verbenas de las fiestas. También eran muy dados a celebrar comidas y meriendas en el campo, pues si en los eventos que participaban sobraba algún dinero, la

Celebrando San Antón

mejor forma de gastarlo era de esa manera. No perjudicaban a nadie y lo pasaban de "muerte", pues se divertían y reían hasta acabar exhaustos. El año que la peña hacía carroza, la comisión de festejos les regalaba las entradas para la verbena, (primeramente se celebraban en el "Corralón del tío Carrillo" y más tarde pasaron al patio de las escuelas, justo donde actualmente se encuentra el colegio Valentín Buendía). Los artífices de la primera carroza fueron Rafael "de la carne" y Antonio "de la acequia", que la montaron en el bajo de Perico "el Ranco". Se trataba de un tronco de árbol, en el que había posado un pájaro, -como figura central-, con dos mariposas laterales y un perro entre ambas. Ese año compitieron con una carroza que trajo de los talleres de Conte en Murcia, Fernando Beltrán, ésta representaba una gran cigala a la que le dieron el primer premio. Ellos, indignados por no haber estado hecha en el pueblo, protestaron al siguiente año participando con una bastante deslavazada que representaba el castillo de Drácula, donde todos iban vestidos con sábanas blancas, a modo de fantasmas. La peña siguió participando varios años más en los desfiles, pues aquéllos, se pueden considerar como los años dorados de las carrozas, ya que participaban casi todos los barrios del pueblo: Los Cortijos, Los Pulpites, La Loma y, algún que otro grupo más en el centro del pueblo. Fue muy meritorio confeccionar, apenas sin dinero, algunas carrozas que fueron verdaderas obras de arte manual.

En aquellos años también se fundó la Cofradía del Cristo Crucificado, fue un nuevo aliciente para muchos jóvenes del pueblo, aunque el primer año hubo muy pocos nazarenos. Como no había dinero se compró una tela negra muy sencilla para las túnicas que, ni siquiera tenían capa como las de las otras cofradías, el cinto era una simple cuerda de pita con unos nudos a modo de los frailes y, el capirote, sin adornos ni bordados de ningún tipo, el trono era de lo más simple y, las flores para arreglarlo, se cogían del patio de D. Ángel Palazón, ya que su mujer era la "Camarera del Cristo", aunque la noche

de Jueves Santo, cuando todo el mundo se marchaba de la Iglesia, y los tronos ya estaban preparados para la procesión del viernes por la mañana, algunos de sus miembros cogían flores de los otros tronos para que luciera más el suyo. Eso sí, los que integraban la cofradía eran jóvenes muy emprendedores, pero, con más ideas que soluciones.

Una de las formas de conseguir dinero fue el teatro. Los integrantes de la primera Junta Directiva, formada por Juan Antonio Fernández, "Balanza", Joaquín Cantero, Faustino Fernández, Juan de María Domingo y Cristóbal Carrillo, acordaron de que sería una buena solución. Años atrás, el "Tío Manuel", padre de Rafaela Hernández Fuentes (La Rafaela), dirigía un grupo con el que hacía festivales benéficos, donde representaban entre otras "El guitarrico", -zarzuela de solo un acto- del compositor Agustín Pérez Soriano, así como bailes regionales típicos de la huerta que ponían en escena en el "Salón Carrillo", de la entonces calle del Teatro, dedicando el dinero de la recaudación a varias obras sociales. Ellos pensaron en hacer algo parecido, pero contando para ello con todo un experto, Juan Baño, que se mostró encantado con la idea, ya que desde hacía tiempo no montaba ninguna obra. El 18 de Junio de1966 se hizo la primera "Velada Artística" en el Cine de Carrillo, con la puesta en escena de las obras de teatro "El mancebo que casó con mujer brava" de Alejandro Casona, y "¡No más muchachos!" de Manuel Bretón de los Herreros. Entre las dos obras, amenizaron la velada Manolo Almela y sus guitarras, el ballet montado para la ocasión, donde participaban una docena de muchachitas encantadoras, (Sole López, Loli Contreras,

Día de votación (Foto: José Férez)

Joaquina Vicente, Juana Mª Aragón, Pepita Dólera, Carmen Jara, Rosalía Rubio, Antoñita Sandoval, Vicenta Baño, Consuelo Aráez y Consuelo Martínez) que no solo bailaban las coreografías preparadas por Antonio Hernández Lozano para dicho evento, sino que algunas de ellas, cantaron temas muy conocidos como: Banderita, Cartagenera, Flor de té, etc. La recaudación fue integra para la Cofradía del Cristo Crucificado.

La siguiente velada se preparó para el 5 de Noviembre de ese mismo año en el mismo escenario, con la comedia en dos actos de Miguel Ramos Carrión y Vital Aza "Robo en despoblado" que, presentó Joaquín Cantero, acompañado de Consuelo Galván y Mª del Pilar Arnaldos. A partir de ese año, con las funciones de teatro, la Cofradía del Cristo tenía sufragados los gastos, siguiendo su andadura hasta la actualidad. Digamos que de forma indirecta, sus primeros componentes se vieron involucrados de lleno en casi todas las obras de teatro que surgieron a través de los sucesivos años. Por supuesto que Joaquín Cantero, fue uno de los primeros y, aunque no participó como actor en todas ellas, sí que fue el mejor apuntador y ayudante de dirección que siempre tuvo el grupo.

Las representaciones dejaron de llamarse "Veladas Artísticas", para tomar nombre propio: "Grupo de Teatro Juan Baño" (TEJUBA), en honor a su director. Otras obras representadas fueron: "La Malquerida", de Jacinto Benavente; "El Prendimiento", del malagueño Enrique Zumel –es la obra por excelencia más representada en Las Torres de Cotillas, donde con seguridad, han figurado como actores, en alguna de sus representaciones, la mayoría de los vecinos del municipio-; "Adoración de los Santos Reyes y degollación de inocentes", de autor desconocido; "Un drama de Calderón", de Muñoz Seca y Pedro Pérez; "Las aceitunas" y "Cornudo y contento" ambas de Lope de Rueda; "La tercera palabra" de Alejandro Casona", entre otras muchas más.

En todos sitios ocurren anécdotas y en estas representaciones no iba a ser menos, sobre todo durante los ensayos que, normalmente se hacían en el salón parroquial. En la preparación de "Robo en despoblado", uno de los protagonistas saltaba por encina de un banco, simulando la ventana de una casa en el campo, con tan mala suerte que tropezó y cayó de cabeza por el agujero de la concha del

Representación en Alcantarilla

apuntador. Afortunadamente no le ocurrió nada, tan solo que pasados algunos meses, los que acudían a los ensayos, solo con mirarse a los ojos se tronchaban de la risa. Hay que resaltar que las primeras cortinas y telones de fondo para arreglo del escenario, se formaba con las sábanas que cada actor se llevaba de su casa.

Muchas hubieron también durante los ensayos del Prendimiento; como los papeles eran tan largos, no todos los actores se los aprendían y, Juan Baño les decía que estuviesen atentos a la voz de Cantero que iba por delante apuntándoles, si uno se callaba o se equivocaba, el que esperaba la terminación para comenzar él, confundido, ya no sabía que decir, formándose a veces un verdadero guirigay. El Prendimiento de 1968, contó en su elenco de artistas con una muy especial, era

una pobre burra que se utilizó para la entrada de Jesús en Jerusalén y que costó Dios y ayuda el poderla subir al escenario, el cual sembró de boñigas nada más abrirse el telón. ¿Serían los nervios del estreno? En el Auto de los Reyes Magos, Cantero quiso hacer de Herodes, ya que de repetirlo tantas veces como apuntador, el papel se lo tenía más que aprendido. Comenzó su actuación estupendamente, pero hubo un momento en el que antes de seguir quiso regodearse y, levantándose del trono, miraba al público muy seguro de sí mismo, dando una vuelta sobre el escenario. Juan Baño, al ver que no hablaba, pensó que había olvidado el papel y le cerró las cortinas. Cantero se quedó a cuadros y, ese año, Herodes, no acabó su intervención.

Otro año que se celebró en el cine de Escrivá, había tantísima gente, que algunos de los asistentes se subieron al escenario y bajaron los bancos que estaban preparados para que

Representación de "El Prendimiento"

se sentaran los apóstoles en el acto de la cena. No se pueden imaginar la que se armó, pues la gente no quería levantarse y, a punto estuvo "Jesús" de celebrar su última la cena, con todos los apóstoles de pie. En la única representación que se hizo de "El Niño perdido y hallado en el templo", de P. Enrique Cases, Emilio Pérez Vicente –en ese momento tenía doce años-

daba vida a Jesús y, en una escena, aparecía atado con una cuerda (ésta estaba preparada y con solo tirar de una punta se soltaba), pues, nadie supo cómo el "Niño" se las ingenió para liarse con ella, de tal manera, que tuvieron que cerrar las cortinas y se las vieron negras para poderlo soltar. En otra escena, Juan Antonio "Balanza" tampoco se aclaraba con el papel que representaba, y por no quedar callado le dijo al Niño: "¡Oye nene!, ¿dónde está tu paire?", a éste no le sonaba la pregunta y se calló. Total, hubo que cerrar de nuevo las cortinas. Juan Baño y Cantero estaban indignados; lo gracioso fue que al terminar la representación, la gente aplaudía como enfebrecida y todo fueron felicitaciones para todo el mundo. Una respuesta a un fiasco verdaderamente insólita.

Joaquín Cantero hizo algunos personajes en ciertas obras de las representadas, porque su cometido desde el principio, fue el de apuntador y ayudante de Juan Baño: En "La degollación de los inocentes" en 1967, hizo el papel de centurión; ese mismo año, fue el tío Eusebio en "La Malquerida"; en 1970 encarnó a Luis, en "Un drama de Calderón"; Aloxa en "Las Aceitunas" y a Lucio en "Cornudo y contento". En 1975 dio vida a Germán en "La casa de los siete balcones", también fue Herodes en el Auto Sacramental de los Reyes Magos y, Poncio Pilatos y Caifás, en dos representaciones del Prendimiento.

En "la mili"

Joaquín acabó la carrera a falta de una sola asignatura, pero el profesor

que le tenía que examinar le dijo que, como no se inscribiera oficialmente le sería difícil sacarla. Así lo hizo, estuvo yendo a Murcia durante el curso entero y al final la aprobó. Nada más acabar la carrera se marchó al servicio militar; primero estuvo en Rabasa –Alicante- y luego, fue destinado a Transmisiones, al cuartel de Los Dolores en Cartagena. La mili para él fue como un paréntesis en su vida, tenía que pasarla y no quería complicaciones. Los mismos compañeros le increpaban alguna vez por conformarse con todo, y él se lo decía: "Me da igual blanco que negro, solo espero que pase pronto y de la mejor manera". Durante el periodo de instrucción en Rabasa, a las dos semanas de haberse incorporado, le visitó su padre junto a Antonio Belchí, y se quedaron de piedra al ver lo desmejorado que estaba. No soportaba la comida y nada más entrar al comedor, el olor de la comida le daban nauseas, pero se propuso superarlo y lo consiguió. Después incluso le gustó, ya que la comida era abundante y estaba bien condimentada. Eso sí, por miedo a la fregaza, no iba a cenar por la noche y, junto a otros compañeros, se apañaban en la cantina: una buena ensalada, unas latas de atún y unos chatos de vino.

En el cuartel de Los Dolores, la vida era de lo más monótono todos los días más o menos igual: Instrucción, gimnasia, después hacían grupos con los aparatos de transmitir y se llamaban entre ellos, para que les pasaran con tal o cual mando. Tan solo hubo una cosa, como a Joaquín le nombraron Cabo y seguía callándose a todo, le llovieron las guardias, las salidas de marcha, tanto de día como de noche y cómo no, las famosas maniobras. Como tenían que tener el cuartel limpio, mandaba a que barrieran las hojas que cubrían el suelo y, uno de los compañeros le decía: "¿Nos lo mandas como Cabo o como amigo?" "Como amigo" –les respondía- "Si es así, vale". El reemplazo que se licenciaba antes que el suyo, cometió algunas faltas y los reengancharon un par de meses más, esto les sirvió a ellos de aviso, y cuando les tocó, salieron disparados, pues por fin todo había acabado.

Cuando regresó al pueblo, como no tenía empleo, estuvo cerca de dos años dando clase de cultura general en la academia de D. Ángel Palazón, tras los cuales, D. Pedro Fernández, el médico del pueblo que entonces ocupaba el puesto de alcalde, le propuso entrar a formar parte de la plantilla del Ayuntamiento como Auxiliar Administrativo. Entonces trabajaban en él, José María Belchí Martínez, Perico Dólera, (del "Techo Bajo") Benjamín Marín Fernández, Pedro Jiménez, Carlos Valverde Barquero, Antonio Cantero, -su padre- y Miguel Almagro.

Joaquín tenía en mente permanecer en su puesto en el Ayuntamiento hasta que le concedieran alguna escuela, que de hecho había solicitado, comenzando en su nuevo trabajo por encargarse de confeccionar los recibos del agua, incluso ayudaba en los empadronamientos, etc. Pasó aproximadamente año y medio, y un día recibió una carta de la Delegación en Murcia, donde le proponían hacer un curso completo, como maestro interino en Águilas; cuando se lo comunicó al Alcalde, éste, que no quería que se fuese, le prometió una subida de sueldo, pero el Director del colegio le

Joaquín Cantero de futbolista

dijo: “Mira Joaquín, tú tienes una carrera y, para estar metido aquí… En fin, tu haz lo que quieras”. Aquellas palabras le animaron y decidió aceptar ir a Águilas. Ese año lo recuerda Joaquín como “extraordinario en todos los aspectos”.

El Colegio Comarcal Francisco Franco, recién inaugurado, acogió ese curso (1970-1971) a seis maestros interinos, todos jóvenes. La mayoría de los niños que iban al colegio provenían del campo, de las cuevas y de las viviendas sociales construidas en el pueblo. Había unos pisos que ofrecían de vivienda a los maestros que les vino muy bien, pues en vez de ir a una pensión y gastarse el dinero, cuatro de ellos decidieron quedarse en el bajo que había quedado desocupado. Cada uno se llevó una cama y se instalaron en las tres habitaciones que tenía el piso, el cuarto, lo hizo en el salón-comedor, -éste no lo utilizaban porque se quedaban a comer en el comedor escolar-, tenían en común la cocina y el baño. Los tres compañeros de Joaquín eran Valentín de Moratalla, Antonio de Ceutí y José Luis de Orihuela. Los nuevos maestros congeniaron entre ellos y se llevaban de maravilla, pues estaban a una y se apoyaban en todo y, no solo se llevaban bien entre ellos, sino con el resto de maestros y maestras,

Con sus alumnos

casados o no, pues éstos, al ver que eran unos jóvenes sanos y muy alegres, también se unía a ellos, bajaban a su casa y jugaban a la baraja, y alguna que otra noche salían a pasar un buen rato a una cafetería de la Plaza de España, donde se encuentra la popular fuente de "La Pava de la Balsa".

Como se quedaban a comer en el colegio, la cocinera, al verlos tan jóvenes, los sobrealimentaba y, la directora, le decía: "Mire, está bien que los alimente, pero no me los engorde". "Y qué voy a hacer -respondía- si les pongo un trozo de tortilla y se lo comen, pues les pongo otro". Uno de sus compañeros, Valentín, le dijo que nunca se había emborrachado y quería experimentar qué se sentía, se metió en la cama y se puso a beber el vino que había comprado, mientras Joaquín, sentado a los pies de la misma, hacía guardia por si le pasaba algo. Este cogió una cogorza de "órdago y campanillas", luego estaba que se moría, vomitando cuanto había ingerido. La única solución era aguantar a que se le pasase la "mona". Después, cada vez que le decían de beber, contestaba que fue suficiente con la experiencia sufrida. Una de las maestras que quería ir a la Universidad, por no perderse las salidas y celebraciones del grupo, pensó dejarlo para otro año, convencida de que no haría nada. Otra de ellas se casó ese año y, todos los maestros se apuntaron a la despedida de soltero del novio; lo pasaron fenomenal, acabando la fiesta bastante contentos, con un baño en la playa a las tres de la madrugada.

Llegó el Carnaval, -entonces no era tan espectacular como lo es en la actualidad, aunque sí había desfile de comparsas- Se hacía un baile en el Casino y los asistentes se disfrazaban para la ocasión, eso sí, era obligado bailar si alguien lo solicitaba, fuese con disfraz o sin él. Joaquín no se disfrazó, alegaba que nunca lo había hecho, -ni siquiera de pequeño- porque no le gustaba. Sin embargo, se reunieron las maestras con la intención de disfrazar de mujeres a los otros compañeros, lo consiguieron con José Luis y Valentín, los maquillaron tan bien que parecían auténticas mujeres y nadie

les reconocía, hasta quisieron ligarse al primero, el ambiente se había caldeado con la "cuerva"-bebida típica del carnaval- y había un tío empeñado en bailar con él y, poco después, quería llevárselo a un bar a tomar unas copas. Joaquín le aconsejó que se quitase la ropa, por aquello de que "más vale prevenir que curar".

Cuando acabó el curso se despidieron con pena, pero así es la vida, tenían que volver a solicitar plaza y, al parecer, en aquel momento escaseaban. Joaquín veía que pasaba el tiempo y no lo llamaban de ningún sitio. Un día leyendo el periódico descubrió una noticia en la que precisaban maestros para Andalucía y no lo dudó un instante, escribió una carta y le contestaron con un telegrama diciéndole que, de aceptar, el nombramiento era inmediato. Respondió afirmativamente y, con otro telegrama, le comunicaron que había sido nombrado maestro en el pueblo sevillano de Coria del Río, (cuna de artistas, como la cantante Pastora Soler y la Miss España 1996, modelo y presentadora de televisión Mª José Suarez).

Joaquín se instaló en una pensión cercana al colegio, en el que se hizo cargo del curso de tercer grado de primaria (1971- 1972). Los chicos de ocho y nueve años eran bastante alegres y nunca faltaban las sevillanas a la entrada y salida de la clase. Ese año adelgazó tanto que, cuando vino a Las Torres por vacaciones, no lo reconocían. Él mismo desconoce el motivo, quizá por el orden estricto en las comidas o porque un compañero le invitaba de vez en cuando a tomar unos vinos y ya no cenaba. Con este compañero que era de Cumbres Mayores (Huelva), -un tío muy "echao palante"-, Joaquín tuvo la oportunidad de conocer varios lugares de dentro y fuera de la región, pues la mayoría de fines de semana, en vez de quedarse en la pensión o paseando por el pueblo, éste le decía: "¿Vamos a tomar café a Huelva?", Joaquín asombrado, le contestaba: "Chacho, ¿estás loco?". Cogían el coche y se plantaban en el lugar, así visitaron hasta Portugal, vieron Lisboa, Fátima, Estoril; muchas veces bajaban a Sevilla con un grupo de

maestras y otros dos maestros del pueblo, lo mismo iban al cine que a pasear y a tomar algo, todos lo pasaban muy bien.

Tras las vacaciones de Semana Santa, Joaquín volvió a Coria a punto de comenzar la famosa Feria de Sevilla. Durante los días que duraba la Feria, no tenían clase por la tarde y un día, después de comer, como estaba tan cerca, pensó ir a dar una vuelta y conocerla. Dos horas después de caminar por el paseo de carruajes y, ver a la gente vestida, -tanto hombres como mujeres-, con el traje corto de montar y de faralaes –respectivamente-, éste se volvió al pueblo un tanto desencantado, pues creía que la feria sería otra cosa. Uno de los maestros de Coria que se la sabía al dedillo, le preguntó si ya la conocía y, al contarle la experiencia que tuvo, le dijo: "no te preocupes, yo te voy a enseñar lo que es la feria, porque para conocerla hay que vivirla dentro". Bajaron por la tarde, con un grupo de maestros y maestras del colegio y, primeramente se fueron a cenar, donde le sirvieron a cada uno medio pollo que, regado con el vino oportuno, les puso a tono para entrar a la feria. El de Coria bailaba muy bien las sevillanas y conocía a muchas personas que estaban en las casetas. Entraban a una, bailaba un par de ellas, se tomaban unas "manzanillas" (vino, no infusión) e iban entrando en el auténtico mundo de la feria. Joaquín empezó a cambiar la opinión que tenía al respecto, ya no era la cosa tan aburrida, pues al final todo el grupo acabó cantando y bailando muy contentos. Por esas cosas del azar, se encontró con Pepe López, -el hermano de Sole- que estudiaba en Sevilla y, tras cambiar impresiones se despidieron. El compañero le preguntó a Joaquín qué le había parecido la feria y, éste, mucho más optimista, dijo que lo había pasado muy bien. "Pues eso, es la Feria de Sevilla".

Tras el curso en Coria, Joaquín buscaba conseguir un destino más cercano a Murcia, pero en la región no había plazas, pidiendo información en Alicante y allí le destinaron al pequeño pueblo de Planes, en el condado de Concentaina, al norte de la provincia de Alicante, de blancas casas y empinadas

calles, conocido como la capital de la cereza, con "Denominación de Origen", concedido por la Generalitat. A la entrada del pueblo había un gran cartel que lo anuncia, con un slogan en valenciano: "Planes, ¡Che, que sireles!". En el colegio compartía con dos maestras, una de ellas, quizá por la edad, un tanto maternal, que siempre les advertía y aconsejaba sobre lo más conveniente, para el buen desarrollo de las clases. Él se encargó de los alumnos que cursaban 5º, 6º, 7º y 8º (1972-9173). Aunque tras el fin de semana que disfrutaba en casa, con su familia. La vuelta era toda una aventura, -ya que no tenía coche-, aliviada por el cariño de sus buenos amigos -a los que está enormemente agradecido-, José Carrillo Cifuentes,

Condecoración a Juan Baño

"Pepe el viudo" y Ascensión Ponce Barquero, "La Ascensionica", su mujer, que vivían en una barriada de Alicante. Los domingos por la noche se iba con ellos, incluso cenaba y dormía en su casa y, el lunes por la mañana, cogía el autobús hasta Alcoy, donde hacía transbordo para ir a Planes.

Como en sus anteriores destinos, Joaquín disfrutó de la estancia en Planes, pues debido a su extrovertido carácter siempre hacía muy "buenas migas" con todo el mundo. Junto a un grupo de amigos, entre los que se encontraba el joven cura del pueblo, (cura obrero) que trabajaba fuera de las funciones

que desarrollaba en la Iglesia, iban de excursión a otros pueblos cercanos, al bar o a la discoteca y lo pasaban fenomenal. Cuando la música era movida, todos salían a la pista a bailar, cura incluido, pero a la hora de sonar las canciones "lentas", éste desaparecía, era una forma de evitar "las tentaciones" y "el qué dirán", ya que pese a su juventud, era una persona íntegra. Todos los pueblos de la provincia de Alicante, por grandes o pequeños que sean, tienen su propia banda de música y, el día del Corpus, despertaban al pueblo con sus alegres pasacalles, recogían al alcalde, al maestro y al cura, luego a los niños que hacían la primera comunión y todos juntos se encaminaban a la Iglesia para la celebración de la misa. Joaquín se resistía, pero le dijeron que era tradición en el pueblo y como maestro no se pudo negar.

Ante el nuevo curso y la carencia de plazas en Murcia, volvió a solicitarla en Alicante, asignándole una en Crevillente. Este curso (1973-1974) para no ser menos que los anteriores, también fue estupendo, Joaquín se reencontró con los dos maestros que compartió casa en su primer destino, Valentín de Moratalla y José Luis de Orihuela. En esta ocasión acordó con Valentín que, en vez de ir a una pensión, alquilaran un pequeño chalet a las afueras de la ciudad. Durante ese curso, Joaquín pasó todos los fines de semana en Las Torres de Cotillas.

El colegio era un edificio antiguo dedicado a otras funciones que después fue remozado y reconvertido. Como en otras ocasiones, comía en el comedor escolar, pero las cenas las hacía junto a otros compañeros y un grupo de maestras, que solían preparar el menú de la cena: unas tortillas de alcachofa y natillas de postre. También solían hacer excursiones a distintos lugares. En la celebración del "Día del Maestro" prepararon distintos actos: nombraron a una de las maestras reina del evento y le impusieron una banda confeccionada con papel higiénico, eso sí, muy bien decorada con los dibujos de José Luis, gran experto en tales menesteres. También jugaron un partido de fútbol entre los maestros y ésta fue la primera y

única vez que Joaquín se vistió de futbolista, como testifica una foto tomada in situ. Dicho partido fue una auténtica fiesta, todos los participantes estaban deseando tener algún "accidente", por la parte compensatoria que tenían: Todo el que tocaba el suelo, era atendido por una de las maestras que le reanimaba con un pastel de carne y un trago de vino. ¡Claro!, así cualquiera ¿verdad?

Por fin consiguió plaza en el pueblo; el curso 1974-1975 lo pasó en el Colegio Cervantes, no solo le fue bien, sino que prácticamente estaba en casa con los suyos, familia, amigos, etc., eso es muy importante, aunque siempre es bueno salir y conocer cosas y gentes nuevas, ya que con ello se enriquece el patrimonio particular de cada persona. El curso tocó a su fin y al igual que decimos "año nuevo, vida nueva", ante él se presentó un curso, colegio y tierra nueva, en esta ocasión la plaza surgió en el colegio Feliciano Sánchez, en el Barrio Peral de la ciudad portuaria de Cartagena. África, la directora, era extraordinaria, y puso todo su interés para que Joaquín dejara de ser interino y preparara bien las oposiciones, hasta le buscó una academia para que aprendiera inglés. Durante el curso (1975-1976), Joaquín se hospedó en la casa de la conserje del colegio, esta tenía un hijo que estudiaba medicina fuera de la ciudad y Joaquín, ocupaba su habitación, menos los fines de semana que volvía a casa, y él regresaba a las Torres. Guarda unos recuerdos estupendos de estas personas que se portaron con él de maravilla.

En familia

Una de las tardes, tras las clases, bajó a la ciudad con unos compañeros a ver la película de Jorge Grau, "La trastienda" (1976) donde apareció el primer desnudo integral femenino (frontal) del cine español a cargo de la actriz, Mª José Cantudo. Todo el mundo permanecía en silencio en el cine y, tras aparecer la escena donde la actriz mostraba su anatomía como Dios la trajo al mundo, se escuchó una voz decir: "bueno, ya hemos visto lo que teníamos que ver, ya nos podemos ir". El cine en pleno estalló en una sonora carcajada, pues la película, aunque fue una de las más taquilleras del momento, era un verdadero bodrio.

El destino ya le tenía preparada la siguiente plaza a cubrir en el pueblo minero de La Unión donde estuvo durante el curso (1976-1977). Allí conoció a Asensio Sáez, todo un personaje en La Unión, (escritor, poeta, pintor, etc.) con el que asistió a diversos actos y participó en tertulias de "mesa-café". Estando en este lugar se convocaron oposiciones para cubrir unas plazas de Auxiliar Administrativo en el Ayuntamiento de Las Torres de Cotillas, y Joaquín, que ya pretendía a Juanita Sandoval Beltrán desde primeros de año, no quería casarse hasta conseguir un puesto estable, y ésta era una oportunidad para quedarse en el pueblo, por lo que decidió presentarse a ellas. Entre los candidatos, consiguieron plaza Joaquín Cantero y Pedro Manuel Robles.

Con sus dos hijas

Joaquín no lo pensó más y una vez conseguido su propósito, fijaron la fecha de la boda que se celebró en la Iglesia parroquial de la Virgen de la Salceda, en

Septiembre de1977. Por las mañanas ocupaba su puesto en el Ayuntamiento, y por la tarde se sacaba un sobresueldo cobrando los recibos del agua del Taibilla

Cantero permaneció en el Ayuntamiento durante siete años (1977-1983). En ese periodo de tiempo ocurrieron muchas cosas, pero de seguro las más importantes fueron el nacimiento de sus dos hijas, María Almudena, el 4 de Julio de 1978, y Antonia del Amor, el 3 de Abril de 1980. En esa época, Juanita también trabajaba en la fábrica de conservas de su tío Fernando Beltrán y, aunque se tomó el permiso correspondiente, apenas dejó de trabajar, ya que su madre se hacía cargo del bebé, hasta que nació su segunda hija y definitivamente lo tuvo que dejar.

Convocaron oposiciones restringidas y para acceder a ellas se exigía una condición, tener tres años como interino. Joaquín que siempre le había encantado la enseñanza y añoraba los años dedicados a ella, le dio la noticia a su mujer que, conociéndole, enseguida le animó a presentarse a ellas. Este, después de siete años apartado de la enseñanza, tuvo que hacer una puesta a punto en ciertas materias. Tras el trabajo, todo el tiempo que le quedaba libre lo dedicaba a estudiar los veintiún temas exigidos y para que nada le perturbara, su mujer y Antonia, su suegra, se iban a pasear al parque con las niñas, incluso la última semana antes de presentarse a las oposiciones, ellas se marcharon a la playa quedándose solo. Por fin llegó el día del examen, que tuvo un final feliz, ya que lo aprobó, consiguiendo su primer destino como propietario provisional en la pedanía caravaqueña de Archivel, (17 kms. de Caravaca de la Cruz).

Joaquín dio por finalizado su trabajo en el Ayuntamiento, incorporándose enseguida a la escuela (1983-1984). El colegio era nuevo y había casas destinadas a los maestros, a él le dieron una que debajo tenía una guardería. Almudena estaba yendo al colegio del Divino Maestro y, como era difícil conseguir plaza, por no perderla, se quedó con sus tíos Andrés y Loli durante todo el curso. El matrimonio se fue

con la niña pequeña y la suegra. Allí hacía muchísimo frío y Antonio, el padre de Joaquín, les consiguió una buena estufa de leña que calentaba toda la casa.

El único problema es que había que salir a la terraza para ir al baño y a la ducha; ellos lo hacían, pero a la pequeña le calentaban agua y la bañaban dentro. Todo los fines de semana iba Andrés, -el hermano de Juanita- a ver a su madre y se llevaba a Almudena, así pasaron el primer curso. La gente del pueblo era estupenda y aún dejaban las puertas de sus casas abiertas, porque todos se respetaban y nunca ocurría nada. Cerca de la casa había una acequia que provenía de un

nacimiento de agua, y las mujeres iban a lavar; a veces, llamaban a Juanita para que se fuese con ellas y, pese a tener lavadora, de vez en cuando lo hacía.

La vida allí transcurría apaciblemente. Tras el desayuno en casa, Joaquín iba a la escuela, y tras las horas dedicadas a la enseñanza, siempre surgía un momento para ir a tomar otro café con algún compañero o mantener una buena tertulia. El curso llegó a su fin y, aunque el próximo destino fue

en el colegio Santo Domingo San Miguel de Mula, (1984-1985) ellos volvieron a las Torres de Cotillas, instalándose en el piso que la familia tiene en la Calle Bolivia, en el barrio de "las monjas". Entonces se desplazaba con el coche que era para él un verdadero trauma, hasta tal punto que los primeros días le tuvo que acompañar su mujer. Dejaban el coche a la entrada de la ciudad, y mientras él se iba a la escuela, Juanita se quedaba en el parque donde se entretenían con alguna labor de costura que se llevaba. El colegio se encontraba en obras, por lo que acudía solo por la mañana o por la tarde, pues en esta ocasión

Elenco del TEJUBA

se encargaba de la clase de educación física. Nada más empezaba el calor, dejaban el piso y se iban a la casa de su suegra que era más fresquita.

Después pasó tres cursos en Lorquí (1985-1988). Nuevamente vuelve al Colegio Cervantes de Las Torres de Cotillas (1988-1991), siendo a finales del año 1989 nombrado Juez de Paz, sucediendo en el cargo a D. Salvador Sandoval López. Entre muchas anécdotas ocurridas, hay una muy graciosa que ocurrió con una de las parejas que casó. Estos era

muy jóvenes y cuando el novio escuchó las palabras que les dirigía Joaquín: “Quieres contraer matrimonio y efectivamente lo celebras en este acto…”. El joven contestó: “no, no lo voy a celebrar, nos vamos a tomar unas cañas por ahí y ya está…”. Ya ven, real como la vida misma.

A Joaquín le dieron plaza definitiva en La Aljorra durante el curso 1991-1992, pero ocurrió una cosa curiosa, antes de acabar el curso le comunicaron de que su plaza la iban a suprimir, lo cual le entristeció de momento, pero cuando le explicaron de los beneficios que podía tener por ello, se alegró bastante, pues a la hora de elegir de nuevo disponía de los primeros puestos, eligiendo siempre lo más cercano a Las Torres. Nuevamente regresa al Colegio Cervantes, permaneciendo en él hasta finalizar el curso de1996.

1993 fue un año bastante duro para Joaquín y su familia, pues en cuestión de meses, sufrió la pérdida de dos de

En la Procesión como Juez de Paz

sus seres más queridos, sus padres, falleciendo su padre el 5 de Agosto y su madre en el mes de Noviembre.

Durante el curso (1996-1997) regresó a Lorquí. En esta ocasión fue al Instituto, pues quiso probar qué tal le iba en la enseñanza secundaria. Fue el año que en los colegios se suprimieron los cursos séptimo y octavo, pues los pasaron a los institutos. Fue una buena experiencia y tenía un horario de clases estupendo, pero echaba de menos la enseñanza en el colegio. Al curso siguiente (1997-1998) le destinaron a Ceutí, dependiendo siempre de donde quedaba una vacante.

Mientras tanto, sus hijas estudiaron hasta octavo en el Colegio Divino Maestro, realizando el Bachiller y COU en el CEU San Pablo de Molina de Segura. Después, Almudena comenzó la carrera de Derecho y aunque la dejó por un tiempo haciendo Filología Hispánica, la retomó después y la acabó. Mientras Antonia eligió la de Medicina, materializando su sueño de ser médico.

El curso 1998-1999, Joaquín impartió sus clases en el colegio San José de Las Torres de Cotillas, obteniendo la plaza definitiva en pueblo de Beniel, situado entre Murcia y Orihuela. Allí estuvo dos cursos (1999- 2001), tras los cuales, pidió Comisión de Servicios que se la concedieron por ser Juez de Paz, volviendo al colegio Cervantes durante el curso 2001-2002 donde ya se jubiló.

Durante todos estos años, a pesar de estar fuera del pueblo, Joaquín nunca olvidó ni dejó el teatro, pues aunque no estuviese tan implicado como al principio, cuando volvía los fines de semana o por vacaciones, siempre aportaba su granito de arena en los ensayos, incluso en la representación de alguna obra echando una mano a Juan Baño. También hubo un lapsus de cuatro o cinco años, ya que Juan no se encontraba bien de salud, pero una vez repuesto volvieron a ello, siendo la última obra que dirigió “La Casa de Bernarda Alba” de Federico García Lorca, muriendo en1989.

Tras la desaparición del querido y admirado director, hubo una pequeña reunión donde por unanimidad, se acordó que Joaquín Cantero siguiera en la brecha como director del TEJUBA. A pesar de la responsabilidad, éste no se amilanó y tiró como acostumbra, siempre "palante". Un ramillete de conocidas obras, fruto de famosos y consagrados autores jalonan su trabajo, destacando: "La tercera palabra" de Alejandro casona; "La casa de Bernarda Alba" de Federico García Lorca, que se repuso en homenaje a Juan Baño; estrenaron "Doña Clarines", de los Álvarez Quintero y "Don Juan Tenorio" de José Zorrilla; "Una casa de líos", de Álvaro Portes; "Bajarse al moro", de José Luis Alonso de Santos; "La Venganza de don Mendo", de Pedro Muñoz Seca; amén de las innumerables representaciones del Prendimiento y El Auto de los Reyes Magos, llevando también a escena la mayoría de sainetes de los hermanos Álvarez Quintero.

Vacaciones con su esposa

Por supuesto, todas las obras fueron estrenadas en nuestro pueblo, pero muchos fueron también los pueblos de la región que disfrutaron con su puesta en escena y sus interpretaciones: fragmentos de "El Prendimiento en, Tobarra (Albacete), Molina del Segura, Beniel, Alhama de Murcia. "El Auto de los Reyes Magos" en Totana y Alguazas. Muchos de los sainetes de los Álvarez Quintero ("Sangre gorda", "Ganas de reñir", "La pitanza" etc.) en varias pedanías de Hellín (Albacete). "La tercera palabra", en Alguazas, Cehegín, y San Javier. También "Una casa de líos" en Alguazas y Cehegín, "Bajarse al moro" en Alcantarilla y Alguazas, "Don Juan Tenorio" en Alguazas y "La venganza de Don mendo" en Cehegín y Alcantarilla.

Aunque director y actores del TEJUBA tienen rodaje y categoría para ser profesionales como la copa de un pino, -así lo demuestran los premios conseguidos en distintos certámenes de teatro que describiré a continuación-, Joaquín nunca se lo planteó y se sienten cómodos como simples "aficionados", eso sí, los aficionados con más años y méritos a cuestas de todos los grupos de teatro de la región de Murcia.

Repasemos los premios conseguidos: En 2006, "La Tercera palabra", obtuvo en el Certamen de teatro de Cehegín, el premio al "Mejor Espectáculo", y en el certamen de Alguazas, premio al "Mejor Grupo de Teatro" y a la "Mejor Actriz", Sole López. En 2007 se representa en el mismo certamen de Alguazas, "Don Juan Tenorio" ,y nuevamente, Sole López, consigue el premio a la "Mejor Actriz". En 2008, "Una casa de líos" se presenta en Cehegín, consiguiendo el premio al "Mejor Espectáculo" y en Alguazas consigue los premios al "Mejor Actor" y "Mejor Actriz" que recaen en

En Onda 92 Radio – Programa "Candilejas"

Fernando Abad y Sole López, respectivamente. En 2009 se lleva a Cehegín y Alguazas "La casa de Bernarda Alba", consiguiendo en el primer certamen el premio a "Mejor Actriz" que recae en Carmen Sandoval, y en el segundo, el de "Mejor

Actriz", para Consuelo Baños, y el de "Mejores actrices Segundarias" que recae en Isabel García y Quini Sarabia. En 2011, se estrena "La venganza de Don Mendo", que se lleva al Certamen de Teatro de Cehegín, consiguiendo tres premios: "Mejor Espectáculo", "Mejor Actor", Fernando Abad y "Mejor director", Joaquín Cantero.

Por supuesto, que Joaquín se siente más que orgulloso de su "familia del teatro" y, aunque cuenta con una buena cantera de futuros intérpretes (niños y niñas actores que van creciendo muy rápido), nunca cierra la puerta a cualquiera que, con amor y dedicación al teatro, le pida un papel en alguna de las obras que el Grupo TEJUBA represente en el futuro.

2010 fue un año muy importante en la vida de Joaquín por los varios reconocimientos a su persona.

El 22 de Julio de 2010, el Ayuntamiento torreño acordó nombrarle "Hijo Predilecto de la Villa", junto a la escritora Carmen Montero Medina y Francisco García García, presidente de la Peña L´ Almazara, como "Hijos Adoptivos" del pueblo, acto entrañable que se materializó el 25 de Febrero del 2011,

Nombrado "Hijo Predilecto" de Las Torres de Cotillas

en La Casa de la Cultura "Pedro Serna" de nuestro pueblo.

También, el 24 de Noviembre del mismo año, con motivo de la celebración del "Día del Maestro", se le rinde un sentido homenaje, poniendo al colegio nº 6 del barrio de los Pulpites, su nombre: "Colegio Maestro Joaquín Cantero", destinado a la enseñanza infantil y primaria, situado frente al I.E.S. "Salvador Sandoval" y junto al Centro de Atención a la Infancia (CAI) "Titina".

El sábado 29 de Mayo de 2011, junto a miembros del grupo TEJUBA, participó de "víctima" en el simulacro de terremoto que la ONGD "Bomberos en Acción" celebró en las naves de la fábrica de Pérez e Hijos, en el Carril de las Palmeras, justo detrás del nuevo Ayuntamiento de nuestro pueblo.

En la actualidad, Joaquín, imparable como siempre, no solo ejerce de esposo y padre, como cualquier cabeza de familia, también como Juez de Paz, Director del grupo de teatro TEJUBA; igualmente dirige el grupo de teatro del "Hogar de las personas mayores", ejerce como Vicepresidente del Cabildo Superior de Cofradías de la Semana Santa de Las Torres de Cotillas, los actos programados y presentación de los mismos, de la Asociación Literaria "Las Torres", dirige y conduce el programa "Candilejas", de Radio Cotillas, Onda 92, -la emisora municipal-. Además de repartir programas y citaciones de todos los actos culturales que se celebran en el pueblo, aún saca tiempo para ir un ratito a la huerta, para ir al

Con su mujer e hijas

cine, incluso hacer algún que otro viaje. Verdaderamente ¿creen que hay alguien que estire más las horas del día?

Espero que esta historia no les deje indiferentes y les acerque un poco más a esta inconfundible y entrañable persona, Joaquín Cantero Martínez que, al tiempo que disfruta de cuanto hace, se entrega y desvive por todo lo que tenga que ver con la cultura de nuestro querido pueblo, Las Torres de Cotillas.

SALVADOR SANDOVAL LÓPEZ

Escribir a estas alturas de una persona tan conocida y admirada en nuestro pueblo, como D. Salvador Sandoval López, no es fácil, se ha dicho tanto sobre él: de su magnífica obra poética, de los muchísimos y merecidos premios que ha cosechado a lo largo de su vida, de tantas y tantas cosas, que le han convertido en un verdadero icono, en un importante referente de nuestra literatura. Nadie que quiera conocer la historia, el pensamiento y sentimiento de las gentes de todo un pueblo, como lo es Las Torres de Cotillas, puede prescindir de la poesía de Salvador Sandoval, evocadora, emotiva y rezumando sentimientos por doquier.

Escribir sobre Salvador se ha convertido en todo un reto para mí, ya que no sé si mi humilde pluma estará a la altura para desgranar a través de estos retazos de su vida, la calidad humana de una buena persona, cercana y amiga, que late bajo la piel de nuestro querido y admirado poeta.

Salvador Sandoval Dólera, hombre intrépido y trabajador como el que más, desde bien joven sabía cómo

Padres y hermanos de Salvador Sandoval

buscarse el pan, por lo que tuvo varios oficios: trabajó duro en las minas de La Unión, en las faenas de la huerta, haciendo aljibes, incluso segó tanto en los campos de nuestro pueblo, como en los de La Mancha, donde destacó gracias a su gran destreza con la hoz, como "campeón de siega" y, en más de un sitio se lo rifaban porque era muy buen trabajador. Un día decidió buscarse un socio, "El Cartagenero" y montaron una yesería en la calle de la Iglesia, frente al horno de la Boticaria y Juan de Pío, aunque la familia que había formado con Antonia López Jiménez, seguía viviendo en una humilde casa, frente a las escuelas del barrio de Los Pulpites. El matrimonio ya tenía tres hijos: María, Pepe y Josefa y, su mujer, estaba de nuevo embarazada.

Buscaban la piedra en el campo, cerca de la ermita de Payá. Ponían unos barrenos y tras hacerlos estallar, la recogían y traían hasta la yesera en carros. Uno de los que la transportaban era Manuel "El Peseta". El proceso era el siguiente: metían la piedra en el horno para quemarla, la partían y, en su principio, la molían con grandes rulos de hierro tirados por animales, después instalaron un molino eléctrico. Salvador, para evitar el polvo en los ojos cuando molía la piedra, utilizaba unas gafas de piloto.

El yeso se vendía a granel, utilizando como medida el capazo. Cuando se trataba de una gran cantidad para utilizarlo en la construcción, lo servían con el carro. Como ocurrió en una ocasión con el padre de D. Salvador Escrivá, éste le pidió que le llevase un carro de yeso y lo dejara en el lugar que tenía por costumbre, ya que él se marchaba a Valencia. Salvador le conocía bien y sabía que era un hombre bastante desconfiado. Le preparó el carro y conforme echaba el yeso lo iba pisando, hasta que completó su capacidad. Al día siguiente, fue a descargarlo donde habían quedado. Este Sr. bajaba de su casa atándose los pantalones con la pretensión de pillarle, pues pensando que él no estaría, seguro que Salvador le llevaría menos yeso. Cuando vio el carro le dijo que iba menos de la

cantidad estipulada y quería que contase los capazos, pues solo pagaría los que traía. A Salvador no le importó. Lo que el Sr. no sabía era que al pisar el yeso, cabía mayor cantidad, cargando el doble, lo mismo que le tuvo que pagar. Una buena lección para tal desconfiado.

El 22 de Enero de 1928 vio la luz de este mundo su cuarto hijo, un niño al que pusieron el nombre de Salvador, como su padre. Desde bebé, Salvador crecía un poco frágil, pues su madre solo pudo darle el pecho hasta los cinco meses y éste no espabilaba mucho, pasaban los días y cada vez estaba más desmejorado. El médico decía a sus padres que no le diesen nada de comer, ya que su estómago era muy delicado y no admitía nada, incluso podía ponerse peor. Uno de los días, al regresar del trabajo, le preguntó a su mujer: "¿Cómo sigue el zagal?" Ella, bastante apenada, le contestó: "Más o menos igual, yo creo que se va a morir". Alguien iluminó a Salvador en aquel momento y dijo: "Mira mujer, si se va a morir, por lo menos que se muera harto, mata un polluelo y le das caldo". Fue como un milagro. El bebé reaccionó y allí se quedó su supuesta enfermedad, al parecer el pobre lo que tenía era hambre atrasada. Cuando recuerda este episodio, Salvador comenta que debe la vida a su padre por dos veces: la primera cuando lo engendró y la segunda, cuando pidió a su mujer que le matara el polluelo.

Salvador seminarista

Su infancia fue feliz dentro de la pobreza que se vivía en las casas del pueblo; quizás, por ser algo más delicado que el resto de sus hermanos, su madre no le perdía de vista y le llevaba a todos sitios cogido de su mano. De niño solo tenía un

pantalón, y el día que su madre los lavaba, se quedaba acostado en la cama hasta que secaban, y tras plancharlos se los volvía a poner. Entonces, muchos de los niños del pueblo iban descalzos y a medio vestir, pocos eran los juguetes que tenían en aquel tiempo y, también, muy pocas las casas por las que pasaban los Reyes Magos en Navidad. Pero en una ocasión, su padre fue a una feria y, a su hermano Juan Antonio y a él, les trajo unos caballos de cartón. Como críos, se pusieron muy contentos, pero a Salvador solo le duró una noche el preciado juguete; tan grande era la curiosidad por saber qué encerraba en su interior, que lo destripó para comprobarlo. También se entretenían jugando con una pelota de trapo.

Para Salvador, la infancia es la edad más bonita porque todo está mitificado y se idealiza. No se piensa en la muerte, es algo que se supone sumamente lejano, aunque a veces, desgraciadamente, se truncan las vidas de los niños apenas despiertan a ella.

Su padre compro al "Cartagenero" su parte en el negocio, y la familia se trasladó al pueblo en 1933 instalándose en la vivienda que había encima de la yesería. Salvador vivía feliz jugando por la calle, pero su padre compró un par de martillos de partir piedra para él y su hermano pequeño y, aunque no les hacía mucha gracia, era una forma de que estuviesen ocupados en algo. También los llevaba a los bancales que tenía en la huerta a quitar o coger hierba. Desde la primera vez que fue, tuvo claro que aquello no era lo suyo. Aunque Salvador le ponía voluntad, era más lento que su hermano en hacer las cosas que le mandaba su padre. Un día iban a subir a la estación del ferrocarril y a mitad de la cuesta, se le cayó la herramienta que llevaba, y su padre un tanto disgustado le dijo: "No puedes ni con cuatro onzas de humo". En otra ocasión fueron a la huerta a plantar unas habas, el padre hacía los hoyos y Salvador las iba depositando detrás. A la hora de la cosecha no salió ninguna. Su padre más que escamado le dijo: "Ya no te llevo más".

Al final, el pobre hombre siguió llevando a su hijo Juan Antonio, y a él lo mandó a la escuela. Como entonces no había parvulario, Salvador comenzó en la escuela a los seis años de edad. Las escuelas viejas, ubicadas entre la que fuera la pensión Chacón y la casa del Maestro D. Ángel Palazón, -justo encima del aparcamiento de la plaza que lleva su nombre- estaban pegadas a la carretera y, los patios para el recreo, donde actualmente se encuentra el colegio "Valentín Buendía", estos estaban limitados por la acequia Mayor del pueblo. De las cuatro escuelas, dos eran para los niños y las otras dos para las niñas. Los había de distintas edades; a los menores de seis años, los acogía el maestro por algún favor en particular, entre el resto, los había entre los siete y diez años. Como siempre, su madre le llevaba de la mano a la escuela cada día. Comenzó con el maestro D. Ángel Palazón y, apenas pasaron tres meses, una mañana le puso de ejemplo ante los otros niños, pidiéndoles silencio para que escucharan lo bien que leía.

Salvador en 1953

En la escuela, los libros de lectura estaban encima de la mesa del maestro. Habían tres cuentos: "Botón", "Balón" y "Bidón". "El Corazón", otro libro de cuentos, entre los que se encontraban "De los Apeninos a los Andes", y "El pequeño vigía lombardo", de Edmundo Amicis. D. Francisco Blanco, fue su segundo maestro. Formidable como educador y como persona. A través del tiempo que Salvador pasó en su escuela, despertó su amor por todo lo que rezumaba cultura. De ahí que desde sus cortos años, tuvo muy clara una cosa, su gran apego a la escuela y a los libros. También le gustaba muchísimo escuchar música y cantar, se extasiaba escuchando tocar el órgano en la iglesia.

Ninguno de sus hermanos se implicó en el negocio de la yesería que, como autónomo, su padre mantuvo hasta que se jubiló Las dos hijas se casaron, Pepe se fue a trabajar a Renfe, y Juan Antonio emigró a Alemania.

Gracias a su afición a los libros, pues se pasaba todo el tiempo que la escuela y los deberes le dejaban libre, leyendo y, pese a sus pocos años, el destino le tenía preparado algo que cambiaría por completo su vida. Habían operado a su hermano Pepe y estaba convaleciente en su casa, cuando un día, recibió la visita de su amigo Juan Férez que llegó acompañado del cura D. Rafael Fernández Herrera, casi recién llegado a las Torres. Al entrar a su casa, éste se fijó en Salvador que, junto al balcón que daba a la calle, estaba muy ensimismado leyendo. Al salir de visitar al enfermo se dirigió hacia él preguntando que si le gustaba leer, la respuesta fue afirmativa y el cura le dijo: "Vas a ir a que mi madre te de unas clases, a ver qué podemos hacer contigo". La madre de D. Rafael era maestra de escuela y se encargó de prepararle en alguna asignatura específica, para que accediera al seminario que era lo que el cura pretendía.

Se presentó y aprobó. Su amor por los libros dio sus primeros frutos: el vivir una vida diferente que, difícilmente, nadie en el pueblo se podía permitir, ya que ni habían medios, ni existían becas para que se pudiera estudiar, y la mayoría de los niños eran requeridos por sus padres para cuidar ovejas, recoger boñigas o ir a la huerta a por hierba para los animales. De ahí la cantidad de analfabetismo que hubo en la época. Ese fue el principio de su felicidad. Las notas eran estupendas, ya que fue un gran estudiante, incluso en latín. Aunque tuvo alguna dificultad con las matemáticas.

En una ocasión le llamó Juan Baño para una función de teatro, y le dijo que tenía que llevar un pantalón negro y una camisa blanca, pero como no tenía, su madre se la pidió a su prima Joaquina la del horno, la cual le prestó una de su hijo Juan.

El 15 de Septiembre de 1940, a la edad de doce años, Salvador ingresó en el Seminario San Fulgencio en Murcia, cursando estudios de latín y humanidades. Como desde niño le gustaba la música, se apuntó a cantar en el orfeón del seminario, de tiple, (así se llamaba la voz de los niños antes de que les cambie en la pubertad). Durante ese tiempo su madre le visitaba todos los jueves en el seminario; iba hasta Alcantarilla andando, y con el dinero que ahorraba del autobús, le compraba plátanos o algún dulce. Ese sacrificio solo lo hace una madre, y la suya lo hacía de buena gana, ya que le quería mucho.

Salvador era un alumno muy competente y disciplinado, prueba de ello son las magníficas notas que sacaba año tras año en sus estudios, pero en aquellos años, la supuesta "vocación" aún estaba dormida, pues, cuando venía de vacaciones, como un chico normal, más que pasarse el día en la Iglesia, le gustaba jugar al fútbol, bañarse en el río, hablar y relacionarse con todo el mundo, pues no hacía distinciones sociales. D. Rafael, el cura, no veía con buenos ojos, ni le hacía mucha gracia, su actitud tan abierta, y comentando con Pepe Molina, -padre del Maestro y ex alcalde Juan de la Cruz-, que entonces era el sacristán de la Iglesia, dijo: "¿Qué clase de vocación

Con sus alumnos en Tarragona

tiene ese niño que, nada más llegar, ya está jugando con los gitanos y bañándose en cueros en el río?”. Un día llamó a Salvador y le preguntó si le gustaría ir a estudiar con los Hijos del Inmaculado Corazón de María. Respondiendo con firmeza que él nunca decía que no y, mucho menos, cuando de estudiar se trataba. Dio por terminados sus estudios en el Seminario de San Fulgencio de Murcia, tras cuatro años de permanencia en él.

Con 16 años, Salvador vivió una dura y triste experiencia. D. Antonio, el cura párroco de la Ribera de Molina, quedó en acompañarle en su viaje a Barcelona, pero por motivos desconocidos no pudo hacerlo y, Salvador, que ya tenía el billete sacado, no podía perderlo por retrasar el viaje y, tuvo que marcharse el solo. Su madre le preparó para el viaje un pan con una tortilla y un tallo de uva que le dio Lorenza de Férez. El dinero que llevaba era bien escaso -unos tres reales-. Su hermano Pepe le acompañó a la estación a coger el tren correo, allí se encontraron con Braulio Sáez Sánchez que hacía la mili en Tarragona, y le pidió que le echase un vistazo durante el viaje. Cuando llegaron a Chinchilla hicieron trasbordo a un tren que les llevaría hasta Valencia. El tren iba abarrotado con gente cargada de bultos, incluso colchones para dormir que extendían en los pasillos de los vagones. No quedaba sitio libre, por lo que tuvo que hacer el resto del viaje subido al estribo del tren y con la maleta entre las piernas. El que tenían que coger para Barcelona salía unas horas más tarde, por lo que a Braulio se le ocurrió, -para ocupar el tiempo-, ir a Manises a visitar a un amigo del pueblo que estaba haciendo la mili en el Regimiento de Artillería Antiaérea nº 72 (II grupo), se trataba de Antonio Sánchez, “Antonio de la Ramona”. Tras pasar un buen rato con él hablando de sus cosas, regresaron a la estación.

Cuando llegaron a Tarragona, Braulio se bajó y Salvador continuó el viaje solo. Al llegar a Barcelona, un poco aturdido por la tensión del viaje y la incertidumbre a lo

desconocido, pues no le esperaba nadie, recordó la dirección de una librería que los padres Claretianos tenían en el nº 5 de la Calle Roger de Lauria, junto a la Plaza Urquinaona. Preguntó por el tranvía que debía coger para llegar hasta la plaza, el conductor le avisó en la parada que debía de bajar, presentándose en dicha librería. Una vez allí, pronto le solucionaron el problema.

El 22 de Octubre de 1945 ingresa en la congregación Cordimariana de los padres Claretianos en el monasterio de Vic (Barcelona). Las normas eran muy estrictas: se madrugaba, rezaba y estudiaba mucho. No se recibían visitas de fuera, por lo que solo trataban con los compañeros, directores y profesores que eran muy buenos y competentes profesionalmente. El protocolo les exigía tratar a todos de usted. Entre otros compañeros, conoció a Fernando Sebastián Aguilar (14-12-1929) que llegaría años después a ser todo un personaje eclesiástico: Teólogo, obispo de Tudela y arzobispo de Pamplona. Otro de los conocidos fue Pedro Casaldáliga (16-2-1928) obispo de San Félix de Araguaia en el Mato Grosso (Brasil). Poeta y escritor a favor de los derechos humanos (teología de la liberación). El invierno en Vic era bastante triste y terrible, había unas nieblas tan densas que apenas se veía nada; Salvador, acostumbrado al sol de su pueblo, bien que lo echaba de menos. Hacía tanto frío que se presentaba voluntario para barrer las escaleras y así poder entrar en calor. Durante unos días, alguien se apiadó de él y le permitía sentarse junto a la estufa.

Salvador continuó aprendiendo música y educando su voz, cantando en el orfeón de la congregación. Como su voz había cambiado de registro pasada la pubertad, cantaba de tenor y además lo hacía de solista. Apenas llevaba unos cuantos meses cuando recibió la triste noticia del fallecimiento de su madre. El director era tan estricto que no le dejaron venir al funeral y despedirse de ella. Después le trasladaron al seminario que la congregación tenía en Solsona, en la que pasó

tres años. Allí estudió Lógica, Metafísica y Ética. Entre el personal docente de la congregación había un sacerdote, José María Soler Romá, -el Prefecto-, encargado exclusivamente de los alumnos; un hombre muy austero y, por boca de muchos, un verdadero santo (en la actualidad están con los trámites de su beatificación). El 10 de Mayo de 1981, fue objeto de un atentado de los GRAPO en la Travessera de Dalt, escapando por los pelos, ya que la bala que le dispararon dio en el alzacuellos y desvió su trayectoria, pero le dañó los dos nervios motores del brazo izquierdo, quedando tan sensible que no podía ni rozarle la ropa. Salvador guarda un entrañable recuerdo de esta persona, por la deferencia que siempre tuvo con él. No era una época donde precisamente sobrara la comida, y durante el almuerzo, cada vez que le servían al sacerdote, siempre ponía la mitad de su comida en el plato de Salvador. "Se quitaba el pan de la boca para dármelo, por eso no lo olvidaré nunca". Salvador mantuvo correspondencia con él y guarda varias cartas suyas. Además, le visitó varias veces en Barcelona, hasta que murió en su convento de la calle Claret 45, el 19 de Enero de 1992.

Alguna que otra vez salían de excursión por los alrededores, para tomar el sol y pasear, siempre bajo la atenta mirada del padre que les acompañaba. Cuando llegaban al sitio señalado todos se sentaban en el suelo y el padre les daba una charla, tras la cual había un pequeño coloquio. Prácticamente el único tiempo que les quedaba libre era cuando se retiraban a dormir. No se puede negar que Salvador siempre fue un gran estudiante, pues demostrado quedó una vez más, con las notas alcanzadas en todos los exámenes que realizó en el Instituto Nacional de Enseñanza Media "Maragall" de Barcelona -donde se matriculó por libre-, durante los siete cursos de bachillerato, para después presentarse al Examen de Estado en Junio de 1948. En todas las convocatorias para dicho examen, había una escabechina tremenda de estudiantes, y él lo aprobó con una nota magnífica. Salvador reconoce que los mejores exámenes

de matemáticas que hizo fueron en la Universidad de Barcelona, por la buena preparación que llevaba.

Ese día ocurrió una anécdota de consecuencias inesperadas. Para realizar el examen, tenían que subir al autobús de Solsona a Manresa y una vez allí, coger el tren para Barcelona. Pues bien, cuando el autobús llegó a la parada donde esperaban, no quedaban asientos libres y, ante el miedo a perder la oportunidad de examinarse - aunque hubo sus más y sus menos-, al final optaron por subirse a la baca del coche, que por cierto, iba cargado con jaulas de conejos y pollos para vender en alguno de los mercados de los pueblos de la ruta del autobús. Tras el regreso, hubo alguien que comentó lo ocurrido al Prefecto, y éste los mando llamar, soltándoles un buen responso por la falta de respeto a la sotana que llevaban. Todos se mostraron arrepentidos, pero al llegarle el turno a Salvador, éste alegó que no encontraba delito en lo que habían hecho, pues si Jesús había entrado en Jerusalén encima de un borrico, por qué ellos, no podían haber ido a Manresa encima de una baca. Recibió un castigo ejemplar en presencia de toda la congregación: estar de rodillas a la entrada del comedor, con las manos unidas, pidiendo perdón a sus compañeros por el mal ejemplo dado, rogándoles: “hermanos pedid a Dios por este

Celebrando San Antón

pobre pecador....” Tras los tres años pasados en Solsona, Salvador, pasó un tiempo en el seminario de Valls.

El destino dio un nuevo giro a su vida cambiándola por completo. Comenzó a tener ciertos problemas de salud, por los que no podía respirar bien, y el médico le mandó unas pastillas que al no dar el resultado esperado, le llevaron a un especialista en Barcelona; tras reconocerle, dijo que tenía una “estenosis mitral” (Estrechamiento anormal del orificio de la válvula mitral por inflamación, produciendo una insuficiencia sanguínea al corazón). Aconsejándole no hacer grandes esfuerzos y evitar impresiones fuertes. Todo indicaba que no podría ejercer la labor de sacerdote correctamente y sobre todo predicar. Salvador se lo planteó y meditó mucho sobre ello, decidiendo al final dejar la congregación. Fueron unos años con una vida muy disciplinada que no todo el mundo aceptaría, pero a él le fue muy válida y positiva.

Salvador era le la quinta del 49 y cuando fue llamado a filas, debido a sus estudios, los padres lo arreglaron para que no fuese en ese momento. Fue citado nuevamente en la Caja de Reclutas de Calatayud y lo destinaron a la Compañía Cazadores de montaña nº 1, en La Puebla de Segur situada en la comarca de Pallar Jussá, en Lérida. Todos los reclutas eran catalanes, extremeños y aragoneses, tan solo él era de Murcia. Salvador, tenía que venir a examinarse entre mayo y junio a la escuela de Magisterio de Murcia y no tenía tiempo de estudiar, pues por las mañanas entre la instrucción, y por las tarde la teórica, ocupaban todo su tiempo, por lo que habló con el brigada encargado de la compañía y le dijo que tenía próximos unos exámenes y no tenía tiempo de estudiar, por lo que le pedía el favor que de las cuatro imaginarias que se hacían le pusiese como voluntario siempre en la última. Verdaderamente lo pasaba mal porque le entraba sueño y el cuerpo necesita descansar.

Un día llegó el teniente, y revisando los papeles de la Compañía le sorprendió que un soldado hiciese siempre

voluntariamente la cuarta imaginaria, y le mandó llamar para que le explicara el por qué. Salvador le dijo que era la única manera que tenía de poder estudiar. El militar, viendo el sacrificio que hacía, le dijo que por la tarde, después de la comida, no asistiera a la teórica, que se perdiese por ahí y que no se preocupara de nada más que estudiar. Así fue como consiguió tener las tardes enteras para sus estudios.

A la hora de los exámenes hubo un problema, pues siendo recluta, no podía desplazarse si no iba acompañado, y el capitán de la compañía le dijo que no se exponía a que le ocurriese algo, porque era su responsabilidad, denegándole el permiso. El teniente le vio muy serio y pregunto qué pasaba, explicándole lo sucedido. Aprovechado que el capitán se había marchado a visitar los cuarteles de la ciudad, le dijo: "Toma este pase para el tren y vete a Murcia, examínate y cuando vuelvas, quiero ver las notas". Salvador regresó feliz con unas notas buenísimas y el teniente, no solo le felicitó, sino que le prometió que cuando jurase bandera, lo iba a destinar a una oficina C.M.R. (Centro de Movilización y Reserva). Este le pedía cada vez que salía de marcha con los demás soldados,

Recibiendo el Premio "Polo de Medina" (1974)

que le hiciese un parte donde reflejara el lugar donde habían estado, y qué habían hecho. Salvador acabó la carrera de Magisterio a falta de las oposiciones.

El teniente cumplió su palabra y, fue destinado a los nuevos cuarteles situados en un extremo de Lérida. Al trabajar en la oficina está exento de hacer guardias, pero en una ocasión vino a Barcelona una autoridad árabe, de Marruecos y, se llevaron a todos los soldados del cuartel a desfilar a la ciudad, menos los que tenían destino que fueron los encargados de hacer la guardia. Los trasladaron a un castillo muy bonito en la otra parte de Lérida. –El castillo es monumento nacional y está reflejado en el escudo de la ciudad-.

Durante el viaje, uno de los compañeros le dijo que al llegar iba a quitar los peines de las balas de las cartucheras, porque pesaban muchísimo. Salvador se quedó con el comentario y actuó de igual manera, se deshizo de los peines con las balas que llevaba en las cartucheras, dejándose tan solo uno. Le tocó hacer la guardia en la puerta y al poco de estar allí, se acercó un mando bastante joven, él creyó que se trataba de un teniente, pero era el Comandante Jefe de día; tras saludarlo, le pidió que formara la guardia que iba a pasar revista. El Comandante miraba uno a uno cada soldado y, no solo revisaba su aspecto, sino que también sopesaba las cartucheras. Cuando Salvador lo vio, se puso lívido pensando en los días de calabozo que le iban a caer. Pero se escapó por los pelos, ya que al estar de guardia, no podía dejar su puesto, a menos que le hubiesen relevado. Vio los cielos abiertos, pero nada más se fue el mando, volvió a cargar las cartucheras de nuevo, jurándose que nunca más pasaría por lo mismo, fue uno de los momentos más amargos de su vida.

Salvador hizo una buena mili ya que disfrutó de muchos permisos; allí conoció a un muchacho del que se hizo muy amigo, Ignacio García, que tocaba en la Banda de Música de Linares (Jaén). Un día llegó una carta suya y al no saber su dirección, la mandó al Ayuntamiento de Las Torres para que se

la entregaran en mano. En ella, le invitaba a pasar unos días en las fiestas de Linares. Pero ya se sabe, los bolsillos no andaban para ir de verbena y no fue. Los amigos mantuvieron correspondencia por un tiempo.

Tras acabar el servicio militar en Lérida, Salvador sustituyó a un maestro en Balsicas, con una clase de 117 alumnos. Aparte de cumplir con su cometido, también tuvo tiempo de jugar algún que otro partido de fútbol en el equipo local; lo ponían de delantero centro, ya que corría más que cualquiera de los jugadores, por ello se ganó el adjetivo de "El Águila". En el encuentro Balsicas Sucina, tuvieron una victoria absoluta, ganando por 13 a 0, encargándose él solito de meter los goles.

Recitando en el homenaje a Juan Baño

Pero cuando vino la revancha, le pusieron a dos jugadores para controlarlo y éstos lo cosieron a patadas.

Un día recibió la visita del inspector Francisco Torregrosa, -muy conocido en aquellos años-, al que Salvador invitó a comer, manteniendo una interesante conversación. El invitado le preguntó si verdaderamente quería dedicarse a la enseñanza y, tras la respuesta afirmativa, éste le aconsejó que pidiese plaza en Cataluña. Salvador siguió su consejo y solicitó plaza en Tarragona, consiguiéndola de interino en el pueblo de Masdenverge, (Casa de la Virgen) cercano a la ciudad de Amposta, (situada junto a la desembocadura del río Ebro, es capital de la comarca del Montsiá). De donde guarda muy buenos recuerdos y amigos, con los que aún habla por teléfono y se cartean de vez en cuando.

Convocaron las oposiciones de Magisterio en Lérida, en 1.954, -estas eran a nivel provincial-, y pensó que, estando tan cerca, merecía la pena presentarse allí. Al llegar a Lérida, se hospedó en una pensión, donde había varios estudiantes con sus mismos propósitos y éstos, al verlo le dijeron que si iba a presentarse a las oposiciones, ya se podía marchar por donde había venido, pues las plazas estaban todas concedidas a protegidos y enchufados de gente muy influyente (el obispo, el gobernador, etc.). Salvador no se amilanó diciéndoles que él había ido a examinarse y de allí no se movía hasta conseguirlo. Estos chicos se pasaban día y noche estudiando y para aguantar el tirón tomaban pastillas de "simpatina", (de la gama de las anfetaminas), así andaban como zombis. Salvador, por el contrario, por la noche se fue al cine que estaba frente a la pensión a ver una película española, para despejarse la cabeza, cosa que los otros le recriminaron. El resultado fue evidente, los suspendieron a todos, y Salvador fue el único que pasó las oposiciones, sacando muy buena nota, contándose entre los primeros ocho números de la lista que recibían la plaza en propiedad definitiva, ya que el resto eran provisionales.

Le destinaron a Civis, un pueblo que pertenece al municipio de los Valles del Valira, situado en plena montaña, a dos kilómetros de Andorra y a 1650 m. sobre el nivel del mar. Para llegar al lugar era necesario pasar por una verdadera odisea. Tenía muy pocas casas y la gente, en su mayoría se dedicaba a pastorear rebaños. Al día siguiente de llegar al pueblo falleció un hombre, y sus familiares fueron a invitarle al funeral. A Salvador le extrañó tal invitación, pues al fin de cuentas no le conocían de nada y, por cortesía aceptó. Acudió mucha gente de los pueblos de alrededor al entierro y la familia tuvo que encargarse de hacer de comer para todos. Era una escena un tanto grotesca y graciosa al mismo tiempo, pues al muerto lo dejaron solo en una habitación, mientras en el resto de la casa, la gente se ponía las botas comiendo. Entrar en aquel cementerio que estaba justo en el centro del pueblo, era

toda una proeza, estaba intransitable por la vegetación y la suciedad. Parecía que solo iban a él para enterrar a la gente y el resto del tiempo permanecía abandonado.

Salvador vivía a un minuto de la escuela y como siempre ha sido un todo terreno, enseguida se adaptó al pueblo; conversaba con sus gentes que enseguida le tomaron afecto, por la dedicación que tenía con la treintena de niños que acudían cada día a la escuela unitaria, ya que valoraban mucho la enseñanza. Como no había donde ir, les enseñaba a cantar y los llevaba de excursión, a merendar por aquellos inmensos y verdes prados.

Poco después de llegar al pueblo, destinaron a una maestra -a la que acompañaba su hermana- que se pasaba el día llorando y gimiendo: "¡Señor, que pecado he cometido para que me destinen a este pueblo!". Salvador le dijo que si no podía con aquello, que se marchara y él se haría cargo de sus niñas, asegurándole que cualquier correo que recibiera se lo haría llegar. Allí no podía subir el inspector ya que el medio de locomoción era una burra y el hombre no estaba para muchos trotes.

Un día se presentaron varios padres en la escuela para hablar con él y le dijeron: "Estamos muy contentos con usted y no queremos que se marche, -al parecer todos sus antecesores, apenas estaban un año ya no querían volver- pues vemos que está por los niños y los enseña muy bien. Entre todos hemos llegado a un acuerdo, usted no tiene que pagar nada de su estancia aquí (la pensión, la cama, comida, lavado de ropa etc.) Se portaron con él de maravilla, hasta el punto que

Recibe la Medalla de la Orden Civil de Alfonso X "el Sabio" (1996)

ellos consumían de ordinario un pan bastante negro, -quizá de centeno o de otras semillas- y, por él, bajaban cada semana a La Seo de Urgel (La Seu D'urgell) y le subían un saco lleno de panes de trigo. Así fue como durante los tres años que pasó en el pueblo, pudo ahorrar casi las seiscientas pesetas que recibía de sueldo cada mes. Ahorros que le permitieron, un tiempo después, casarse.

En una ocasión subió al pueblo el obispo de La Seo de Urgel, con su secretario, visitando una ermita que había pegada al cementerio, acompañado por las autoridades del lugar. Tras la comida que le ofrecieron, el secretario pidió a los lugareños que le cantasen algo para despedirlo y, vaya si le cantaron: "Se va el caimán, se va el caimán, se va para Barranquilla…". En fin, imagínense la escena.

En las vacaciones, Salvador volvía a Las Torres de Cotillas a pasarlas en su casa y, a raíz de la amistad que su padre tenía con José "Misindo", comenzó a tratar al resto de la familia, a su hijo Jesús Martínez Hernández y Josefina López, su mujer, padres de Ascensión. Cuando hacían matanza, Jesús llamaba a Salvador para que fuese a comer las ricas migas que preparaban. Así, entre vacaciones y vacaciones, se fueron tratando y conociendo hasta que, como cualquier pareja de enamorados, formalizaron su noviazgo. Salvador ya no quería estar tan lejos de su tierra, pues además de la añoranza que sentía por ella, tenía novia, motivo más que suficiente para querer volver. Solicitó un traslado consiguiendo en 1957 una plaza en La Paca, la pequeña pedanía de Lorca; ese mismo año, el día 11 de Octubre, se casó con Ascensión en la Iglesia parroquial de Ntra. Señora de la Salceda, en Las Torres de Cotillas, siendo sus padrinos de boda los mismos que fueron de sus suegros y de bautizo de cada uno de sus hijos, el matrimonio formado por Pedro Carrillo Martínez y Beatriz Ayala Meseguer.

Salvador mantenía una buena amistad con el cura D. Rafael Fernández Herrera, agradecido por cuanto hizo por él,

además del trato cercano, por su participación en los servicios religiosos al frente del órgano de la iglesia.

Pero el día de la boda, ocurrió un pequeño percance: la familia estaba reunida en su casa comiendo, incluidos los camareros que después de la ceremonia servirían el convite, cuando llamaron a la puerta, la persona que lo hizo llevaba un recado para Salvador de parte del cura, quería que se personase en la Iglesia para hablar con él. Salvador quedó atónito al escuchar lo que éste le dijo: "Salvador lo siento, pero no puedo casarte, me han llamado de Alguazas para celebrar un entierro con dos curas y no puedo dejarlos en la estacada". "Pues no sabe usted el estropicio que nos forma, -contestó Salvador-ya que todo está preparado para esta tarde. No obstante, yo tenía la intención de regalarle a la parroquia veinte duros" -echándose mano al bolsillo, sacó el dinero para dárselo- y éste le dijo: "Espera un momento", cogió el teléfono y llamó a la parroquia de Alguazas, "Fulano, lo siento mucho, pero no puedo ir a celebrar el entierro". Dicen que es bueno conocerse y, Salvador, sabía lo que le gustaban las perras al cura, y al ofrecerle el dinero, éste dio en el clavo. Por fin, a la hora estipulada, éste los casó y tras la ceremonia celebraron el convite en el cine de Carrillo. Todo estuvo muy bien.

Como ya se sabe, la mayoría de matrimonios en aquellos años, enseguida buscaban el tener un hijo, no ocurre como en la actualidad que prefieren -dicen- disfrutar un tiempo y después ya vendrán cuando Dios quiera. El día que Ascensión le dijo que esperaban su primer hijo, fue para Salvador la noticia más maravillosa que ha recibido nunca. En La Paca se portaron muy bien con la familia, recibiendo muchísimos regalos: huevos, aceite, perdices, etc. Como los

inviernos eran muy crudos y hacía mucho frío, le llevaban un camión con leña que reponían con otro cuando ésta se acababa; eran buena gente, aunque algo tímidos, quizá por el respeto que les infundía la figura del maestro al que saludaban, pero no eran capaces de mantener una conversación con él.

Uno de esos años, llegó a la localidad un circo que instalaron en la plaza, coincidiendo con la festividad de la Purísima; ese mismo fin de semana el matrimonio recibió la visita de Jesús, padre de Ascensión -que ya estaba embarazada- y acordaron de ir a verlo, pero hacía tanto frío que al final decidieron no ir. La mayoría de las calles de este pueblo son cuestas y a los carros que quedaban en las puertas, les ponían unas piedras delante de las ruedas como freno. Un hombre, al parecer bastante bruto, comenzó a vociferar por una de las calles que esa noche no había circo porque a él no le daba la gana. Acto seguido, dejó caer por la cuesta uno de los carros que fue dando trompicones, formando un verdadero estropicio, hasta que se estrelló en una puerta al final de la calle y, no llegó al circo como era su pretensión.

El individuo sacó una entrada de grada que ya estaba a rebosar de gente, sentándose después en una silla de pista que era más cara. Lógicamente, una persona del circo vino a llamarle la atención, diciéndole de buenas maneras que tenía que ir al sitio que le correspondía; como no hacía caso, acudió más personal del circo y, tanto se acaloraron que se formó una verdadera batalla campal. Los del pueblo que estaban a favor del tipo, los increpaban más de lo que ya estaban, viéndose enredados los músicos de la orquesta, que repartían mamporros con los instrumentos musicales. La gente salía corriendo y gritando, tropezando unos con los otros por querer salir a la vez, con tan mala fortuna que tiraron al suelo a una mujer embarazada, recibiendo la pobre más de un pisotón. Cuántas gracias dieron por no haber ido.

Al día siguiente, acompañaron a Jesús que regresaba a Las Torres, a la parada del autobús que estaba justo delante del

circo. Al llegar, vieron que éste había desaparecido por completo y, toda la gente que pasaba por allí, el que no llevaba un brazo vendado, tenía unos cuantos esparadrapos en la cara.

En La Paca, nació su primera hija, Antoñita (10-8-1958) y, ya se sabe, a los niños siempre les surge algún problema. En varias ocasiones le daban fiebres muy altas porque enfermaba de las anginas. El problema se agudizaba porque apenas salían adelante con aquel sueldo tan mísero que cobraba, que no siempre alcanzaba a final de mes. Al no haber Seguridad Social, ni tener seguro de ningún tipo que cubriera los gastos, cuanto les mandaba el médico tenían que pagarlo en la farmacia, menos mal que éste no les cobraba las consultas, y le decía a Salvador: "Si no hubieran médicos pobres que sería de los pobres maestros".

El matrimonio de cena

En 1960 dejó La Paca y fue destinado a Fortuna. Tras las clases normales en la escuela, tanto él como los otros dos profesores que había, daban clases particulares, con lo que mejoraban el sueldo de cada mes. Estos estaban un tanto distanciados y cada uno de ellos intentaba llevarse a Salvador a su bando. Persona prudente, decidió erradicar el problema entre ambos y, en vez de ir cada cual por su lado se unieron los tres, formando una academia extraordinaria, donde cada cual daba las asignaturas pertinentes.

Sus alumnos iban siempre muy bien preparados, se matriculaban por libre haciendo los exámenes en Murcia. Salvador los recuerda con orgullo y satisfacción, ya que nunca suspendieron a ninguno; uno de esos alumnos fue Cecilio Hernández Rubira, poeta y amigo. Cada vez que se presenta la

ocasión, recuerda a Salvador como el mejor maestro que tuvo nunca; durante esos años, Salvador apenas podía escribir, ya que la enseñanza le ocupaba casi todo su tiempo; por la mañana y por la tarde en la escuela, y después con las clases particulares que dejaba a las once de la noche. Tan solo los domingos se reservaba un tiempo para poder hacerlo.

Salvador conoció a Francisco Sánchez Bautista, poeta de Llano de Brujas, trabajador de Correos, destinado en Fortuna como cartero; éste le induce a escribir y a presentar sus poemas en concursos literarios, naciendo enseguida entre ambos, una estrecha y gran amistad. En septiembre de 1962 comienza la andadura poética de Salvador al presentar por primera vez un poema suyo al Certamen Literario de Cehegín, consiguiendo un premio; primero de una extensa lista, conseguidos tanto dentro como fuera de la región de Murcia. Entre ellos: "La Flor Natural", en Cehegín, "Raspa de Plata de Poesía Ciudad de Murcia", "Primavera Ciudad de Cornellá" en Barcelona, "Polo de Medina" otorgado por la Diputación provincial de Murcia, "Albaricoque de Oro" del Ayuntamiento de Moratalla, etc.

En Fortuna nació su hijo Salvador (2-11-1963), que también padeció de unas calenturas tremendas (fiebres maltesas) que a pesar de inyectarle bastante penicilina no le remitían. Lo llevaron a un especialista en Murcia y, tras una serie de preguntas con las que pretendía encontrar los indicios de aquella fiebre tan rebelde, les mandó para tomar unas pastillas que obraron positivamente, desapareciendo el mal por completo.

Salvador hijo, al igual que su padre, también fue un magnifico estudiante y un buen deportista, llegó a jugar en el Murcia juvenil. Un día le dijo a su padre que, aunque le gustaba mucho el futbol, prefería los libros. Salvador se sintió muy feliz ante su decisión. "De tal palo tal astilla". En Fortuna estuvo la familia siete años, hasta que surgió un nuevo destino.

En 1967 la familia se vino a vivir al nº 44 de la calle Lope de Vega de Las Torres de Cotillas. Salvador fue destinado de maestro a una escuela en Cotillas la Antigua, -actual barrio de San Pedro-. Instalado ya en su casa, se desplazaba cada día en bicicleta; después se compró una moto Vespa, con la que sufrió un accidente, pues cuando llovía, las calles se ponían intransitables y la rueda se metió en uno de los surcos que había hecho en el barro una rueda de carro, tirándole al suelo; no fue grave, tan solo se dañó un tobillo.

Allí acababan de hacer una escuela nueva a la que iba destinado Salvador, pero la maestra encargada de las niñas que llevaba en el barrio algunos años, le pidió al inspector de trasladar su clase al nuevo edificio. Al llegar Salvador y ver el aspecto de la escuela que le habían dado, y comprobar que su destino era la nueva, se quejó a la inspección y tuvieron que hacer el cambio.

Ante la estatua de Julieta en Verona

A la escuela acudían niños desde primer curso hasta séptimo, y era un poco complicado, pues mientras unos apenas sabían leer, otros ya accedían a otras materias.

En una ocasión se perdió un paquete de pipas que buscaron por toda la clase sin aparecer; Salvador le encargó a uno de los alumnos que era bastante bruto, que registrara a todos los niños hasta que diera con él, y así lo hizo; lo encontró bajo el pantalón de uno de ellos que lo tenía escondido junto al culo. Tiempo después se compró un coche facilitándole el camino, sobre todo en los días de lluvia. Salvador permaneció en esta escuela por espacio de seis años.

Ya con plaza en el mismo pueblo, se hizo cargo de infantil y primaria en el colegio Cervantes, donde fue dos años director, tras los cuales, consigue el traslado al CEIP "Valentín Buendía". Salvador estaba encantado con su nuevo destino, pues no solo había estrenado colegio, sino la abundancia del material escolar del que se disponía, ya que en las anteriores escuelas apenas había lo justo. Desde el principio mantuvo un trato muy cordial con todos sus compañeros. En 1970, hubo un día terrible para Salvador, murió su padre entre sus brazos.

En 1971 se presentó al certamen "Polo de Medina" convocado por La Diputación Provincial de Murcia, con el poemario "Sonata en sol mayor", quedando finalista del mismo. Al año siguiente volvió a participar con "Descendamos al valle", consiguiendo entonces el preciado premio que recogería dos años después, concretamente el 11 de Marzo de 1974. Ese mismo año nació su hija Josefina (2-3-1972).

Cuando Salvador vuelve al pueblo tras su jornada de trabajo, no hay ceremonia, misa y novena que no cante, acompañado del órgano de la Iglesia. Como persona sería y comprometida con cuanto ha hecho en la vida, procuró siempre cuidarse la voz y, no le importó, si alguna vez lo hizo, dejarse el cigarrillo o la copa que en alguna ocasión tomaba cuando joven. También ha puesto en riesgo su vida en alguna que otra ocasión, ya que cuando tenía que ir a Murcia en coche y volvía con la hora justa, corría por no llegar tarde a la misa en la que tenía que cantar.

Entre la música que más le ha gustado escuchar y a veces interpretar, está la sacra, -sea en la forma que se produzca, coral, gregoriana, etc.-, ópera, zarzuela, y le encanta escuchar la canción española que le hace recordar su juventud. Lógicamente, con el paso del tiempo se merman los reflejos, pero Salvador cuando estaba en todo su auge –dice- "tocaba, cantaba y aún me sobraba tiempo para reír de cualquier cosa que me hiciese gracia, y controlar quien entraba y salía de la Iglesia a un mismo tiempo". Ahora, si canta, los dedos no van a

la tecla adecuada, y si toca, se le va la letra de la canción; por eso, las veces que lo hace en el Hogar de las Personas Mayores, da la entrada, pero sigue con el piano y, son las mujeres y hombres del coro los que cantan. Mucho le ha gustado cantar y tocar, pero nunca lo hubiera sustituido por su creación poética.

En 1977 se publica su segundo libro "Agua de río" primero de la colección "Verso y prosa", editado por la Asociación de la Prensa de Murcia. Ese mismo año, es propuesto por el Inspector Jefe de la zona de Las Torres de Cotillas, a la delegación provincial de Murcia del Ministerio de Educación y Ciencia, que le concede un "Voto de Gracias", por su excelente labor como director del Colegio Cervantes.

Salvador fue nombrado Juez de Paz del Ayuntamiento de Las Torres de Cotillas el 9 de Noviembre de 1.985, recibiendo el documento que le acredita como tal de la Audiencia Territorial de Albacete. Pero no comenzó a ejercer como tal hasta el día 28 del mismo mes. Durante los cuatro años que desempeñó el cargo tuvo que presenciar actos de todo tipo, incluso algunos accidentes no muy agradables, ya que tenía que personarse a levantar acta en el lugar del suceso, junto con la Guardia Civil, como ocurrió en el caso de una muchacha que se electrocutó en Los Pulpites.

Viaje a Tailandia

Estuvo al frente del cargo, -entonces no remunerado- hasta el 28 de Noviembre de 1.989.

Justo ese mismo año se publica su tercer libro, "Maizales y retamas", editado por el Ayuntamiento de

Caravaca de la Cruz. Dicho libro obtuvo el premio "Albacara" de poesía en su XVI edición.

Fue corresponsal del periódico La Verdad de Murcia y de la Agencia Efe, por espacio de 25 años. Quizá por los premios literarios recibidos le buscaron para llevar la corresponsalía de las Torres de Cotillas, trabajo que siempre hizo de manera altruista, pese a los numerosos sinsabores recibidos. La primera noticia que publicó fue sobre la cosecha de Patatas en la huerta de Las Torres. Compró torraos, avellanas y vino tinto y se presentó en el tajo y, mientras daban buena cuenta de lo que les había llevado, les hacía preguntas sobre la recolección de las mismas. Después les hizo una foto, en ella, entre otros, estaban: Diego el de "Caliche", Fernando "el Bartolo", Jesús "el Alegría" y Fernando de "La Rodriga" y Diego "el Regalicia".

También hacía la crónica de los partidos que jugaba el Cotillas; tras presenciar el partido, la llevaba personalmente a la redacción para que a otro día se publicase; ni una sola vez le pagaron la gasolina del vehículo, solo recibía el periódico gratuitamente. Aprovechando el viaje se iba con su mujer, dejaba la nota en los talleres del periódico, ubicado en Ronda Norte y, tras la entrega, antes de regresar al pueblo, iban a un bar, -muy conocido entonces-, próximo a la Gran Vía a tomar una cerveza.

Después, al poner el teléfono, Salvador llamaba a cobro revertido y le transcribían la noticia, tan solo si esta iba acompañada de fotos, la llevaba directamente al periódico. Salvador no cobraba un sueldo por este trabajo, entonces había unos premios que se llamaban "al pisotón", cuando se publicaba la noticia antes que otro periódico, se apuntaban un tanto. También le costó algún que otro disgusto, pues cuando en el periódico salía alguna errata, en vez de pensar que se habían equivocado en el taller, le culpaban a él de ello, como fue el caso de unas fotos, que al pasarlas al diario confundieron

los nombres de las persona que figuraba en ellas, cambiando por tanto, el oficio que desempeñaba cada cual.

En aquella época, la libertad de expresión aún era coartada y a veces resultaba difícil dar la noticia tal y como era, por lo que había que obviar muchas cosas, o solo dejar entrever otras, sobre todo cuando las noticias eran de corte político, más aún, en el periodo cercano a la transición. A él no le gusta la política y menos aún los políticos, porque nunca dicen la verdad, solo lo que les conviene para medrar y mandar. Aunque en cierta ocasión tuvo propuestas para que se presentase como alcalde del pueblo, no quiso, pues sentía que no servía para el cargo, ni quiso tener enemigos, porque personalmente no lo fue nunca de nadie.

En ese aspecto, Salvador se llevó varios disgustos. En una ocasión, cuando se permitió a los corresponsales de prensa entrar a los plenos, Salvador cogió su material y se presentó en el Ayuntamiento, donde ya estaba reunida toda la corporación municipal; al verle, sintió que no les agradó su presencia. Un rato después, se levantó uno de los concejales y muy educadamente le dijo: “Salvador, todos veríamos con mucho

En Onda 92 Radio con Paco Ortuño y Antonio Hernández

gusto que te fueras", pasados unos minutos se levantó y se marchó. Aquello era caciquismo puro y duro. Incluso algunas personas destacadas del pueblo, siempre le pedía que en las crónicas solo pusiera cosas buenas. ¿Cómo podía hacerlo, cuando cubría la información de un accidente laboral o de un incendio, como fue el caso de la ferretería Alegría?

Hubo un médico en Alguazas, D. Francisco Ayala, -amigo de Salvador- que había escrito un libro donde exponía el hallazgo de ciertos objetos antiguos en el cabezo de la Zobrina, y que le hizo pensar: "Si en Alguazas han encontrado restos estando tan cerca, seguro que en Las Torres también debe de haber alguna cosa". Era el tiempo de las habas, y un buen amigo de La Loma, sabiendo que le encantaban, le invitó a coger en su huerta. Estando en ello, le llamó la atención los restos de cerámica y unas extrañas cenizas que había en el suelo, cercanas a la casa de su amigo, preguntándole qué era aquello, éste le respondió que eran trozos de unas ollas de barro que se dejaron los moros y las habían roto, incluso decían que el abuelo de Marcelino "El Berenjena" había encontrado algunas monedas de oro.

"Más adelante, en la senda -dijo-, hay una piedra muy grande que la sacaron del mismo lugar. Si quieres vamos a verla". Efectivamente, era una piedra en forma de prisma muy rara, que tenía dos incisiones, que parecían la cola de un milano. Salvador volvió para hacerle unas fotografías y, como corresponsal de La Verdad, publicó la noticia el Domingo, 5 de agosto de 1979, en la que pedía que alguien entendido viniera a verla. Días después recibió una llamada del departamento de arqueología de la Universidad de Murcia, era Javier García del Toro que estaba interesado en ver la piedra. Salvador quedó con él a la salida de la escuela. Cuando llegaron al lugar, Javier quedó impresionado, pues aquello era una pilastra romana y tan solo había una igual en el Museo de la Ciudad. Aconsejó a Salvador que mirara en los montones de piedras que sacaban de los bancales, ya que siempre solía aparecer algún resto romano.

Salvador volvió más de una vez a La Loma, un día encontró en un camino unos ladrillos que estaban de pie y los cantos sobresalían de la tierra. Se puso a cavar y encontró un esqueleto de la época romana; llamó de nuevo a la Universidad y volvió Javier García, encontrando una necrópolis romana. El esqueleto lo mandaron a Madrid para someterlo a la prueba del carbono 14 y nunca más se supo de él. Un vecino que abría una zanja para hacer una piscina, encontró más de veinte columnas de ladrillos redondos que pertenecían a unas termas. Se construyó una caseta para protegerlas, viniendo nuevamente de la Universidad para hacer un estudio, -aunque no fue muy concreto- ya que el arqueólogo no profundizó mucho en ello. En el colegio Valentín Buendía quedaron varias cosas, entre ellas un ánfora, varias ruedas de molino y trozos de otros restos. Lo demás se lo llevaron a la Universidad y al igual que ocurrió con el esqueleto, nunca más se supo de ellos.

Una de las noticias más entrañables que cubrió Salvador fue la del perro "Cerramplín" que tras morir su dueño, Blas Martínez Rosauro, se fue tras la comitiva al cementerio y se quedó allí día y noche, como si guardase su tumba; muchas personas del pueblo que visitaban a sus finados, eran testigos de cómo el entrañable amigo no olvidaba a quien fuera su amo,

Premio Cultura – II Edición del Club Internacional de Prensa de la Región de Murcia (2010)

soportando estoicamente las inclemencias del tiempo. En una de las habitaciones que había a la entrada del cementerio le llevaban comida y agua; Salvador se llevó al cementerio a Pedro el fotógrafo, con la idea de hacer una foto del perro sobre la tumba, como testimonio gráfico que acompañara su crónica. La famosa instantánea dio la vuelta a toda España y parte del país vecino.

No se sabe cuál fue el final del pobre perro, al parecer, un desalmado le propinó una paliza y se lo llevaron a Yecla, de donde se escapó volviendo al cementerio; al final el animal desapareció y nunca más se supo de él. El Ayuntamiento le regaló un par de tomos, con todas las noticias que le publicaron en el diario La Verdad de Murcia. La historia de "Cerramplín" fue recreada por José Antonio Sánchez Hernández en un emotivo cuento que ganó el primer premio, -en su tercera modalidad-, en el II Certamen Municipal Literario de Las Torres de Cotillas, convocado por el propio Ayuntamiento en 1999.

Sus noticias a través de los años, fueron de lo más variado, no solo se limitaban a exponer los sucesos que ocurrían en el pueblo, o al tema deportivo, sino que aparecieron artículos con excelentes entrevistas a gentes relevantes de Las Torres, a las procesiones e imágenes de la Semana Santa y a resaltar el espíritu de la Navidad, con sus tradicionales dulces, belenes, villancicos etc.

Pero la noticia que le hubiese gustado dar y no pudo, fue un gran deseo que, de cumplirse, se hubiese convertido en portada de todos los diarios del mundo: "Los pantanos están a rebosar de agua. Los gobiernos han solucionado el gran problema del paro y, el hambre ha sido erradicada del planeta por siempre".

Llegó el momento de la jubilación, y tras doce años como director del CEIP "Valentín Buendía", deja la enseñanza el 22 de Enero de 1993. Tres meses después, el 23 de Abril, es nombrado "Hijo Predilecto" del pueblo, acto que no se celebra

hasta el mes de abril de 2005 (dos años después) recibiendo del alcalde D. Domingo Coronado, un diploma acreditativo, la Medalla de Honor del municipio y una metopa de bronce con el escudo de Las Torres de Cotillas, esta última, de manos del entonces Concejal de Cultura, Ricardo Montes Bernárdez.

Salvador siempre se alegró de haber elegido la carrera de Magisterio, pues a través de la cual se sintió realizado como persona. Hasta tal punto que, "si naciera de nuevo, volvería a ser maestro. Eso sí, con las pagas actuales, no con la miseria de sueldo que se cobraba antes, ni en las mismas condiciones, pues si uno se ponía enfermo no había Seguridad Social ni tenía derecho a nada". Como la mayoría de docentes de la época, pasó por muchos quebraderos de cabeza e innumerables penurias; de ahí el dicho: "Pasas más hambre que un maestro de escuela".

Salvador amó tanto su profesión que siempre procuró que la escuela no fuese una cárcel para los niños, sino un hogar en el que se sintieran felices, hacerles reír o cantar, pero también estudiar y rendir. De ahí que, cuando va por la calle y se encuentra con algún antiguo alumno que se acerca a saludarle, siente que le quieren y le aprecian de verdad. En Septiembre de 1995, el Instituto de enseñanza Secundaria de las Torres de Cotillas, pasa a denominarse en su honor: "I.E.S Salvador Sandoval".

El haberse jubilado le dio opción a tener mucho tiempo libre para dedicarse a escribir, algo sumamente vital para Salvador. Jamás creyó en la musas de la inspiración, porque su poesía está sacada de la propia vida. Evoca en su memoria retazos de vivencias del pasado y, en él, se versa para escribir. (De entre todos sus poemas, destaca: "Palomas de mi sangre",

el primero del libro "Maizales y retamas", con el que se siente completamente identificado). De ahí su estilo llano, sencillo y claro, que transmite a la gente la esencia de su propio sentimiento. Por algo ha sido tan aclamado y querido por tantos compañeros poetas y literatos, que regocijaron sus almas en las obras de Salvador: Francisco Sánchez Bautista, Carlos Fuentes Peñafiel, Francisco J. Díez de Revenga, Juan Barceló Jiménez, Cecilio Hernández Rubira, Victorino Polo, entre otros.

En 1995, le nombran presidente y secretario del "Hogar de las personas mayores" de la localidad, creando y dirigiendo el coro de dicha entidad. El último mes de ese año, fue nombrado por la emisora municipal Onda 92 –Radio Cotillas, "Torreño del año 1995", recibiendo de Mariano Guerrero, director de la emisora, una placa conmemorativa del acto.

El 30 de Enero de 1996, fue un día extraordinario en su vida que nunca olvidará. Todo estaba ultimado para la presentación de su libro "Sol de otoño", -a las siete y media de la tarde- en el Casino de Murcia. Lo que nunca imaginó es que fuese también un día tan ajetreado, sobre todo después de recibir una llamada telefónica de D. Raimundo Benzal, director provincial del Ministerio de Educación y Ciencia en Murcia, avisándole que tenía que personarse en Madrid, en el Ministerio de Educación, sito en la conocida calle de Alcalá, donde el entonces Ministro de Cultura, Jerónimo Saavedra, le iba a entregar la Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio. Salió muy temprano junto a su esposa, en un taxi que les llevó a Madrid, y tras la entrega regresaron justo a tiempo para hacer la presentación del libro antes citado.

También sacó tiempo Salvador para viajar con Ascensión, su mujer; esto era algo pendiente y relegado por mucho tiempo debido a su trabajo en la profesión. Cuando llegó el momento, disfrutaron de paisajes, monumentos, gastronomía, etc. de otras culturas. Viajó a Tailandia contemplando el exotismo de sus gentes, de sus pagodas y templos; por dos veces fueron a Italia, visitando sus ciudades

más representativas: Roma, donde admiraron la capilla Sixtina recién restaurada, el Museo del Vaticano, el Foro Romano y el Coliseo. Florencia, una ciudad que toda en sí es una obra de arte, Milán, Verona, donde visitaron la casa de Julieta, participando de un ritual sobre la estatua de la joven, en Padua, Venecia, etc. Fueron a Alemania en dos ocasiones, la boda de una sobrina, visitando la Selva Negra, y al funeral de su hermano Juan Antonio; también viajaron a Tierra Santa, de la que disfrutaron y vinieron encantados. Tienen muchas fotos como recuerdo y testimonio de esos viajes.

El 20 de Enero del año 2000, fue protagonista en la apertura de la exposición itinerante "Murcia, Tierra de Escritores", en la Casa de la Juventud, como representante de la literatura torreña. Apenas un mes después, el18 de Febrero, se presentó su último poemario "Un mundo sellado", en el salón de los espejos del Casino de Murcia, presentación que corrió a cargo de D. Victorino Polo, Catedrático de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Murcia. Como en sus anteriores libros, en su presentación en Las Torres de Cotillas participó el grupo local de teatro TEJUBA, donde algunos de sus miembros recitaron sus poemas.

El 28 de Marzo de 2003, recibe el título de Socio

Predilecto del Hogar de las Personas Mayores y, unas horas después, el galardón nacional de "Super Abuelo de Oro", otorgado por el programa radiofónico "La edad de oro", que le entrega Mercedes Navarro, como directora general del ISSORM.

Desde hacía un tiempo, Salvador se reunía con varios amigos, entre ellos, Gema Martínez, Paco Ortuño, Rita Sánchez Romero, etc., en la casa de esta última o en cualquiera de los demás, para leer y compartir poemas. Hacía un tiempo que comenzaron a desarrollar ciertas actividades literarias en la cafetería "Michigan", frente al kiosco del Parque de la Constitución, donde les invitaron a participar en alguna que otra ocasión. En esas reuniones fue fraguándose la idea de formar una asociación literaria, con la aprobación de todos los presentes, ya que les pareció una magnífica idea. Paco Ortuño se encargó de redactar los estatutos y cuando todo estuvo listo, la dieron de alta como asociación no lucrativa, con el nombre de "Asociación Literaria "Las Torres", con la siguiente directiva: Presidente, Salvador Sandoval; Vicepresidente, Paco Ortuño; Secretaria, Gema Martínez; Tesorera, Rita Sánchez, y Joaquín Cantero como Vocal. Esta fue presentada en la Casa de la Cultura el 18 de Octubre de 2003.

Desde entonces, la Asociación celebra allí el último jueves de cada mes, todas sus reuniones. Cuando Rita falleció, ocupó su lugar Maravillas Campos. Les va tan bien que desde su inicio nunca hubo ningún cambio en la directiva. Para cada acto que la Asociación prepara, se reúnen en casa de Salvador, y allí se decide cómo se va a hacer, y cómo representar el mismo. De materializarlo, ya se encarga Joaquín Cantero.

A Salvador le encanta ver felices a las personas y ayudarlas en lo que puede, de hecho, lo ha conseguido a través de la Asociación Literaria, al publicar el primer libro de poemas de muchas personas del pueblo y de otras asentadas en él, consiguiendo realizar el sueño de su vida. Libros todos integrados en la colección "A orillas del Segura".

Hablando de ocio, en el tiempo que le deja libre la Asociación Literaria que preside y, los encargos que recibe para hacer algún prólogo de libro, poema, himno, introducción de algún acto, etc., le encanta la lectura, -cuando más tiempo le dedica, es durante los meses de verano, cuando se marcha a la playa-. Le gusta echar la partida al dominó y conversar con sus compañeros del Hogar de las Personas Mayores. Aunque según su amigo Paco Ortuño, es un mal perdedor y se vuelve un poco cascarrabias cuando esto ocurre. También le apetece resolver jeroglíficos de vez en cuando y, no solo los que vienen en el periódico que, a veces, –dice- son bastantes complicados.

Otra de sus mayores aficiones son las películas de cine, destacando sus dos géneros favoritos: El cine de romanos (péplum), del que tiene las principales películas que se han editado del género: (Ben-Hur, Espartaco, Gladiator, etc.). A Salvador le hubiese gustado vivir en la época romana, contemplar su magnificencia, su arte, el haber participado en las reuniones y tertulias, celebradas por los senadores en el Foro Romano. También en Palestina, para haber conocido y escuchado directamente a Jesús, el Maestro de maestros, por el que siente un respeto, una simpatía, una atracción especial, tanto por la persona como por su doctrina, que tiene como norma de vida.

En su despacho

Desde niño se lo inculcaron así y se considera una persona muy religiosa, (aunque no ha sido de misa diaria tras su salida del seminario, asistía todos los domingos y tomaba la comunión), a través del tiempo, se ha convertido para él en la figura más pura y excelsa de esta humanidad. También tiene todas las películas que se han rodado sobre su vida, entre las que destaca: “El Evangelio

según San Mateo" de Pier Paolo Pasolini, "Rey de Reyes" de Nicholas Ray, "La historia más grande jamás contada" de Jeorge Stevens, "Jesús de Nazaret" de Franco Ciferelli.

El otro género que le atrae son las películas que reflejan la época del nazismo. "En ellas -dice-, como las han hecho los vencedores, los malos siempre pierden". Fue una época la de Adolf Hitler muy importante e interesante, pero no le gusta mucho su parte bélica, sino la diplomática, los juicios que suscitaron, etc. como muestra la estupenda película "El juicio de Núremberg" o "Vencedores o vencidos". La última película que vio sobre el tema fue "Operación Valquiria" (Valkiria) de Brian Synger, protagonizada por el actor Ton Cruise, que refleja el complot urdido para asesinar a Hitler; la vio desde la fila ocho, de una de las nuevas salas de cine de la capital, a las que ha jurado no volver, porque salió sordo y ciego de ella. Prefiere verlas tranquilamente en el DVD que tiene en su casa. Una de sus artistas favoritas es la actriz y cantante Marlene Dietrich, con su peculiar voz. Entre sus numerosas películas, destaca "El ángel azul" (1930) de Josef von Sternberg, que protagonizó junto a Emil Jannings y "Testigo de cargo" (1957) de Billy Wilder, junto al galán Tyrone Power. De sus canciones, se queda con "Lili Marlen", su favorita; cuando la escucha, deja todo, prestándole su máxima atención de principio a fin.

El Ayuntamiento de Las Torres de Cotillas, edita el libro "Antología Poética", con un prólogo biográfico extraído de la obra "Salvador Sandoval, poeta de nuestra tierra" de la Doctora en Filología y profesora de Lengua castellana y Literatura, Mª Ángeles Moragues Chazarra, que recoge todas las obras editadas de Salvador: "Descendamos al valle" (1972), "Agua de río" (1977), "Maizales y retamas" (1989), "A orillas del segura" (1992), "Sol de otoño" (1995), "Un mundo sellado" (2002), más once poemas inéditos. Su presentación tuvo lugar el 30 de Octubre de 2008, en la Casa de la Cultura, Pedro Serna, dentro del ciclo de los "Jueves Literarios" que

celebra cada mes la Asociación Literaria "Las Torres", encargada del acto, junto a la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento.

Se convoca la II Edición de los Premios del Club Internacional de Prensa de la Región de Murcia (VMPRES) y Salvador Sandoval es distinguido en la categoría de cultura, (cito textualmente de la nota de prensa) por toda una vida dedicada a escribir la mejor literatura, desde el entrañable rincón murciano de las Torres de Cotillas, convirtiéndose en un maestro de las letras en donde se refleja su amor por la tierra murciana. La entrega de premios se iba a celebrar el 17 de Marzo de 2010, en el auditorio de Ceutí, pero fue postergada hasta el 27 de Mayo del mismo año.

Pregón Fiestas de San Pedro (2012)

El jueves 20 de Mayo de 2010, recibe en el museo Ramón

Gaya de la ciudad, un homenaje de la Asociación de Escritores de la Región de Murcia (AERMU), donde su presidente Marcelino Menéndez, le nombra "Socio Honorario" de la misma.

Tampoco podemos olvidar sus colaboraciones en varios programas de Onda 92 - Radio Cotillas, como: "Letras Torreñas", "Sábado Sabadete", "Historias de aquí" y "Lo que yo te diga".

Los últimos y sentidos homenajes -hasta el momento- dados a Salvador, han sido por la celebración de su 83 y 84 cumpleaños, celebrados el 22 y 21 de Enero de 2011 y 2012, en la Casa de la Cultura Pedro Serna de Las Torres de Cotillas, presididos por el Alcalde D. Domingo Coronado y el Concejal de Cultura, miembros del Grupo de Teatro TEJUBA y de la

Asociación Literaria "Las Torres" recitaron sus poemas. El primer acto contó con la presencia de Isabel Martínez Miralles, presidenta de la Asociación de Escritores de la Región de Murcia (AERMU) -sucedió en el cargo a Marcelino Menéndez- que expresó el orgullo y la satisfacción de tener a Salvador como "Socio de Honor", dedicándole un poema compuesto por ella misma. El segundo, comenzó con la estupenda intervención de la Rondalla del Hogar de las personas mayores, que le dedicaron sus canciones favoritas.

Para coronar la extensa lista de premios conseguidos, le gustaría tener uno más: "Sería un poema que aún está sin hacer, -dice- si me animo y me dejan, es posible que aún lo escriba. Este, lo dedicaría a lo que más he cantado en mi vida a través de la poesía, al amor por mi tierra y sus gentes".

Hay un dicho muy conocido que dice: "Para que un hombre se sienta plenamente realizado tiene que plantar un árbol, escribir un libro y tener un hijo". Salvador ha escrito mucho: libros de poesía, himnos, pregones, prólogos, crónicas, entrevistas, etc. y ha tenido tres hijos, Antonia, Salvador y Josefina, pero plantar, lo que se dice plantar, solo puso unas habas de pequeño y no nacieron. ¡Animo Salvador, aún estás a tiempo!

Con su gran familia

Lo cierto es que Salvador seguirá activo mientras tenga vida, pues es el fiel reflejo del refrán: “Mientras que el cuerpo aguante, voluntad no falta”. Todo el pueblo de Las Torres de Cotillas puede dar fe de ello, pues fue un magnífico pregonero en este 2012, tanto en las fiestas de San Pedro, como en las patronales en honor a Ntra. Sra. de la Salceda, como reflejan las fotos de esta página.

Tras las varias entrevistas mantenidas con él, le pedí una definición de su persona y, con cara de pícaro, risueño y cercano, sazonado con un pelín de ironía, dijo: “Soy un pobre anciano, cojo y sordo, uno más del pelotón de los torpes”. Tras las risas, añadió: “Eso no lo pongas”. “En realidad, siempre he sido una persona sencilla y nunca me he creído más que nadie, eso sí, me siento torreño como el que más”. Siempre le gustó cuidar su imagen, sobre todo ir limpio y bien arreglado; hasta el día de hoy sigue siendo algo “coqueto” y presumido, pues cuando se le hace una foto, siempre dice: “¡Oye, sácame bien!”.

A Salvador Sandoval López, le gustaría que se le recordase como: “Una persona humana que nunca perjudicó a nadie, ayudó a todo el que pudo, que intentó ser poeta y no sabe si lo consiguió”.

Pregón Fiestas Patronales (2012)

EL BARRIO DE LA CRUZ Y SUS FIESTAS

Las fiestas del Barrio de la Cruz se celebran desde hace más de 160 años. Según cuentan los mayores,-siguiendo la tradición oral-, les decían sus abuelos que, un año, hubo unas intensas lluvias, las cuales provocaron una tremenda riada que bajaba del campo y, al llegar a la esquina donde hoy está asentada la ermita, quedó de forma "milagrosa" anclada una

Ermita en el Barrio de La Cruz

cruz de madera que arrastró el caudal del agua. Así fue cómo se acordó entre el fervor y la devoción de todos los vecinos, levantar una ermita y rendir culto a la Cruz todos los años, quedando establecido como día de celebración el tres de Mayo. En esa misma fecha se celebra en distintas regiones de España, sobre todo en el sur de la península, en la mayoría de pueblos y ciudades de Andalucía donde son muy famosas sus cruces de Mayo.

En 1931, ante los primeros brotes de la República, quisieron derribar la ermita. Al parecer la Cruz fue quemada y los tres cuadros que en ella se veneraban, junto con el Sagrario, ante el desarrollo de los acontecimientos, los guardó Antonia Sarabia, viuda de Carrillo una piadosa mujer del barrio. Los cuadros representaban a una Virgen Dolorosa, San Antonio y San Luis, todos ellos de autor desconocido.

En el recinto de la ermita se instaló una barbería que funcionó durante unos tres años, regentada por José Molina Perellón, padre de José María de la "Campusina", que tenía nueve años de edad, -según cuenta- cuando ocurrieron estos hechos: "Estaba entonces de Alcalde del pueblo, D. Ángel Molina y, ante la intención de hacer desaparecer la ermita, pues la piedra de molino donde estaba asentada la Cruz a modo de altar ya había sido sacada a la puerta, incluso, a punto de arrancar las losas del suelo, mi padre decidió hablar con él, pidiéndole permiso para instalar allí su barbería". Fue así como la ermita se salvó de ser derribada.

Lolita, María y Carmen (vecinas del barrio)

La modesta barbería solo tenía un viejo espejo, un sillón para atender a los clientes y, un banco de madera, para que los que tenían que aguardar turno pudieran estar sentados. En aquella época de estrecheces y calamidades, se carecía de casi todo, faltaban, cómo no, los productos de aseo personal y, en las casas del pueblo, incluso el agua, ya que ésta había que traerla de la acequia. De vez en cuando, algún que otro cliente de José, lo dejaba más que patente cuando este iba a que lo arreglara, pues caían de su cabeza más piojos que pelo, como

ocurrió con uno en especial que, no solo llenó el paño que le puso alrededor del cuello, sino que caían a puñados hasta el suelo. El pobre de José, desesperado, tiró el paño en medio de la carretera.

No fue una, sino muchas, las veces que la gente hacía cola, bien para afeitarse o cortarse el pelo y esperaban en la puerta, sentados en la gran piedra de molino que se mantuvo en el mismo sitio durante muchos años y, además de asiento temporal de la barbería, servía para que algunos vecinos, algo mayores, como el tío Antón o el tío Tomás, pudieran subirse más fácilmente a la burra cuando tenían que bajar a la huerta.

Juventud en las fiestas

Pasado el tiempo, poco a poco todo fue volviendo a su lugar y, acabada la guerra, la ermita recobró el papel para el que había sido levantada. Eso sí, fue remozada con el esfuerzo de todos los vecinos, encargándose del nuevo altar el maestro de obras Rafael Martínez García que lo hizo en escayola. El recinto se iluminaba durante el día con tres ventanas no muy grandes, de forma ovalada las dos de los laterales y de "ojo de buey", la de la fachada principal, situada por encima de la puerta de entrada. También la puerta de madera tenía unas ventanitas rectangulares, resguardadas por unos hierros que permitían la entrada de la luz exterior, haciendo visible el interior de la ermita aun estando

cerrada. En la puerta, a mano derecha había una pieza de mármol blanco con la inscripción: "Limosna para la Santa Cruz" en cuyo centro había una ranura, por donde los devotos podían depositar sus donativos. Por la noche se iluminaba con una lámpara central, -que recordaba las coronas del estilo visigodo- con cuatro puntos de luz, uno más alto entre las tres cadenas que sostenían el aro central y tres que colgaban del mismo, sus tulipas tenían forma de bellota. Antonia Sarabia que con tanto cariño los había guardado, restituyó los cuadros y el Sagrario, y fue por muchos años la presidenta de la comisión de festejos. Lo único que faltaba era la verdadera señora de la ermita, la Cruz. Los vecinos decidieron encargar otra, lo más parecida a la original, al carpintero Antonio Morell. Cuando estuvo acabada fue bendecida y puesta en su altar, cubierta por unas puertas de madera y cristal para preservarla.

Esta es la misma que se conserva en la actualidad, aunque desaparecieron, primero los cristales y finalmente las puertas. Esta Cruz que se venera en la ermita es un tanto singular, no solo por la terminación de sus brazos que acaban en forma de flor con tres pétalos, sino por los accesorios que lleva colgados (los utilizados en la crucifixión de Jesús) haciéndola distinta a otras cruces que existen en el pueblo y en otros vecinos a él. En el brazo derecho lleva una pequeña esponja y los tres clavos; en el izquierdo, unas tenazas y un martillo; en el palo central, en la parte alta, una pequeña

Comisión de Fiestas

escalera, una especie de hacha y una lanza. En el centro una corona de espinas y, hacia la mitad de la parte baja, una mano pequeña tallada en madera. Esta mano sí que es algo singular, la modelo que escogió Antonio Morell para tallarla fue la de su hija María.

Existen distintas versiones del significado de esta mano: unos aseguran que es la mano del verdugo que clavó a Jesús en la cruz. Otros, que era la mano del buen hombre que le bajó de la misma. Lo cierto y verdad es que cuando la modelo posó para la talla de la mano, tan solo contaba con seis años de edad. En la actualidad, María no recuerda ni el por qué lo hizo, ni el significado de tal hecho, siendo hasta el día de hoy una incógnita.

Se empezaron las novenas a la Cruz y, no solo acudían los vecinos, -más mujeres que hombres-, con sus sillas bajas de anea o de cordel de pita, sino que acudían gentes de otros barrios. Estas novenas eran los prolegómenos de la fiesta. La "tía Jeroma", madre de Bibiana, que vivía en la calle de la Rana, era la encargada de organizar y rezar el rosario cada noche. Después, la Nena de Alfonso que, aunque era de Madrid, vivía en el barrio en casa de su tío Alfonso, apodado "el Mujereta", era la encargada de leer textos de un pequeño librito, -de autor desconocido-, donde se expone como debe de

Las Damas con los pañuelos de la carrera de bicicletas

hacerse la novena de la Cruz.

Había una lectura especial para cada día del novenario, así como una oración para todos los días. Después, los asistentes cantaban unas canciones muy conocidas por todos, -donde siempre sobresalían algunas voces aficionadas al "bel canto"-, compuestas expresamente para la Cruz y que han trascendido en el tiempo hasta nuestros días, como por ejemplo ésta que dice así: "Venid los cristianos, la Cruz adoremos, la Cruz ensalcemos que al mundo salvó", etc. Quienes asistían al novenario completo, el último día ganaban indulgencia plenaria.

Una de esas conocidas oraciones, extraída del libro y que se dedica a ensalzar y alabar las excelencias de la Cruz, se titula "Al Soberano Árbol de la Vida":

Si contra los elementos
Cruz benigna, te has mostrado
siempre fuerte y valerosa,
líbranos Cruz poderosa
del demonio y del pecado.

Del Hombre Dios encarnado,
fuiste lecho celestial,
cuando a vil muerte fatal
fue sin causa condenado;
y si porque fue enclavado
Dios en ti, eres dichosa:
líbranos Cruz poderosa
del demonio y del pecado.

Si en un árbol el pecado
sobre Adán y Eva vino,
en otro árbol convino
fuese por ti hemos gozado,
disfrutar la gracia hermosa;

José Antonio Sánchez con sus padres en la ermita

líbranos Cruz poderosa
del demonio y del pecado.

Te enterró el judío malvado
dándonos en esto penas,
pero por la Reina Elena
fue tu tesoro encontrado,
y pues gozo hemos hallado
con reliquia tan preciosa:
líbranos Cruz poderosa
del demonio y del pecado

Los primos José Antonio, Alfonso y Jeromín

Desde el suelo al encumbrado
empíreo cielo subiste,
por ángeles y estuviste
con Jesús tu esposo amado;
y pues Dios allí te ha echado
su bendición amorosa,
líbranos Cruz poderosa
del demonio y del pecado.

Con este prodigio obrado
con que a Chirinos honraste,
al moro Ceith cautivaste
hasta quedar bautizado;
y pues siguieron su hado
sus hijos, grandes y esposa,
líbranos Cruz poderosa,
del demonio y del pecado.

Al ciego, al manco, al baldado,
al leproso, al perseguido
y todo mal que ha acudido
a tu virtud se ha sanado;
y pues cualquier mal te ha hallado

siempre benigna y graciosa:
líbranos Cruz poderosa
del demonio y del pecado.

Cualesquiera atroz nublado
de maldad y pestilencia,
se mira ante tu presencia
muy deshecho y disipado;
y pues daño no ha causado
por ti en la más sutil cosa:
líbranos Cruz poderosa
del demonio y del pecado.

Las aguas en las que has llegado
a tocar ¡oh Cruz divina!
como aguas de piscina
a todo enfermo han curado;
y pues cosa en que has tocado
es por ti tan milagrosa,
líbranos Cruz poderosa
del demonio y del pecado.

Se tiene por bien notado
eres por tus beneficios
el prodigio de prodigios,
pues todos los has obrado;
y supuesto no has cesado
en ser en todo piadosa:
líbranos Cruz poderosa
del demonio y del pecado.

Francisca Hernández bailando con su sobrina

Si contra los elementos
Cruz benigna, te has mostrado
siempre fuerte y valerosa:
líbranos Cruz poderosa

del demonio y del pecado.

Familia de Paco Férez en la ermita (Foto: José Férez)

Las novenas empezaron en su principio a celebrase en la propia ermita, años después, el cura D. Rafael Fernández Herrera dijo de hacerlas en la Iglesia parroquial. El día de la fiesta se engalanaba la Cruz con un precioso sudario blanco, ribeteado por una puntilla en hilo de oro y, se arreglaba la ermita con hermosos ramos de distintos tipos de flores, sobre todo de cilindros, cuyo perfume impregnaba todo el recinto. En los primeros años, se encargaba de su arreglo, Ascensión de Carrillo que, traía las flores de su mismo patio, este parecía un auténtico jardín.

Los jóvenes del barrio, colaboraban con algunos

Después de misa

miembros de la comisión de festejos, acercándose en cuadrilla a las márgenes del río, con la intención de cortar unas ramas de los álamos y sauces que allí había. También iban al camino de Las Palmeras, cercano a la estación del ferrocarril, a por algunas hojas de las mismas. Uno de esos años pudo ocurrir una tragedia, pero gracias a Dios, tan solo quedó en el susto. Antonio Hernández, el hijo de Pepe "el Garulla", seguía a los mozos que iban al río a por las ramas, escondiéndose, ya que por su edad -ocho años-, no querían llevarlo con ellos. Al cruzar la vía del tren, este tropezó cayendo todo lo largo que era, con tan mala fortuna que, un tren que estaba parado en la estación, le acababan de dar la salida y continuaba su viaje. Antonio, al ver su cercanía quedó paralizado, incapaz de levantarse del suelo. Se oyó un grito terrible: "¡Dios mío!, ¡Antoñín, el tren!". Era María Jesús de Montes, que al verle tirado en el suelo, dio un salto y agarrándolo de un brazo, lo lanzó fuera de la vía. La pobre mujer, de los nervios por el susto, se dio una buena "panzada" de llorar. Después, más tranquila, sin soltar al crío de la mano, lo llevó hasta su casa.

En más de una ocasión, la noche antes, le quitaban al "tío Antonio Pinela", los malvaviscos que tenía plantados en la puerta de su casa. Como el suelo era de tierra, los volvía a

Antonio Sandoval con los participantes de la carrera de sacos

replantar a los pies de los postes de madera que, junto a los papelillos de colores y las luces, se confeccionaba la especie de barraca que cubría la puerta de la ermita, donde se celebraba la misa sobre las diez de la mañana.

Entonces la fiesta duraba todo el día y comenzaba con los pasacalles de la banda de música que recorría todo el barrio, encabezada por la comisión de festejos. Seguidamente iban a la Iglesia a por el cura y lo acompañaban hasta la ermita. El párroco era el que decía siempre quién sería ese año el padre que daría el sermón durante la misa y, Perico Carrillo, se encargaba de traerlo y llevarlo en su coche, después de la misma a su lugar de procedencia.

Durante unos años, el sermón se daba desde el balcón de los padres de Juana Sandoval, "la Porronera", y años después, se preparó junto a uno de los postes engalanados, una especie de púlpito, confeccionado con una mesa de matar cerdos, a la que se le acoplaban desde el suelo unos listones de madera que se cubría con una preciosa sábana bordada que preparaba Francisca, "La Nena", mujer de Antonio Sandoval, "el carpintero", que fue quien sucedió a Antonia en la presidencia de la comisión de festejos.

Fernando Beltrán y Antonio Sandoval preparando un concurso

El papel principal que ejercía la comisión del barrio no era otra que, salir por las noches a pedir por las casas, buscando la colaboración de los vecinos, para conseguir un poco de dinero. Entre ellos se encontraba Joaquín de "Pericales", José García "el Rey", Lorenzo "el Tatá", José Mª de la "Campusina", Pepe Sandoval Fernández (involucrado en las fiestas desde que tenía 15 años, hasta la actualidad)sumándose en el tiempo algunos más como: Juanito de "la Porronera", Fernando "el Bartolo", Fernando de "la Rodriga", los hermanos Jesús y Pepe Alegría, Marcos Barquero, Pepe "el Montes" y José Mª "el Marqués". Entre ellos se hacían varios grupos, uno iba a San Pedro, otro a La Loma y otro más por el pueblo. Estos se recorrían casi todo el municipio. En dichos grupos también se integraba alguna moza que, no siempre salía bien parada, por las críticas que recibía por parte de algunas vecinas que le espetaban: "Qué desocupada tiene que estar tu "maire", para dejarte ir con éstos por ahí".

El dinero conseguido se utilizaba en traer la banda de música, -durante muchos años la encargada fue la Banda de la Misericordia de Murcia, hasta que con el paso de los años ésta desapareció, ocupando su lugar la de Ceutí y, alguna que otra más-, pagar la misa y el castillo de fuegos artificiales de los Hnos.

Brígida, Beatriz y María en los caballitos

Mateo de Santomera (Murcia), amén de otros detalles requeridos.

Normalmente, participaban la mayoría de vecinos del barrio en acoger a los músicos, pues al igual que ocurría en las fiestas patronales, quien podía, se llevaba a su casa a uno o dos de ellos para darles de comer y cenar. Todo esto era una muestra de solidaridad y ayuda ante la carencia de medios de la comisión. Un año, uno de los músicos se puso enfermo y, el dueño de la casa donde se alojaba, llamó al médico para que le atendiera, éste le recomendó unos días sin salir de la cama y, cuando acabó la fiesta y sus compañeros se fueron, permaneció un par de días más en la casa, marchándose agradecido por la atención recibida. Respetando su decisión no decimos el nombre de la persona que atendió al enfermo en su casa.

Alejo Rosauro y familia

Cuando oscurecía se sacaba la Cruz en procesión por el barrio, -el recorrido era muy corto- entraba por la calle de la Rana y tras recorrerla, salía a la carretera volviendo a la ermita, otros años entraba por el callejón de la fábrica de conservas de Fernando Beltrán y callejeaba por la parte de atrás, saliendo a la calle Mula y desde allí volvía de nuevo a la ermita.

La banda de música permanecía en el barrio hasta la media noche, pues apenas se metía la procesión se hacía un gran baile, en el que participaban los vecinos, sobre todo parejas formadas por mujeres y otras de niñas que no se perdía ninguna pieza- era más difícil ver parejas de hombre y mujer-. La gente lo pasaba fenomenal y participaban de todos los festejos que se promovían en aquellos años. Entonces solía llover bastante y era raro el año que aproximándose el mediodía, no se armara una gran tormenta cayendo un buen

chaparrón. Como el suelo era de tierra, se formaba un barrizal tremendo, por lo que la gente a la hora del baile, se tenía que refugiar en el Horno de Periquín y Antoñica, -también tienda y

Nuevas Damas, nueva fiesta

estanco- y tras marcharse la banda, Ricardo, hermano de D. Andrés el abogado, -muy amigo de la familia- que tocaba divinamente el acordeón, subido a una mesa, alegraba dicho baile con sus melodías.

En el año 1952, se hizo una representación del Prendimiento en el cine de Carrillo, con el fin de recaudar fondos para la fiesta de la Cruz. Aunque el resultado monetario no fue al esperado, la representación fue magnífica, así como el elenco de actores, dirigido en esta ocasión por Juan Baño y Cruz Molina. Los elegidos para los papeles de Jesús y de María recayeron en Juan Antonio Sandoval, "el Yesero" y Carmen Alegría.

Pepe "Garulla" y su esposa

También nació una tradición popular: se decía que en la fiesta de la Cruz, la moza que tuviese la suerte de pillar novio, de seguro, en la

próxima fiesta se casaba. Hubo un conocido caso que daba fe a esta tradición y fue el de Angelita de "la Pelaora", que conoció al que se convertiría en su marido en la fiesta y tiempo después, se casó con él en la misma ermita de la Cruz.

A lo largo de la calle ponían varios puestos de turrón y cascaruja que venían de distintos pueblos para la fiesta. Hasta ellos se acercaban los vecinos y los forasteros que venían a rondar a las mozas para convidarse. Tomaban un trocito de turrón –de almendras, duro o blando, o de frutas escarchadas- y una copita de anís, mistela, vino dulce, coñac, etc. También vendían avellanas finas, almendras, garbanzos torrados y cacahuetes. No olvidemos los tradicionales "puros" de caramelo rojo, con forma de cono. Estos iban liados en papel blanco cortado a tiras a modo de adorno que hacían en distintos tamaños y precio. No era raro ver a los niños y jovencitos con la legua colorada, ya se sabía por qué.

El año que llovía, los turroneros tenían que recoger todo y refugiarse en alguna casa de los vecinos, hasta que amainaba el agua. Por la noche, la mayoría de ellos dormían dentro del puesto que cubrían con una lona para prevenir posibles hurtos.

La ermita estuvo desde su inauguración tras la guerra sin campana, en 1965 hubo una excursión a Madrid para visitar el Valle de los Caídos; entre los vecinos que fueron estaba Pepe Sandoval, Demetrio Carrillo y Cristóbal García, conocido como "el Rojo Raní", este último, aunque había vuelto a vivir en Las Torres de Cotillas, seguía teniendo su casa en Madrid y allí fueron a pasar la noche, los nombrados, sus esposas y algún otro familiar más. Al día siguiente salieron a dar una

Vecinos del Barrio de La Cruz (Foto: José Férez)

vuelta por El Rastro, -que tradicionalmente desde su inauguración, siempre se ha celebrado en domingo-, y allí compraron una campana que trajeron de regreso en el portaequipajes del autobús y que instalaron en la ermita, ésta ha sido la única campana que se hace sonar el día de la fiesta. También cada año, en vísperas de la misma, se le encargaba a los "franceses" que blanquearan la ermita y la pintaran por dentro, pero como tenía mucha humedad, el arreglo duraba poco tiempo.

Caridad Vicente corona a la Reina de las fiestas

Entre los concursos que se celebraban y que participaban la mayoría de jóvenes, se encontraban la carrera de cintas, que durante muchos años fue la prueba reina. Esta consistía en sacar una de las cintas que pendían arrolladas en carretes y que acababan en una anilla, desde un cable sujeto a las dos esquina de la entrada a la calle de La Rana. –Esta calle después se llamó del Reloj y, actualmente, de Santa Teresa-, con una especie de punzón largo de madera que los concursantes portaban en una mano, mientras con la otra conducían la bicicleta sobre la que montaban. Como no todos tenían, se la prestaban para concursar.

Cuando alguno de los participantes sacaba una cinta, se tiraba un cohete para que toda la gente presente se enterara de que el mozo en cuestión había conseguido un premio. En la cinta conseguida venía escrito el nombre de la moza que le daría el premio al ganador y éste se trataba de un lindo pañuelo, -cada una lo tenía en distinto color-. En años sucesivos hubo bandas de distintos colores, bordadas

primorosamente, lucidas como nadie por la reina y damas de la fiesta.

Uno de esos años también se empañó el final de la fiesta por la muerte de un joven de la Media Legua, víctima de uno de los cohetes que se dispararon durante la carrera de cintas. (El suceso se contó dentro de la historia de "La primera zapatería del pueblo, Pepe Alegría" en el primer libro de la colección "Ecos de la Radio", "Historias Torreñas"). A partir de ese año dejó de sacarse la Cruz en procesión por años, en recuerdo de aquel trágico suceso. También, las novenas a la Cruz, volvieron de nuevo a celebrarse en la ermita.

Siempre intentaban, con tal de innovar y hacer más participativos los juegos, poner cosas nuevas, como lo fueron las carreras de sacos, donde los asistentes lo pasaban fenomenal viendo como los participantes acababan en más de una ocasión, rodando por los suelos, antes de alcanzar la meta establecida. Hubo otro concurso que consistía en poner un barreño alto lleno de agua con manzanas o melocotones flotando, donde el participante tenía que meter la cabeza y, procurar coger la mayor cantidad de frutas posibles con la boca. La gente lo pasaba bien, incluso los participantes, a pesar

Reina y Damas con la Comisión de Fiestas

que acababan como recién salidos de una ducha y, tras el concurso, tenían que volver a sus casas para cambiarse de ropa.

En las décadas de los cincuenta-sesenta, también se hacían apuestas para ver quién bebía más cerveza, comía más huevos cocidos –duros- o más dulces de merengue. Por supuesto, el que perdía pagaba. Venía al pueblo un señor que le apodaban el "Tío de las monas". Este llevaba un carrito de madera acoplado a una bicicleta, donde la rueda delantera estaba sustituida por éste que tenía los laterales de cristal, para que se vieran los dulces que vendía. Los mozos competían a ver quién tragaba más y en menos tiempo los "cuernos" que llevaba. Estos son unos dulces típicos de la región de Murcia, hechos de hojaldre y rellenos de merengue, tostado con azúcar en su parte más ancha. Fuera de las fiestas, todas las tardes a las cinco volvía este señor, y tocaba una trompetilla para que

Fernando Fernández ("Bartolo") de escolta

desde las casas supieran de su presencia. Este llamaba a los niños al grito de:" ¡Llorad zagales, llorad!", para que sus madres les compraran los dulces. Muchas son las cosas que han desaparecido en el tiempo y hoy, desde el recuerdo, se hacen entrañables.

Como todo evoluciona, también la fiesta de la Cruz fue animada con varias atracciones de feria que venían todos los años, como un "Tren del Infierno", muy popular, que hacía las delicias de los pequeños y, por qué no decirlo, de los que no lo eran tanto, pues con la excusa de cuidar a los niños, se subían y disfrutaban más que ellos. Uno de los personajes más queridos era el que se disfrazaba de bruja y con una pequeña escoba, se subía al tren para "pegar" a los viajeros, que entre gritos y risas se divertían muchísimo. Quien conseguía quitarle la escoba a la supuesta bruja, era obsequiado con un globo. También había casetas de tiro, un tiovivo, hasta una pista de coches de choque. Todas estas personas se hicieron muy familiares entre los vecinos, por su asistencia a la fiesta durante muchos años consecutivos.

Antonio Sandoval Alarcón, "el carpintero" ya llevaba varios años de presidente y, aunque era algo mayor y estaba un poco cansado, seguía en la brecha. Francisca, su mujer, hacía cada año un suculento bizcocho -tan grande como la llanta que lo llevaba al horno-, que, junto a una caja de galletas surtidas y unas botellas de anís y coñac, servían de refrigerio al Sr. Cura y a la Comisión de Festejos, tras los ajetreados actos del día de fiesta.

Demetrio Carrillo Sarabia sucedió a Antonio "el carpintero", al igual que se sustituyó al grupo de jovencitas que portaban los pañuelos en las carreras de cintas, por la elección de una reina de la fiesta y sus damas de honor. Hubo quien se encargaba de buscar a las jóvenes más guapas del barrio, para que se presentaran como candidatas a la elección que se hacía de forma popular entre el

público asistente. Este fue Fernando Fernández Contreras, conocido por todos como "el Bartolo", que fue todo un experto entre los mozos del barrio. También les acompañaban en dichos menesteres, Juan Sandoval Fernández (Juanito de la "Porronera"), Fernando Beltrán Baño (Fernando de la Juliana), y Pepe Sandoval, entre otros.

A veces había alguna polémica en la elección, pues si la candidata tenía novio, malo, éste se encargaba de disuadirla de todas las maneras posibles, para que no se presentara. Por tal motivo, hubo algunas rupturas, aunque como la sangre nunca llegaba al río, pasadas las fiestas, retomaban el romance. En la elección de la reina y sus damas de honor, se empleó el método del "aplausómetro", o sea, quien más aplausos recibía era la elegida.

Los años pasaron y la gente mayor se desentendía un poco de la fiesta, hacía falta gente joven que levantara la moral para conseguir que todo fuese como antaño, se sumó gente nueva y la fiesta dio un gran giro. Aunque algunos miembros de la comisión de festejos aún salían a pedir por el barrio para recaudar fondos, la fiesta ya no sería lo que fue. José Antonio Egea, "el Alegría" y Pedro Sarabia, se encargaron del arreglo floral de la ermita. Estos, ante la carencia de fondos, recorrían

Comisión, Reina y Damas en la ermita

la huerta y flor que veían, la cogían para arreglar el altar. Asimismo, José Antonio llevaba de su casa las macetas de calas y pilistras, quedando la ermita preciosa; también mandó restaurar el sagrario con pan de oro, ya que estaba muy deteriorado, conservando el original en su interior. Cuando el cura D. Rafael Herrera llegó a Las Torres de Cotillas, encontró la Iglesia desolada, pues habían quemado todas las imágenes y tan solo encontró junto al altar mayor un par de zarzos de caña. Entonces, compró un cuadro del Corazón de Jesús para poder hacer misa, el mismo que tiempo después, cuando la Iglesia mejoró, pasó a presidir su despacho, pero con el tiempo quedó arrinconado. Años más tarde, estando D. Luis Martínez Mármol en la parroquia, Pepe Sandoval, lo descubrió en el almacén, donde se guardaban los viejos tronos y otras cosas de la Iglesia, se lo pidió al cura y su sobrino Pedro Sarabia y José Antonio del Alegría, lo restauraron y lo llevaron a la ermita de la Cruz, donde se encuentra en la actualidad.

Al igual ocurre con el cuadro de Jesús Crucificado- el último en llegar a la ermita-, procedente también del despacho del cura. Actualmente son cinco los cuadros que la adornan: junto al de San Antonio, San Luis y el de la Dolorosa, -que también fue sustituido por otro distinto y más grande- el Corazón de Jesús y el Crucificado. Tiempo después, las rosas que se utilizan cada año en el arreglo floral de la ermita, provienen de la empresa “Rosas de Murcia” de los viveros de La Loma.

Otro de los jóvenes que se volcó en recuperar la fiesta fue Jerónimo Hernández (Jeromín), participando con otros chicos en los campeonatos de fútbol que se celebraba en el terreno que hay tras el transformador eléctrico, al final de la calle de Santa Teresa, entrando por la misma plaza. Paco Sandoval, el “Naranjas”, les prestaba los hierros para formar las porterías. También se interesó en recuperar los juegos que tuvieron tanto éxito años atrás (carreras de sacos y cintas, etc.), ayudando a la Comisión de Festejos cuando salían a pedir. A la

llegada de D. Antonio Pérez a la Iglesia, quiso recuperar las novenas y decidió que la cruz se llevara de nuevo a la Iglesia, durante la celebración de las mismas, solo que en vez de un novenario se le rendía un triduo, permaneciendo en ella durante tres días. La Cruz la llevaban de noche en un coche para que nadie la viera, y volvía a la ermita vísperas de la fiesta de la misma manera. Después se volvió a llevar en procesión durante unos años y la devolvían de igual forma el mismo día de la fiesta, pero la gente estaba acostumbrada a verla en la ermita durante todo el día y, la fiesta y el ánimo decayeron bastante. A final, la Cruz quedó en la ermita y fue cuando se hizo la cruz floral que el día de la fiesta se transporta desde la Iglesia parroquial a la ermita. Esta la forman con ramas de laurel y se adorna después con flores. Claro, que el gasto subió porque no solo tenían que arreglar la ermita, sino también el trono con la Cruz de flores y, también dejó de sacarse por espacio de tres años, tras los mismos, en 2010, nuevamente se volvió a sacar en procesión.

La misa pasó a celebrarse por la tarde y, los vecinos del barrio, tomaron la costumbre de vestir a los niños y niñas de huertanos para su asistencia a la misma. Después se tiraba el castillo de fuegos artificiales y, para que le gente no se

Plaza de La Cruz

D. Pedro Fernández disfrutando de la fiesta

marchase, se instaló una barra donde se servía cerveza y cascaruja gratuitamente, aunque muchos de los vecinos, generosos donde los haya, llevaban bocadillos y buñuelos que después reemplazaron por churros con chocolate, para que todo el mundo estuviese contento. La noche se amenizaba con las actuaciones de cantantes que contrataban para la ocasión a Espectáculos Barceló y después se encargó de las veladas Antonio Romo, empresario y músico. Entre los que se recuerdan está, el grupo "Los Grillos", el dúo lorquino "Javier y Jalín" "La Orquesta Élite", "Manuel Almela y sus guitarras" y "Chari Fernández", estupendos cantantes de nuestro municipio, el propio Antonio Romo acompañando a Julia, una chica rusa, entre otros. La gente que se acercaba a la fiesta aconsejaba y daba ideas a la comisión, para hacer cosas nuevas al año siguiente, pero como suele pasar, luego nadie se implicaba en trabajar en nada, ni tan siquiera en echar una mano.

La ermita volvió a remozarse el 1979 gracias a un donativo que Pepe Sandoval recibió de Tomás Fernández, se cambió todo el techo, la fachada se restauró por completo con un zócalo de piedra y ladrillo visto, se pintó por completo, se cambió la vieja puerta de madera por una nueva de chapa, que

poco después amaneció abierta, al parecer fruto de una fuerte patada durante la noche y, fue sustituida por otra mucho más fuerte de aluminio, desapareciendo de la pared la placa de mármol de los donativos, y se puso el suelo de mármol donado por Paco Sandoval, el "Naranjas". También se cambió la lámpara original por otra de círculos concéntricos con chorrillos de cristal. Después se puso el zócalo interno de mármol, y se cambió el altar –sustituyendo la escayola por mármol blanco-, así como las vitrinas de color de las ventanas que representan una cruz roja en fondo blanco, con irisaciones amarillas, bordeando el óvalo en azul claro. Se restauró la campana cambiando el badajo de la misma para que sonara más fuerte, a lo que ayudó el cura D. Antonio Pérez Vicente, adelantando el dinero para los gastos ocasionados, que después le repuso la Comisión de Festejos. En agradecimiento se instaló una placa de mármol blanco a su nombre dentro de la ermita, en la que se puede leer en la letras grabadas y pintadas en dorado: Homenaje de agradecimiento a D. Antonio Pérez Vicente por su destaca labor restauradora de esta ermita y revitalización de la fiesta a la Santísima Cruz. Las Torres de Cotillas 26 – 8 – 2010. Los vecinos del barrio de la Cruz.

Hasta la plaza del barrio donde se encuentra la ermita, cambió de aspecto en alguna ocasión; hacia finales de 1984, durante el mandato del Alcalde Jesús Ferrer, se les encargaron varios proyectos de remodelación de algunas plazas del pueblo a Francisco Martínez Lorente y Andrés Tolinos Cánovas, entre ellas, la de la Cruz. Con trabajadores que estaban en el paro, ésta se adoquinó y se construyó una fuente cuadrada de ladrillo visto, entre los dos parterres, donde plantaron rosales y algunos árboles decorativos, delante de la

cual, se puso un pilón de obra y hierro colado con un grifo del que se puede coger agua. En su interior pusieron tres tubos coronados por unas plataformas redondas de cemento, colocadas a distintas alturas, que se convirtió en el lugar favorito para los juegos de los niños del barrio, aunque al principio, el recinto lo llenaban de agua, poco después, dejó de hacerse y siempre estaba seca, resultando un tanto peligrosa para los mismos, pues se dedicaban a saltar de una plataforma a otra y más de uno salió descalabrado. También se implantaron ocho farolas de globo que por falta de liquidez en el Ayuntamiento, se hicieron con tubos que formaron en uno de los talleres de Las Torres y después le acoplaron unos globos de cristal. Estas esquinaban los parterres, iluminando la plaza de noche.

En 1999, siendo Concejal de Urbanismo, Manuel Garrote Cerezo, volvió a cambiarse el aspecto de la plaza, se cambió la fuente por el actual "monumento", obra del cartagenero Juan Pacheco, una gran cruz de hierro, adornada por una especie de "sudario" hecho con dos cadenas y rodeado de unas tremendas piedras que representan –según-, el Calvario, con el que los vecinos del barrio se han tenido que "conformar", ya que al parecer, -por lo basto- no es para nada, "santo de su devoción". Antonio Almela, regaló las vigas de hierro con las que formaron dicha cruz y las cadenas, al parecer, provenían de empresa Bazán en Cartagena.

Monumento a La Cruz

Rellenaron todo el recinto que ocupaba la fuente con hormigón, sobre el cual colocaron las piedras alrededor de la cruz, dejando el centro hueco donde se instalaron reflectores de

luz para iluminarla por la noche, pero ante la queja de algún vecino, de que los niños podrían lisiarse, ya que les dio por subirse a las piedras, colocaron una barandilla de hierro alrededor. También se instaló la estructura de hierro y se plantaron las moreras que se conservan en la actualidad y que sustituyen, de manera natural, la barraca de papelillos o banderas que adornaba la puerta de la ermita durante la fiesta y, se colocaron cuatro bancos de hierro a lo largo de la plaza.

Pese a la nueva puesta a punto, en el transcurso del tiempo se fue notando que la fiesta de la Cruz comenzaba a perder el interés que desde siempre había despertado, pues no hay que olvidar que era considerada -después de las fiestas patronales-, la más popular e importante de Las Torres de Cotillas, seguida de la de San Pedro.

Pepe Sandoval, dejó la presidencia de la comisión de festejos, en manos de Mari Almela. Pero, ya había tantas cosas durante todo el año en las que entretenerse y divertirse que, de alguna manera, se fue perdiendo la ilusión y, aunque aún se sigue celebrando, ha perdido -como dirían algunos- todo el "glamour" de antaño. Entre los vecinos, aún hay quienes se esfuerzan luchando por mantenerla a flote y salvar sus últimos vestigios. Tristemente, pasará como a otras tantas celebraciones, costumbres y tradiciones ya desaparecidas de nuestro pueblo, si esto ocurre con la fiesta de la Cruz, estoy seguro que cuando en el tiempo se evoque su recuerdo, siempre tendrá un privilegiado lugar en el corazón de los torreños y, sin dudarlo, muchísimo más, en el de cada uno de los vecinos que forman el querido Barrio de la Cruz.

La Ermita de La Cruz radiante en su fiesta

Antonio Hernández Lozano. Nació en Las Torres de Cotillas (Murcia) el 6 de septiembre de 1948.
Publicación en la Antonogía 1985 editada por el Certamen Literario Internacional de Villanueva de la Cañada, Madrid.
Pubicación en octubre 2007 por la Asociación Literaria "Las Torres" de su primer libro de poemas, "A un mismo tiempo, cuerpo y alma".
Ganador del primer accésit de los III Juegos Florares de las Torres de Cotillas 2009.
Publicación en diciembre 2009 del libro "Historias Torreñas" 1º de la Colección "Ecos de la Radio" de Onda 92.
Articulista de la Sección: "Misterios Desvelados" del grupo Onda 92 Multimedia. Colaborador en revistas literarias y conferenciante.

Ecos de la radio